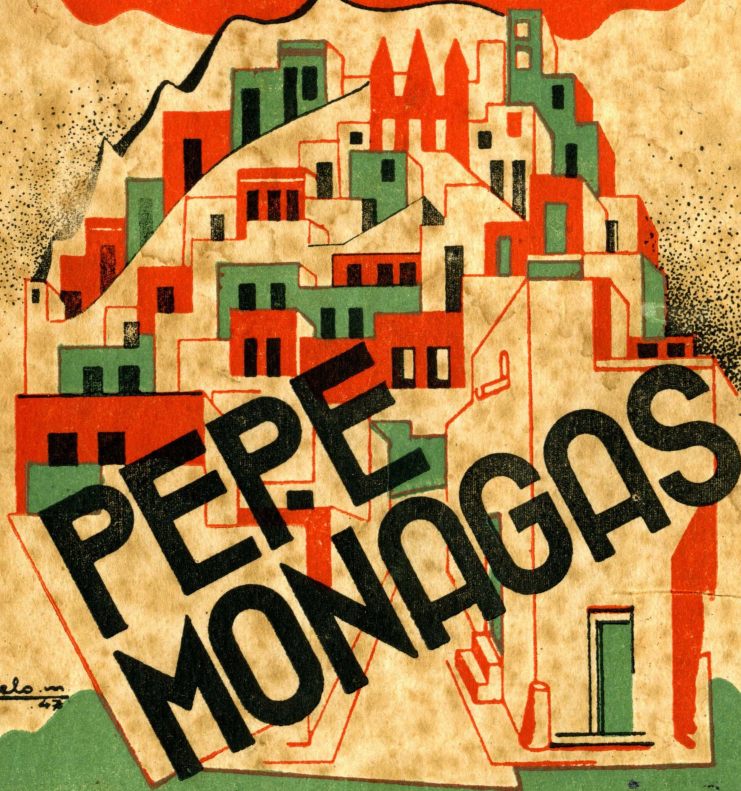


los **CUENTOS
FAMOSOS** de



falo un
42

LOS SACA EN PAPELES
ROQUE MORERA

Llevan un prólogo DON SIMÓN BENÍTEZ

Me tengo por ser uno de los escasos devotos del poeta insular DON ALONSO QUESADA. He creído que esto me autorizaba a fusilar del prólogo a sus sabrosísimas «Crónicas de la Ciudad y de la Noche» unos parrafitos con los que cubrir y aprovechar esta desamparada solapa de mi libro. Aquí suelen poner los editores o los amigos del autor una síntesis biográfica suya, seguida de unos — por partida doble — estimulantes elogios. Como yo no tengo editor, ni perrito que me ladre, estampo aquellas palabras de «Don Alonso», con lo cual a lo mejor salgo ganando (que me extrañaría). Lo que tomo prestado dice:

«Este libro no se regala a ningún amigo. Los amigos están obligados a comprar los libros de uno. Aparte de que el capital que se desembolsa es muy pequeño, sería cosa descortés no comprarle al estimado amigo su libro, que encima puede tener gracia, y lo que dirá será cierto y pintoresco, como cosa de la tierra que es. El autor no regala este libro porque el producto se dedica a un fin benéfico: el fin benéfico de sí mismo. Pues él vive de la escritura pública, como otros de sus secretarías, y otros de sus ultramarinos, y otros de sus padres. Tres tollos, por otro lado, se gastan sin saberlo uno, y el libro no está tan mal que no merezca el regocijo y los tres tollos de un honesto tenedor de libros, o de un honesto comisionista, o de un mercader no tan honesto.»

Me resta formular el ruego de que no lo presen sino a los pobres de solemnidad.

ROQUE MORERA

LOS CUENTOS FAMOSOS
DE PEPE MONAGAS

LOS CUENTOS FAMOSOS
DE
PEPE MONAGAS

LOS SACA EN PAPELES
ROQUE MORERA

LLEVAN UN PRÓLOGO DE
DON SIMÓN BENÍTEZ

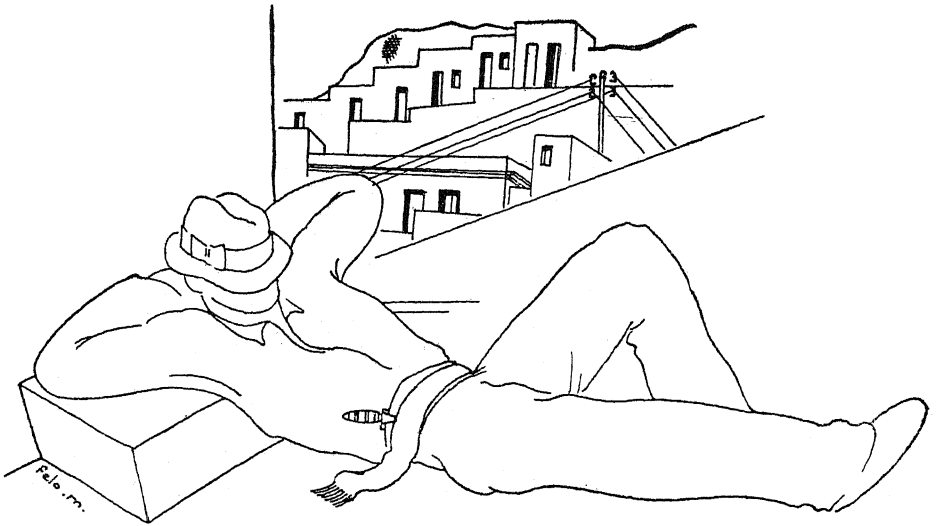
La portada y las viñetas son del pintor
FELO MONZON

MADRID
1 9 4 8

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

GRÁFICAS NEBRIJA, S. A.—Ibiza, 11.—Teléfono 251101.—Madrid

A maestro Pepe Quintana, que en su carpintería de la calle de Juan E. Dorreste me dió las primeras y mejores lecciones de humor popular isleño cuando yo era casi un niño y él ya el más grande coñón que han parido las madres insulars de todos los tiempos.



ACTA DE NACIMIENTO

DE PEPE MONAGAS, EN FORMA DE PRÓLOGO AL LIBRO DE SUS AVENTURAS

DE cuando Pepe Monagas, *de manos de su padre literario don Francisco Guerra Navarro, salió por primera vez a la vía pública de Las Palmas, montado en las columnas de la prensa local, data mi compromiso de servirle de guía para más lejanas andanzas, prologando el libro de sus mejores cuentos.*

En los meses transcurridos, mi ofrecimiento amical se ha hecho innecesario, por cuanto Pepe Monagas ha llegado a alcanzar tal celebridad que estoy buscando recomendaciones para obtener que me presente al público, el día que me decida a intervenir con algún producto propio en la amena Literatura. Si a pesar de ello escribo este prefacio, es para más obligarle a corresponderme luego.

Vivía Pepe Monagas en su casa del Risco, dedicado a sus mil enredos y trapacerías, sin que nadie parase en él la atención. Alguna vez hablóse de sus buenos golpes en la botica donde Robaina, Chirino, Fabelo, Galindo, Camejo y don Felipe Centeno vertían sus comentarios de la ciudad y de la noche, que sorprendidos

por el malogrado poeta Alonso Quesada constituyeron la crónica humorística isleña, de fina gracia insuperada.

Pepe Monagas se fué creciendo. Fuera del ámbito de la tertulia, alguna vez se hizo eco don Leopoldo Fleitas—cuando se le reventó su pertinaz divieso—de sus ocurrencias salidas.

Y ampliando el círculo de sus admiradores, corearon en diversas ocasiones sus buenas caídas don Antonio, don José, don Salustiano, don Onofre, don Manuel, don Francisco, don Gregorio...

Pero el pueblo, a que Monagas pertenece, seguía ignorándole. El pueblo no conversa en las boticas, no ocupa las mecedoras del Casino, ni invierte sus horas en descubrir sigilosamente la pista de un güiro.

El pueblo se reúne y se solaza en los campos de deporte. Y lo único que el pueblo comenta son las incidencias del juego. Busca ansiosamente, al otro día, el apoyo de sus apreciaciones, en las crónicas de espectáculos.

Y he aquí que en la buena mañana de un lunes, el Noticiero periodístico no sólo le informó de los goles del domingo, sino que le dió por añadidura cuenta exacta de alguno de los dichos de Monagas. Y siguió luego, semanalmente, a guisa de repórter de local fijo, insertando el ingenioso Paco Guerra nuevas travesuras de Monagas, nuevas mixtificaciones, nuevas marrullerías, toda una novela de la canaria picaresca, desgranada en cuentos breves.

Y el público le ha comprendido. Se ha identificado con Monagas de tal manera, que en alas de su favor, Monagas ha llegado a emanciparse de la paternal tutela de su inventor. Un día y otro Pepe Monagas aparece en la prensa de Las Palmas, y carga como propias con todas las ocurrencias, unas con mucha gracia y otras con bastante menos, que le plugo colgarle a uno u otro periodista. Como buen isleño, todo lo aguanta con filosofía, por lo que no se molesta en protestar de las cró-

nicas apócrifas de los hechos que falsamente se le atribuyen. Comprende que no se presta sino a los ricos. Y por muy modesto que Pepe Monagas sea, nunca desagrada un poco de popularidad.

Estaba Pepe Monagas inmerso en la masa anónima de la muchedumbre canaria, impregnándola de su malicia socarrona. Agarróse para salir a la superficie, en la linde del último con el presente siglo, a la elegante prosa de los relatos de la tierra canaria, que los hermanos Millares sacaron a luz. Aún hizo otro esfuerzo por desprenderse de la informe ganga multitudinaria, asido de la pluma de uno de sus primeros cronistas, en los últimos años de don Agustín Millares Cubas, cuando ya el literario y efervescente mosto juvenil se había decantado en suave ironía, trocando el áspero gusto rabeliano, por el delicado aroma y sutil transparencia que gota a gota destila el correr de una serena vida.

Mas éstas fueron imágenes de Monagas deformadas, aunque embellecidas por el espejo que las reflejaba. Hasta el nombre, ese nombre propio latente en todas las cosas y personas, había sido disfrazado. Y el pueblo canario no le reconoció como suyo, aunque de su cantera había sido extraído.

Lo que Monagas necesitaba era salir intacto de su condite del Risco. No con traje de buen corte, ni con parla de buen hablista, sino charlando con dejo cansino, arrastrando el acento, comiéndose unas cuantas consonantes, dejando la palabra sin acabar, interrumpiendo el párrafo para echarse una copa de ron cubano, hablando el guanche, en fin.

Sirvióle de truchimán don Francisco Guerra Navarro, que sacándolo de casa de sus compadres y concurdúneos lo paseó literariamente por esas calles, dándole la fugaz vida del periódico. Perdido el miedo al público y sus malas intenciones—que él de sobra conoce porque sobre todo es público también—, Monagas subió luego al escenario, siempre del brazo de Paco Guerra. Ahora

éste, puesto definitivamente en pie el mito simbólico de Pepe Monagas, trata de impedir que se desplome, infundiéndole la perenne vida del libro.

Que este más amplio paseo por esos mundos literarios robustezca aún más a su personaje, es nuestro ferviente deseo. Hagamos votos por que este tipo representativo de la entraña, a la vez candorosa y burlesca del alma carriñosa, pueda tropezarse alguna vez con sus compañeros de más alta prosapia, John Bull o el Tío Sam, y, guardando las distancias, viva tanto como ellos, para solaz del isleño arrinconado.

SIMON BENITEZ

Diciembre de 1947.

DE CUANDO PEPE MONAGAS ME CONTÓ
EL «COMPROMISO» DE LAS LLUVIAS EN
FUERTEVENTURA

A don Simón Benítez.

Voy esta noche de nuestra recién estrenada y echadita Primavera hacia la Plazuela con ánimo de tirarme un salto a Vegueta y recalar en el «Suizo», cuando me canse de andar. Templada, en penumbra y solitaria la ciudad, da gusto andar por sus calles altas, llenas de encanto propio y de primeros recuerdos personales. Es una de estas noches vacías, en que parece que todos los isleños se han puesto de acuerdo para no ir a ninguna parte. El predominio de Vegueta, que por fases suele alzarse y ganar, a la manera de un «levante», todo el ámbito de la ciudad atlántica, es absoluto.

Cuando paso abstraído, recorriendo castillos, intentando recordar los versos de un soneto antiguo, con cara de hobo, por delante de la Alameda, desde debajo de uno de sus árboles me llega una voz despaciosa que al pronto no determino:

—Adiós, mi amigo...

En seguida se presenta el saludador. Una sombra se desprende de este banco cercano y viene hacia mí... Es Pepito Monagas. Nadie más, ni nadie menos. Con

el sombrero tirado atrás, «desaflojado», en un brazo la americana y la mariposa de un virginio entre los labios, sonríe mirándome.

—¿Onde va tan traspuesto...? Venga pa arriba y se asienta un pisco.

Como no tengo esta noche ganas de hablar ni de oír hablar, me disculpo.

—Ande, cristiano. Suba y echamos una parrafiada... ¿Onde va que menos gaste?

Y acabo renunciando al paseo propuesto. Subo y me siento con él bajo la espesa quietud de uno de los árboles, cuyo verdeoscuro y compacto silencio turba por tiempos un escorroso violento, seguido de algún chillido de pájaros.

—Es que se entra ay un avechucho casniseru, se manda su media dosena de pájaros palmeros, como quien come brevas sin pelar, y traspone... El pescao grande se jinca al chico, dise el dicho... ¡Toa la vida!

Nos callamos un rato. Un guardia, que pasa al golpito, saluda:

—Buenas, Pepito y la compañía.

—Que le vaya bien me alegro... ¿Aonde es el fuego, Manolito...?—pregúntale Monagas por requintar su pizco, a cuento de la pachorra y cucándome.

—¡No! Fuego, no... Un robillo aquí lante. Parese que unos galletones esconchabaron una pestillera y se llevaron en peso un escaparate.

—¿Y ahora?

—¡Déeejélos! ¡Ellos caeen!

—¿Pero usted no... no les cae arriba y eso...?

—¿Pa quéee, usted Pepito? Ellos caeen... ¿Tiene un virginio ay, Pepito?

Monagas vuelve a cucarme. Saca del bolsillo un sobre viejo y se acerca al guardia:

—¿De cuántas chupadas lo quiere, Manolito?—y le muestra el interior del sobre lleno de colas.

El guardia le da dos pasadas, con toda la mano abier-

ta, a las bandas del bigote, lo mira gacho un instante y tumba, tragándose el degüello.

—Hay aquí en la siudá—aclara Pepe sin apoyar mucho el comentario—unos siertos endeviduos que «no fuman...» de lo de ellos. A unos se les quedó la cajilla en la mesa, otros no compran porque lo train prohibido de médicos, siertos no encuentran tienda abierta... Este Manolito usa las tres batatas pa fumar a costillas, ¿sabe? Yo, que siempre ha sido luchador contrero y de mano arriba—¿pa qué vamos a disimulá?—, me ha buscao este sobre, lo ha llenao de colas de todos tamaños y le digo al que me pide: «¿De cuántas chupadas lo quiere...?» Oiga, ha sido como con la mano...

Volvemos a callarnos como tocinos otro rato. La tertulia del isleño está llena de baches y aparentes meditaciones. Claro que pulpeándolas bien, de lo que se las encuentra llenas es de galbana, de siesta eterna, que nadie rompe por falta de fuerzas. Cuando una de estas tertulias se acrecienta con algún peninsular, o cualquier otro elemento nuevo que por che o be tiene sangre en las venas y la taramela liviana, la quiebra de la modorra normal alcanza categoría de sordo escándalo. Alguno de los insulares fijos sale un momento de su soñarrea, se diblusa discretamente sobre el vecino y dice por lo bajo, caliente:

—¡Vaya un piano, cabayeros!

—Oiga, viene desarretado...

El hablador acaba tupiéndose, o largándose, porque pegan a jeringarlo con una sonsera ambiente irresistible, o con puntitas de tan mala clavada como las de una tunera.

—Hase su calorsito...—dice al fin Monagas—. Pa mí que se va a meté levante.

—Sí... Se va a meter.

Volvemos a enmudecer un cuarto de hora.

—¿Usté ha oío que en Fuerteventura llovió...? Se metió ese tiempo que llaman en Tunte «de los Molinos»

y ensopó como ay años que no ensopaba... Creo que movió barrancos, tan de banda a banda, que ni los más viejos los recordaban iguales...—Pepe hace una pausa, que aprovecha para encender la cola del virginio, con la cabeza toda cambada y la lumbre de la cerilla lamiéndole el bigote sollamado—. Pa mí que esa gente majorera es llorona. ¡Pa mí lo tengo! Siempre ha oído hablar de que si seco, de que si baldío, de que si cabras escurridas, de que si manchonsitos de alfábara que caben en la palma de la mano... Luego, ende don Miguel de Unamuno—al que tuve el gusto de ver en la Prasuela una sierta noche—, hasta la pluma más jedionda de los periódicos, no ha quedado perro ni gato que no haiga dicho algo ajoto de esas nubes negadas del sielo majorero... ¡Oiga, cualquiera se quita de arriba, así como así, toda esa literatura, o como la llamen! Ahora tienen que cargar con ese mochuelo para in secula reculorum. ¿No le parece?

Pausa. Encendemos un cigarrillo y cambiamos la asentadera en que veníamos sustentando el descanso, que entre las tirillas enconadas del echadero y uno que está de carnes que no da para un caldo de pobres, si no muda se enduerme de mala manera.

—Pues yo, ¿qué quiere que le diga? Yo sigo creyendo que son mimos y tapujos, ¿oyó?—reanuda Monagas tranquilito, imprimiéndole a cada palabra un deje de vara y media—. ¿Y sabe por qué se lo digo...? La otra mañana me cogió en el muelle la llegada del correillo de Fuerteventura. Venía un conosío, un hombre de ay de la Oliva ée, que conosí yo aquí porque es de mi quinta ée. Los saludemos, como és debido. Y yo le pregunté arrente lo que siempre se pregunta a esa gente de las islas allá, según se «interesa» uno por la familia y taa...:

—Qué, ¿ha llovió algo?

—Sí...—me dijo con un sí esmayao—. Una jarujiya ha caío...

Me percaté de que venía serrado de negro de arriba abajo :

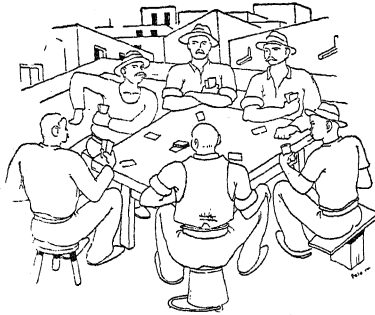
—¿Por quién es el luto, usté?—voy y le pregunto.

—Por mi padre, que en pas descanse...

—Vaya, hombre. Le doy el pésame y ta y ta... ¿entiende?—le dije yo—. De vejés, el pobre—dije más, por desir algo—. ¡Oiga...! :

Monagas saltó en el banco y se quedó sentado en el filo, vuelto hacia mí. Medió caliente, dándole al sombrero un golpito hacia atrás, remató :

—... sabe lo que me dijo...? Dise: «No. De vejés, no. Se lo llevó el barranco...» ¡!



DE CUANDO PEPE MONAGAS NO SE FIABA DE DON JOSÉ EL ESPIRITISTA

A Tomy Christy

PÉREZ, el popular Pérez, aquel que en una sonada intervención como «tribuno de la plebe», cuando funcionaba la ya histórica tribuna pública del Ayuntamiento, se atarugó al expresar «cierto punto de vista», recibiendo entonces el famoso guapido: «¡No te abatates, Péres!»; Pérez, decimos, abrió una gallera. Pérez era, desde luego, un devoto de los seis domingos de peleas y del tiempo y las incidencias anteriores y posteriores a las pechas: cruces, crías, cuidados, intriguillas, sobotages, atentados... Pero Pérez tenía ahora el ojo puesto en un asuntillo algo más allá de jaulones, pollos y cuidadores. Pérez iba derecho como una vela, pero atorrándose, a una timba. La gallera sería el gran tapujo para jugar a lo prohibido.

Abrió el hombre la gallera-garito por Vegueta, en un solar de la calle de García Tello, exactamente donde hoy está el taller de tornería, carpintería y guitarrería —no tienen sino dispensar el verso— de maestro Pancho Rivero. Instaló en el teso trasero los jaulones de los gallos, dispuso en una habitación delantera un timbique con sus botellas de cerveza blanca y negra, sus gaseosas, su ron y sus chochos, y en otra pieza, también de la entrada, distribuyó unas mesas de pinzapó, les largó a las bandas media docena de sillas de Agaete y abrió la puerta... De día, de par en par; de noche, lo

suficiente para entrar una persona, de «media escuadría», que diría el inolvidable maestro Pepe Quintana, Y esto, previo un ojeo por un «bujerito» disimulado que él había abierto, y luego de descorrer la taramela y sacar una barra de hierro que prestaba a las hojas un afianzado y seguro apoyo.

Estaba celosamente prohibido y vigilado el juego. Y este acicate, unido a que vivíamos el «siglo de oro» de los matones insulares, para los que la baraja era tan indispensable como la trompada de manopla y anillo y la puñalada traperera, hacía que tales tabaquientos y furtivos gazapones gozaran de una asistencia y cuidado tan amorosos como los que se podrían prodigar a una cabra de las de diez medidas sin espuma. Cayó la parroquia como perro a la carniza, figurando entre ella lo más asiado de la afición y el matonismo. A las pocas noches se vió claro—Pérez desde luego—que aquello iba a ser una bicoca. Desde la segunda, los congregantes de las «siete y media», el «monte» y sétera se jilvanaron más de media cantina y todos los chochos como quien tuesta y lleva al molino, a más de dejar su buen chorro de pesetas en «conseto de impuesto de juego», como decía Pérez. Marchaba el «asuntillo» con brisa de popa cuando una noche...

A las diez y media de un sábado, señaladamente, recaló por el timbeque el Brígido, un matón atarracado, de mollera de tenique, faltón y con las manos peligrosamente livianas, que tenía un crimen en su haber y que habría de morir, pasando el tiempo, con los zapatos puestos. Le abrieron brecha en una mesa atestada de las «siete y media». Callado y calmoso, sacó un manojo de billetes y lo puso delante. Lió un cartabuche y pidió juego... En una de las manos, cuando la banca sacaba para sí las cartas finales, pareció manifestarse una trampa. El Brígido, con la cola del virginio colgando de su bamba de breva tarozada, la cabeza a una banda y los ojos menudos y rabasquinetos pegados a la jugada

como una lapa, cogió por el aire la socialiña. Y por debajo de la barba de millo requemada y estropajosa que usaba como bigote, se dejó decir sordamente :

—El que ha hecho la fullera no tiene madre...

Se cuajó el silencio como un cacharro de leche cortada. Actuaba de banquero otro que tampoco era flojo : Manuel Higuera, conocido por «El Drago», tanto por su fortaleza como por lo espeso y oscuro de su sangre, de la que había largado mucha a consecuencia de «marcas» femeninas, picadas de raspafilón—de las que conservaba en el rostro bronco huellas indelebles—y puñaladas de mayor cuantía. «El Drago» acusó la puya :

—Cabayeros—dijo sonriente—, aquí naidie, que se haiga visto, ha hecho una cosa torsía con la baraja. ¡Digo yooo! No ostante, aquí...—y señalaba con el pulgar barrigudo hacia una banda...—, aquí el señor ¡diiise! que ha cojío una fullera. Y hasta ha nombrao la madre del fullerento que él dise...

Interrumpió el Brígido, gacho, con aire de perro que muerde callado :

—Ha dicho—¡y no me arrepiento!—que el que hizo la fullera no tiene madre.

Era la guerra. Pérez lo vió. Entró al quite sin altura, con una condescendencia blanducha :

—Cabayeros, háganse de cargo. Todos vamos a jerinarnos con una elevada a los pocos días de abríi. ¿Qué va a pensá la gente que es jesto...? ¡No, hombre, no! Yo tengo que serráa y íi a la carse y ustedes se quean sin timba por una machangada. ¡Vénganse a rasones, cabayeros, que no hay naa como el entendimiento del endividuo!

—¡Cáyate la boca!—lo plantó de golpe el Brígido poniéndole una mano en todo su desgraciado rostro y empujándolo contra la pared de mala manera.

Y luego, seco, inexorable, metido el quejo en el pecho, y los ojos atorrados tras el zarzal de las cejas, insistió sombríamente en negar la existencia de la madre

del banquero. «El Drago» largó entonces, despectivo y con limpio gesto, la sobajada baraja, que se abrió como un viejo abanico sobre el tablero de pinzapó. Luego replicó:

—¡Aquí, el que no tiene madre, so jediondo, sos tú...!

Y al tiempo trincó al soslaire una botella de gaseosa de las grandes, recién servida para Adrián el Indiano, y, ¡riáaan!, se la estampó al Brígido con la más afortunada tela arrente mismo de la moña. El líquido corrió alegremente por la cara batida y acerba del matón, trabó unas burbujas monísimas en la pelambarrera salvaje del bigote y filtró, por fin, con caspa y ceniza del virginio hasta los labios reventones e insolentes. La lengua del agredido tiró un lance y se llevó dentro la escurridura con un geitillo de camaleón. En la frente no se había levantado ni un mal gallo. Era de tenique mayorero aquella cabeza. Volvió a cuajarse el aire, ahora como un queso de las Medianías. Únicamente el boliche de la gaseosa, que saltó, despreocupado y pueril, desde la frente a una botella de cerveza negra de las del estante, de allí al mostrador y del mostrador a un porrón de lata que había al pie, interrumpió un instante la espesa pausa. El Brígido dió un impresionante manotazo a la mesa, haló rápido por un revólver cubano, con un caño como la chimenea de un correillo, y fajó al tiro limpio. Los circunstantes se tiraron a las bandas —¡oh, ya!—dejando al «Drago» a cuerpo gentil bajo el fogueo. Las balas, gordas y largas, como puros de La Palma, dibujaban ansiosas la sinueta bronca del banquero y se aplastaban silbantes contra los revocos del cuartucho. Cuando el Brígido iba por la cuarta brimba terció Cardenete. Cardenete era un sobrino de Pérez, galletón listo como un rayo y arrestado como un hombre, que lo mismo le hacía al tío la cuenta de la pata, que liquidaba un atrabanco como el presente. El machacho trincó decidido la pata de un taburete antiguo, de tea ella, que estaba allí para juez de tales litigios, se subió

en una silla detrás del Brígido, lo fué cuadrando, lo apulsó bien, y ¡riáaan!, le metió tan fuerte toletazo en todo lo alto de la melona, que el matón dobló sin decir pío. Fué como con la mano. Quitáronle al durmiente el mastrote, lo arrastraron como un saco de papas hasta la calle y aquí no ha pasado nada. A los tres minutos escasos se sintió dentro una voz que decía tranquilamente:

—Deme una virada pa arriba...

Fuera, Cardenete sostiene con el guardia, que ha llegado al golpito, el siguiente diálogo:

EL GUARDIA.—¿Qué tiros fueron ésos?

CARDENETE.—¿Cuálos tiros?

EL GUARDIA.—¿Cuálos tiros...? Masiao sabes tú...

CARDENETE.—Si usted se empeña... ¡Tiros dise!

EL GUARDIA.—Sí, tiros. Y ay endentro, que no es lo mismo.

CARDENETE.—Ay dentro se han abierto unas gaseosas. Cuatro gaseosas. Ahora, si a eso llama usted tiros... tenses me cayo.

EL GUARDIA.—¿Y ese hombre tumbado ay, qué es?

CARDENETE.—(*Entonando un estribillo de isa.*)
«Una mamadita—serenita—que tengo...»

EL GUARDIA.—Pero en la cabeza le luse un macanazo como una papa de riñón... Y está lalgando sangre...

CARDENETE.—¡Qué sangre, ni sangre, hombre...! Lo que pasa es que le fimos a echar una botella de agua agria pa que refrescara y fimos y los equivoquemos y le echemos la botella del jarabe...

EL GUARDIA.—Ah, ya. (*Se va al golpito.*)

* * *

Bueno, pues a este ambiente se incorporó un mal día Pepe Monagas. Le sentó al compadre la timba de Pérez como un tiro de sal y azufre. Saliendo a tajada diaria; sin una perra que llevarse a la boca, porque lo que

le entraba las noches que estaba de leche, lo largaba en otras con el juego de «proba»; nervioso y torpe en el quehacer y en la cama, desde que pasó el umbral la primera vez ya no hubo en casa de mi comadre Solead ni paz ni concordia. Amarga como la retama, la mujer no salía de ruegos a San Nicolás, llantinas y escandaleras, viniendo para atrás como con unos fríos y calenturas. Le pidió y más que le pidió que dejara la «consumía gayera». Y un día, a fuerza de mocos y babas, acabó poniendo al esposo mollar. Entonces le expuso tímidamente una idea:!

—Estaba pa desirte, ende cuando, Pepiyo, que por qué no te días conmigo ca don Osé el Espiritista, que la gente habla y no acaba de ée, pa ve si ée te quita de la bebía y de la gayera de Péres...

—¿Qué dices tú...? ¿Tú te has jas vuelto loca, o qué...? ¡Ca don José el Espiritista...! Mi que cara...

—Te lo digo, hombre, porque tú me has jas dicho a mí, más de una vez, que esto queee... que si tú pudieras no ibas y que era como si te jalaran de ayi...

—¿Y eso qué tiene que vee pa íi ca el totorota ése...?

Nuevas y consecutivas llantinas, nuevo amollaramiento. Y la decisión por fin. Una mañana, luego de una noche borrascosa, el matrimonio atracó en el «despachó» de don José el Espiritista. Era el curandero un hombre delgado él, alto él, de nariz ganchuda y ojos como con una calentura de las del «canuto hasta la punta arriba». Informado del caso, púsose delante de Monagas, le clavó los ojos calientes, fijó un camango en su boca desdentada y pegó a hacerle visajes. Mi compadre lo miraba de medio lado con una deliciosa cara de guasa y lo dejaba hacer...

—Tiene usté que ayudarse a sí mismo—recomendó al final el curandero—. Su voluntad es tamién presisa.

—Echaremos una mano... Quiere desirse que se hará lo que se pueda, don Osé.

—¿Cuánto se le debe, don Osé?—preguntó mi comadre Soledad privada, traspuesta por la fe.

—Nada, señora. Eso no es nada. Cuando lo vea usted sobre la práctica, la voluntá.

—¡Esús! Ni por nada...

—¡Cáyate, muchacha!—la sacudió Pepe por un brazo—. ¿No ves que dise que ahora nada, que después...? ¡Oh!

Empezaron a correr los días. Soledad no vivía acechando las entradas del marido a ver cómo traía el equilibrio. Y de noche, en el catre, después que apagaban la vela, venteaba el aliento de su hombre... ¡Ni una gota, San Nicolás bendito! La mujer se hacía cruces y no veía las santas horas de pagar con algo aquel tremendo favor. Una mañana se lo dijo a Pepe:

—Oye, Pepiyo, esto... que ha estado pensando, hombre, que debíamos hasesle un regalo a don Osé, que ya veis, hombre, que te ha puesto bueno, quitándote de la bebía y de la gallera de Péres. Como ahora estamos en vísperas del día de ée...

Monagas se rascó el cogote y arrugó las narices:

—Yo esperaba, tú... ¿Qué prisa tienes? Mira, sí. Déjalo pa más adelante, ¿oites?

A los pocos días Soledad insistió:

—Pasao mañana es día tuyo, Pepe... Y de don Osé...

—¿Cuá don José?

—¡Don Osé el Espiritista, hombre...! Digo que si no sería bueno que tuviéramos una atensión con ée... digo... Ya sabes que va pa dos meses que no bebes naa, en buena hora lo diga.

Monagas volvió a recomendar:

—¡Más vale que te esperes, mujé; más vale que te espeeres!

—¿Pero por qué, hombre?—preguntaba ella ingenuamente.

—Oh, por nada. Pero digo yo... Déjate dir. Todavía

hay tiempo. Aguántate más que sea tres días más...
¿Qué más te da...?

La mañana del día de San José, Soledad se quitó de cuentos, y por la zorrilla compró un mazo de puros de La Palma, una botella de ron, un quesito chasnero de a libra y media y un talego de nueces, y lo llevó a don José. Ya ante él y en un arranque de entusiasta agradecimiento, sacó dos duros y se los puso también en la mano. Se había quitado un peso de encima. Llegó a su casa más liviana y más contenta que nunca. Sólo la falta del marido, que no vino a almorzar, le enturbió un pizco su gozo. No era ninguna novedad que faltara, pero aquel día de íntimo regocijo a ella le hubiera gustado compartir con él la mesa. Tampoco vino Pepe a cenar. Mi comadre se acostó cuando recogió todo. Y poco antes del alba la despertó el guineo de un borracho que se arrimaba cantando al portón: «Por asiadas que sean—las lavanderas...»

—¡Sus! Esa vos...—pensó en voz alta y sentada en la cama Soledad.

Tocaron a su puerta. Y entró el compadre con una chispa como la casa de don Bruno...

—¡Esús, tal desgrasia, Dios mío de mi arma...!—y la comadre cayó como un cortacapote.

Al volver en sí, media hora después, no eran para oídos los gritos, las estupidas que salían de aquella boca amarga. Volvía la desgracia. Y arriba, con el regalo a don José fresquito.

—¡Pa más, desgrasiao, mal rayo Dios te ajunda, me dejates haser el gasto, me dejates comprasle el regalo a don Osé, que mal limpriaitos cuatro duros y medio que me gasté...!

Monagas, que sentado en un taburete, todo colgando de la chispa, había callado estoicamente, resollando sólo por un golpe de hipo que traía pegado, habló al fin:

—¿No le dije que se esperara, señocora...? ¿No le venía disiendo que esperara, a veee...?

DE CUANDO PEPE MONAGAS LE LEVANTÓ UN LORO A DON GRACILIANO

A Felo Monzón

DON Graciliano, aquel venerable canónigo insular de la misita mananera, gran amigo de los animales, que lo mismo ponía un gajito tierno al pinto de una barbería o la palma de la mano con unas migas de pan fresco a los pencos aburridos de las tartanas, que aguantaba en la carpintería o en el cuartito de cotorrones la lata del isleño echón y zoquete, don Graciliano tuvo un loro. Lo trajo un sobrino de don Graciliano de Fernando Poo. Este sobrino de don Graciliano podía ser muy bien el protagonista de aquella copla de folías que empieza: «Soy el hombre más bandido—de los palmares canarios...» Manolito, como lo llamaron de galletoncillo y siguieron llamándolo de pollancón y de carcamal, era a los veinticinco años más corrido que un caballo de tartana y contaba en su haber más líos que la justicia de Tunte. Según dicen se hizo novio de una muchachita de aquí del Camino de los Andenes, que estaba acomodada ca las niñas de Rebenque, descendientas ellas de aquellas del cuento de doña Teodomira. Al modo la engatusó y al modo se le fué el baifo, dando con la quilla en familia calderoniana, de las que mataban por puntos de honra. Lo cierto es que tuvo que salir a espetaperros para abajo para la Costa porque un hermano de ella, que era chófer él, lo estaba aguaitando para darle un acebuchazo definitivo con la manivela de una camioneta.

A los tantos años, madurón ya y con una calentura pegada que acabó llevándose para las Plataneras, recaló de vuelta en la ínsula Manolito. Se dijo acá que se aventuró porque tuvo nuevas de que don Graciliano, hombre de supuestos teneres, andaba amagando las últimas; por lo cual, dos parientes lejanos suyos, con los que apenas se trataba, pegaron a rondarlo, adulándole, con vista a la marea... Manolito, que conocía naturalmente la debilidad del tío por los animales del Señor, tan extremada que a él mismo le había perdonado sus días tumbado y sus noches en vilo, le trajo al canónigo un hermoso loro, un loro especial, una fantasía de loro, que no se llevaba paja y media con los que Néstor nos dejó pintados en el Teatro Pérez Galdós.

Pero aquella maravilla hablaba menos que una muñeca de gente rica, que aunque con timbre de baifa recién parida dice papá y mamá bastante clarito. Lo vinieron a ver muchos expertos, particularmente gente del cambullón.

—Este animá, pa mí, es que nació tupío—opinó uno—, como siertos endividuos del seso humano que salen impedíos del habla y le hablan a usted por señas, cosa que en un animáa del seso así del loro no cabe. ¡Digo yoooo!

Otro opinó:

—Pa mí que este animalito estraña. Quiere desirse que no le ha cojío la embocaura al país nuevo onde ha venío. Seguramente sabe su lengua de ée ayá; pero, está claro, ¿pa qué va a habláa aquí, si aquí, quitante algún jarardino de esa parte, que haiga perdío por ay, no hay quien sepa papas de su lengua de ée ayá...? ¡Y es loro viejo, don Graciliano! Tengo oío que loro viejo no apriende lenguas...

—Moro—corrigió don Graciliano—. Yo tengo oído que moro viejo es el que no aprende lenguas.

—Loro o moro, que pa el caso viene siendo lo mis-

mo, éste es de los que se moría de hambre si tuviera que comer pidiéndolo con su lengua.

Hasta que un cierto día conoció el caso Pepito Monagas... Se tropezó con don Graciliano y le dijo que le dejara ver el animal. Y ya ante el loro mudo sentenció :

—¿Usté sabe lo que le pasa al cotorro éste, usté don Grasiliano? Pues ni más ni menos sino que tiene susto, Hay que arregolarlo a bulla. Quiere desirse que hay que ponerlo, primeramente, onde bele una cabra, onde enrede una insalla de chiquiyos, onde se pelean las mujeres y sétera. Cuando tenga el oído hecho al ambiente este de acá, entonses hay que pegar a darle clase y al golpito. Primero, «lorito rial, tú para España y yo para Portugáa»; después, «larga el saco», o cosa asín; más tarde, «igualito que en Tenerife». Cuando trinque la baladera, yo le aprometo que no habla : sermonea, que no es lo mismo.

—¡Tú no me le enseñes maldisiones, Pepe!

El loro pasó seguidamente a la casa de Monagas. Y al poco tiempo de la casa de Monagas a Inglaterra, para donde se lo llevó un míster a cambio de unos chelines, una cachimba y media libra de tabaco piola.

Pasó un mes. Pepe, que venía huyéndole el bulto a don Graciliano, no pudo evitar un encuentro con el bueno del canónigo a la entrada del Puente de Piedra.

—¿Cómo van esas clases, Pepillo?

—Pues, jay... Ya pasó la cartiya, ende luego. Y se anda en el catón, como quien dise. La semana que entra pegamos con la siclopedia. Pero no se lo mando entodavía, hasta que cante el «Retosna vinchitore», que se lo estoy enseñando...

—Bueno; pero yo podía ir a verlo...

—¡Ni hablar del asunto! Aguante ganas, ¿oyó?, que pa la impresión que se va a yevá, tiempo tiene...

Pasaron tres meses. Pepe huye ahora de don Graciliano como del fuego. El le manda sus recaditos con un monigote. No está nunca. El galletón dice a la mujer :

—Al favóo de desisle a ée... que esto queee..., que dise don Grasiliano que se deje vee.

—Sí, mi niño... Es que no ha venío a almorsaa hoy... Pero vete descuidao... Que se deje vee. Ta bien...

El monigote lleva al escamado don Graciliano la misma respuesta:

—Siempre dise que no ha venío a almorsaa. Al mou está en una fonda.

A los seis meses Pepe empareja en el mostrador de un timbeque con Felipe el tartanero, que de viejo hacía los viajes a don Graciliano:

—¿Tú no sos el profesor del loro de don Grasiliano? Pues apreparate, ¿oites?, porque le va a dar parte al sagento Ravelo... Y me parese que ya te están buscando.

A Monagas lo desagradó el giro que podía tomar el asunto. Tumbó para un cafetín de la Marina y bebió solo más de la cuenta. Los rones lo iluminaron. Y maquinó un plan para liquidar lo del loro.

A las cuatro de la tarde del día siguiente recaló por la Alameda y se sentó en un banco debajo de aquel glorioso árbol que antaño sombreaba la bajada a la calle de Muro. Aguardaba allí la salida de coro. Y cuando vió que don Graciliano bajaba al golpito por la acera de frente a Palacio, púsose de pie en una rebelina y comenzó a mirar hacia lo alto por entre el mato, con mucho meneo de remos, mucho camango y mucho apuntar al cielo con un dedo tieso. Se acercó el jardinero:

—¿Qué le pasa, Pepito?

—¡No me diga naa, hombre! ¿Qué me va a pasáa...? Que traía el loro de don Grasiliano pa devolvérselo, y en el deo, pa más grasia, y se me escapó...

—¿Ah, sí? Pues, ojos que te vieron dñi...

Ambos intentan localizar al animalito entre las ramas. A los cinco minutos hay veintisiete personas puestas a lo mismo. Cuando don Graciliano rebasa el puente, el genterío da miedo. Monagas lo va movilizándolo. De

pronto grita, siguiendo una trayectoria imaginaria con la mano:

—¡Mírenlo, mírenlo...! ¡Voló pa ayá!—y desplaza la masa hacia la casa de don Francisco Gourié—. ¡Ahora se corrió pa aquí, pa frente al Casino...!—y allá va la marea...

Se incorpora don Graciliano y en seguida sabe la desgraciada nueva. Está un rato a una orilla, presenciando las «evoluciones» de su loro, sin poder ver a Pepe, perdido en el rebumbio.

La masa de goledores va apasionándose y dividiéndose en grupos. De pronto, Pepita la de las tirijalas grita, al tiempo que un betunero le roba dos:

—¡Mírenlooooo...! Yo lo veo...

—¿Onde?

—¡Allí! Trasito aquel gajo de la telaraña.

—¡Síii...!—gritan cien voces.

Y en seguida, frente al Gabinete, Angelito el de la Placetilla ve otro loro:

—¡Mírenlo allí...! Allí, a la punta arriba de aquella rama cambada.

—Bonito animal, cabayeros. ¡Mal limpriaito!—comenta mirando al cielo maestro Domingo Matos con su hermosa voz de socio del Casino.

Aún se registra un tercer descubrimiento delante de la casa donde está el Negresco. Pepe el Clueco, que siempre está de debaso en la Alameda, ve otro loro más. En tres sitios distintos la imaginación popular había inventado tres loros. Entonces se tropieza don Graciliano con Monagas, que entre satisfecho y trastornado por aquel contagio de locura se dispone a trasponer. Dulcificado por el temperamento y la pesadumbre, don Graciliano reconviene a Monagas:

—¿Qué te parece, Pepillo?

—Buenas, don Graciliano... ¿Que qué me parece? Que si yo sé que saca crías de esa manera, ¡no lo dejo ir ni aunque me cueste la vida!

DE CUANDO PEPE MONAGAS FUÉ A VER
AL MANICOMIO A MANOLITO SANTOS,
QUE PEGÓ CON INMANÍAS Y ACABÓ COMO
UNA BAIFA

Al Dr. Rafael O'Shanahám

UNA cierta noche, Manolito Santos—antes don Manuel Santos—pegó a desvariar, a desvariar y a decir unas cosas tan raras y destartaladas, que Iluminita Santana, su señora, arregostada de viejo a sus rarezas, llegó a sospechar que el hombre estaba definitivamente como una baifa. Manolito entró de la calle a la prima con el morro gacho y una candelilla en los ojos. Iluminita se lo notó :

—¿A ti te ha pasao algo, estooo, Manueee?—preguntóle como el que no quiere la cosa.

—A mí no me ha pasau mardita cosa—replicó, engrifado, Manolito.

—Ta bien, hombre. ¡Pa eso no te pongas así...!

Tampoco le extrañó el tono de la contesta, porque a los tres meses de casarse, ya Manolito destapó el malcriado que llevaba dentro. Y no lo largó hasta que entregó su cuerpo a la tierra.

No volvió a decirle más nada Iluminita. Sirvió el potaje, se lo comieron, rezaron el Rosario. Y entonces... Cuando estaban en la Letanía, en vez de «ora por noblis», como Manolito iba contestando metido en un guí-

neo y con un apoyito cogido, se puso a decir: «Ora y el ora... Ora y el ora...» Iluminita lo reprochó, dengosa:

—¡Esús, Manuê, hombre; paese cosa mentira, hombre...! ¿Pa qué dises «ora y el ora, si es «ora por nobis».

—¡Yo digu comu me da la gana, ¿tiendi? ¡Vaya, consío! Si va a resurtá de see que uno en su casa es un Juan Pitín...

—Pero es que es la Letanía, hombre...

—Comu si quieri see las folías, o la Patroná de Guaguas. La casa es mía y tous los arrifes de secanu y los cachos de riego son míus... ¡Y el Papa lo ha de sabe, porque yo agarro mañana mismo un corcillo y tiru pa Roma... ¡¡¡El Papa lo ha de sabeeeee...!!!—remató Manolito Santos el desvarío con tal esperrido que hasta el gallo de la casa, que dormía al canto atrás, en un patiecillo, sacó la cabeza, se esponjó, dióle unos macanzos con las alas a las gallinas que dormían a las bandas y cantó desafinado una romanza de «Los Gavilanes».

—¡Sús, tal desgrasia, Dios mío de mi alma!—suspiró, insultada, Iluminita, que se dió clara cuenta de que la locura de Manolito era ya algo más que una inmanía.

El asunto tiene los siguientes antecedentes y tal. Manolito Santos fué hombre que estuvo bien. Abrió un comercio y ganó sus perras. Con ellas compró media docena de casas, las suficientes para que le dijeran don Manuel y le dieran la acera hasta con sus cachorrazos. Manolito, que nunca fué hombre muy católico del sentido, pegó un día a soliviantarse con la idea de un viaje a Cubita la Bella. Estuvieron en su tienda algunos indios y luego se habló también de ello en la «Prasuela». «En Cuba todo se encierra,—Cuba es un jardín de flores...» «Me voy pa La Habana..., me voy pa La Habana...»—repetía hasta en sueños.

—¿Pero pa qué vamos a dir allá?—intentaba conven-

cerlo Iluminita—. ¿Pa qué vamos a dii, Manué, si aquí estamos rey, hombre...?

—Túpase y déjeme a mí, señora, que yo soy el hombre de la casa, ¿tiendi? Yo sé lo que hagu. Tan solamente por no ver a tu padri y a tus hermanus, vale la pena dirse... ¡Maná tiestus!

El pique con la familia de su señora venía por un pleito patrimonial. Ciertos arrifes y cachos discutiéronse en la curia, entre un fleje de papeles que daba miedo. Y a Manolito le echaron el pleito en contra.

Vendió acá y cogió jilo para Cuba, conservando tan solamente una casita en el Risco, que compró porque trincó a un pobre necesitado que le debía unas onzas. Y de ésta no se desprendió porque no hubo nadie que la quisiera, de puro jedionda. En Bana cogió viento y dobló y triplicó los capitales. «¿Lo vey, señora?—se dirigía triunfante a la mujer—. ¿Se da de cuenta que yo tenía razón? ¡Ah...!»

¡Pero viene la «moratoria», mano...! Todo fué listo. Integros—que se dice muy pronto—le agarró los cuartos a Manolito. Y ya no hubo manera de levantar cabeza. El, que, como decimos, fué siempre un hombre trastornado, o raro, viróse entonces insoportable. Gritaba por nada y cosa ninguna, se levantaba de noche en camiseta de felpa y calzoncillos largos, se tiraba a la calle y se iba de aquella facha a las puertas de los bancos a dar en ellas puñetes y a gritar que le devolvieran los pesos.

—¡Manáa, ladrooneeessss...—gritaba en medio de la noche tropical.

Lo trincaban los guardias. Y hechos cargo de que tenía el coco como un cencerro, lo largaban en seguida.

Al fin Manolito tuvo que trasponer para Las Palmas, con la cabeza como un huevo movido, cabizbundo y meditabajo. Y hubo de embujerarse en el Risco, en la casita que por azar conservaba. Con la renta de unos cachejos que libró del pleito y yendo y viniendo

a Lanzarote por cebollas y batatas y a Fuerteventura por queso de cabra, fué tirando, mal que bien. De vez en cuando se ponía a trastear, pero con unas píldoras y algún arreglo del pomo medio que volvía a su centro. Se dijo que en su familia había habido varios casos de locura. Si arriba tomamos en cuenta los fracasos de su vida y los kilos de su mujer, que viró a engordar como una vaca, arrente mismo de la bendición nupcial, hasta el extremo de que Manolito se cayó porción de veces de la cama abajo por mor de ella, que por coger el cuerpo y medio del catre casi de banda a banda con cualquier estuercito lo despedía, entonces quedara plenamente justificado que tuviera la sandía como el fotingo de Molina.

La noche que, rezando la Letanía, se atacó ya de mala manera y para in séculam recolorum, Iluminita salió a la calle toda elementada, pegando tales esperridos de socorro, que una maceta con un croto que estaba en el muro de la calle cayó en peso abajo, y por una cuarta no agarró a unos galletones que se reunían allí de noche a hablar del «Rehoyano». La casa de Manolito estaba puerta con puerta con el portón donde vivía mi compadre Monagas. Allí se metió la atribulada esposa. El mismo Pepe le abrió la puerta, más que nada por que no se la echara abajo.

—¿Qué es lo que le pasa, usté Iluminita?

—¡Ay, Pepito, tal desgrasía que se me ha metió por las puertas adrento, cristiano...!—lloraba como una becerra—. ¡Manué el mío, usté, que ha virao a desir atrabancos y destartalos sin pien ni cabeza, y pa mí que se ha vuelto loco!

—¿Pa usté...? Y pa tóo el mundo. Y ya hay tiempo, Iluminita, como el vinagre viejo—dispensando el modo de señaláa...

Acudieron a la casa. Manolito tenía la peliona. Tiraba las cosas como si fuera la guerra. Cuando entraron estampó dos perros de yeso, que daba gusto ver-

los sobre una cómoda. Después trincó una botella que tenía un barco dentro y disparó contra Monagas. El embotellado correillo le pasó singando arrente de una oreja. Otra pieza lista fué una bacinilla de pisa, que aunque estaba ya toda desborcillada, hacía su oficio todavía. Aprovechando que haló por una vara de tarlatana que protegía de moscas una ampliación de Iluminita y se pegó a morderla como si se estuviera comiendo un baifo al horno, Monagas, que había ido rápido al traspatio y desatado la cabra para coger la cadena, le echó un lazo y lo dejó quieto.

Ni que decir que hubo que llevarlo al Manicomio. Mi compadre, accediendo a ruegos de Iluminita, lo llevó arriba con los loqueros pedidos. Después, a instancias de la misma, que intentó en vano ver a su marido por dos o tres ocasiones, sin que él, furioso, accediera: «¡Que me quiten delante al berringallo ése!» —exclamaba cuando la anunciaban—, le hizo una visita con unos regalejos: unas jícaras de chocolate del reparto, tres huevos, medio kilo de leche en polvo, ocho rapaduras, un cartucho de gofio, otro de nueces y un cuarto kilo de miel de caña.

Pepe se encontró al llegar al Manicomio con una novedad: Manolito estaba en cama.

—¿Pero está malo ée?—preguntó.

—No. Se ha emperrao en acostarse—le explicó un loquero—y no hay moo de convenserlo de que sarga a cogé un pisco de soo. No se alevanta ni pa haser sus nesiedades perentorias.

—¿Cuálas perentorias...?—preguntó mi compadre perplejo, con la cabeza cambada.

—Las nesiedades ésas, hombre, propias de usos y costumbres del cuerpo de todo ser humano...

—Ah, ya.

Monagas se sentó al filo del colchón. Manolito estaba como un ganado, que ni que decir que es más que una cabra.

—¿Cómo se encuentra, usted Manolito?

—¿Cuálo...?—reviró engrifado como un macho salema el enfermo—. ¡Yo no tengo náa, consio! Se han emperao en que estoy loco...! Y ha sido mi mujée, que no ha hecho en toa su vida más que jeringarme! ¡¡Ella ha siooo, mal rayooo...!—gritaba de pronto como si estuviera cantando una isa y con los ojos en blanco.

Pepe pegó a notar un mal olor, un mal olor, que se acentuaba cada vez que Manolito hacía un estuerzo en la cama. Llegó un momento en que aquel batumerio era insoportable. Mi compadre sacó el pañuelo y alivió. «Manolito se ha díó en el catre»—pensó sobre lo firme.

—¡A ti te costa, Pepe Monagas—gritó de pronto el viejo sentado en la cama—; a ti te costa que yo no estoy loco! ¡¡¡No estoy loco, puñema!!! ¡Dislo, Pepe, asín Dios te sarve el arma!

—Sí, Manolito. usted no está loco—díjole Monagas con el pañuelo en las narices—. Usted lo que está es podrío..

DE CUANDO PEPE MONAGAS CONTÓ EN
LA CARPINTERÍA ALGO SOBRE LA PERRA
VIDA DEL CONEJERO PÉRICO EL
SAJONAO

A Agustín Miranda Junco

LA prima arriba en Vegueta, uno de estos mansurrones días insulares, en los que no se mueve ni la hoja de una madreSelva. Ya hay rato que soltaron en la carpintería de maestro Manuel Lorenzo. Y van cayendo en el taller los personajes de la tertulia: señor don Andrés, el canónigo; señor don Pedro, el Bata-toso; don Frasco; don Gregorio, el médico; maestro Miguel Calandraca; Victorio el del Pinillo; mi compadre Juan Jinorio—que también diba en la rueda de presentes—y sétera. Van cayendo, con su bastón pulido de leñabuena, con sus zapatos color avellana, lucientes bajo la caída estrecha del pantalón sin vuelta, con su callo, un callo eterno y resistido, con su olor a colas de virginio, con su zorrocloca disposición para pegar montadas y jeringar. Van cayendo y sentándose, molidos como centenos, y callándose como tocinos. De uvas a brevas se levanta alguna noticia:

—El que creo que está muy malito es don Andrés Romero.

—¿De cuándo acá?

—¡Mueno! ¿Qué fecha yeva esa carta?

—Pero ahora, de últimas, se le ha metío un malejón, creo que de vejiga, que lo tiene orejiando. Parese que es angurria. Y eso no va ni con el canuto.

—¿Qué edad tendrá don Andrés ya?

—Pues jello... Ah, espere: él es de la quinta mía. Entodavía podía estar entero.

—Masiao que sí. Lo que pasa es que se ha acabronao con la mala vida.

Llega mi compadre Monagas, que por tardes suele recalar y escarrancharse en la punta del banco y animar la entrecortada, tardona tertulia de la tardecita.

—Me crusé—dice—ay en le caye de los Barcones con la Majestá. No sé pa quién diría.

—¿Qué rumbo cogió?

—Tiró como pa atrás, pa San Antonio Abán.

—¡Vaya! Pa don Andrés, seguro.

—Es verdad que está entregando. Se lo oí a Soleá. No me extraña, porque ya hay meses que venía «trabao»...

—Ten respeto, Pepe...

—¡Sss!... Que yo no la dicho por la fama; que lo ha dicho por lo acacharrado que venía ende cuando... Las historias de ée y su mujé, allá ée...

El recuerdo de la desgracia de don Andrés sube a todas las memorias y escapa fuera y se queda flotando en medio de la carpintería, como esas nubes embobadas que las calmas varan en el cielo insular. Don Andrés era de gente bien de aquí, pero venida a menos. A los varones de la familia todo se les fué en espirificar el fuerte patrimonio—que alcanzaba platanares en Santa Cruz y viñedos en Lanzarote—alrededor de perros de presa, caballos de pega y gallos ingleses. Y de «Ricarditos» también, atrás de artistas que venían generalmente a cantar, pero que de raspafilón tiraban sus lances sobre algún bobático con cuartos. Las hembras, que eran una insalla, quedáronse casi todas solteras y dedicadas tan solamente a echár-

sela en los bailes de Candelaria, en la Alameda y en los palcos de la ópera. El don Andrés, que era el primogénito, fué mozo espigado, de buen pelo, con los ojos entre verdes y celestes y con un pico de capirote. Tales prendas podíanle haber procurado una boda linda con la niña de más campanillas de todo Vegueta, siquiera en cuanto a perras se refiere, aunque en lo físico fuera buchuda, corta de remos, más sobre el cerón que sobre la palma. En ello anduvieron cavilando sus padres, que no le habían podido dar carrera ni en la Laguna!, en gran parte porque el pollo no salió bien amañado para la letra, en parte por las apasionadas aficiones que quedan dichas, y a las que hay que añadir la de las cacerías en todo monte...

—No hay bicho nasío que pueda darle el estuerso a su sino, cabayeros—comentó de repente Monagas, interrumpiendo el silencioso pensamiento de la tertulia, que, remontado a años bastante lejanos ya, recordaba cosas salientes del vivir de don Andrés...

Una cierta noche Romerito, como le decían de pollo los amigotes, conoció en una taifa de aquí del Riaco a una tal Carmela, una pollona de dieciocho años estrallando como la colleja, ni que decir que morenotta ella, con el ojo de un negro de moras en su punto, una mata de pelo que le llegaba a las corvas, alta de bandas, que en el andar sacaban un vaivén de habanera, y cantadora asiada de folías, que entonaba con una voz grave y caliente, tirando a celos y a fiesta del Pino. Por esa vez—de las de medianoche pal día, con un turbio delirio de madrugada tartanera, agria de copas y enyesques recios y dulce de café con leche y media peseta de churros del centro—pegó a perderse Romerito. Don Andrés se fué del tino. La rondó, la buscó, la trasteó... Carmela iba al engodo, dábale unos engañosos rodeos al anzuelo, despuntábalo hasta imprimirle al corcho un esperanzador temblorcito... y cogía el tole. El pollo, desesperado, se emperraba por

horas de mala manera. Y como por las torcidas no había de qué, fué y se declaró a la muchachita.

—Esta no es vieja de su artura, señó don Andrés—le contestó Carmela con una sonrisa que era una salina con un solito de Mayo—. Tire sus lanses pa abajo pa Vegueta, que es marea más propia, cristiano...

No dió su brazo a torcer el enamorado. Fuése a los padres de la Carmela—costero él, turrонера ella—y la pidió formalmente para llevarla al altar de San Telmo. El marino quedóse orejiando, que no lo entendía; pero la turrонера, que era una veterana y más escachada que una cuca, dió el «sí» con los ojitos cerrados. Celebróse la boda entre aspavientos y duelos de la casona del galán, que quedó trancada por dentro, como si se hubiera producido la deshonor de una hembra. Ni padres, ni padrinos, ni curas, ni amigos pudieron sacar a don Andrés aquel barrenillo. Todo el mundo se convenció de que «de habían echado los polvos». La madre de la moza era una barajera conocida, y sabía de yerbajos y rezos como un catedrático de la brujería.

Casó don Andrés de madrugada, se embujeró en el Risco peleado con toda la familia, y allí fué emborregándose, emborregándose, cogido de los embrujos inmediatos de la restrallona esposa y de los indirectos de la suegra.

Murieron a poco los viejos—señor don Frasco y señora doña Fernanda—, díjose que de pena. ¡Y él no fué ni al entierro, que la Carmela se lo prohibió...!

De repente pegó a disparársele al hombre el mirar. Como un rancajo de mal palo, se le clavó hasta el tronco otro barrenillo: el de los celos. La Carmela salió, según se lo advirtieron, enralada como una meloja. Le tiraban, además, los suyos, reservones, bravíos, oliendo a trabajo y a salitre. A poco más del año le faltó... Con un costero que se metió de chofer, primero. Con un cuidador de gallos de Tenerife, después

Don Andrés lo supo por un zapatero remendón, maestro Bartolo, que tenía cerquita su taller, y que le guardaba ley, estando, además, picado con la madre de Carmela a causa de un potaje que se armó un día por mor de un perrillo inglés que el maestro tenía.

—Usted puede cogerle los güiros ende que quiera, señor don Andrés—le dijo—. Asíchela y verá cómo no es acalunia. ¡No hay derecho, cabayeros, que una tiesto...!

Don Andrés inventó una salida de cacería y se echó fuera cierta noche del mes de agosto. Sentóse en la marea, cabe el Teatro, y ay a lan don dadan por la Catredan recaló de improviso en su casa. Saltó por un murillo del patio trasero... y ¡pa qué fué aquello! Arriba, el cuidador de gallos le metió tal jentina que Romerito estuvo a caldo sus tres días bien medidos.

Naturalmente, don Andrés se fué del mechinal y se puso a vivir solo, como un penitente, en un ala del viejo caserón de Vegueta. Allí se fué entecando, entecando, según se pensaba—quién sabe si sobre lo firme—, más por amor que por rasquera. Carmela era, dispensando el modo de señalar, cómo unas ganas de fumar con angina de pecho... Ahora don Andrés, a quien la ciudad en peso acabó teniendo lástima y perdonando—en parte por respeto al amor y en parte porque el tiempo... ya se sabe...—se moría solo, casi, revuelto exclusivamente por una vieja y leal criada.

—¡Pobre Andrés...!—suspiró señor don Pedro el Batatoso.

—Era más loco que otra cosa—comentó el canónigo.

--Sí, un bobera—opinó don Gregorio.

—Ni loco, ni bobera, ni nada, señooo...—afirmó mi compadre Monagas con una firmeza aplastante—. El sino del endeviduo es firme como una estreya. A la tardesita sale por Oriente, remonta sin retranca que varga y sin un estuersito y traspone por la otra banda, como un tote. Esto es fijo, cabayeros, como la mis-

ma muerte... En amores, como en todo, si nase uno pa caer de pien, cae como un gato. Si está de doblar de banda, el talegaso no se lo quita de arriba ni el médico chino. Yo conosí y traté en La Habana, y luego aquí, a un conejero que lo llamaban a ee Perico el Sajonao. Fué a Cubita, hiso dinero como istiércol, compró ingenios... ¡Y un día, mano, se le atraviesa una mulata que cantaba por los teatros de América eya...! ¡Listo Perico el Sajonao...! ¡Cuidao con una mujee de calao, cabayeros! ¡Ta loco...! La indiana se le metió en el tino de tan mala manera, y le salió tan gata y tan gastona y antojadisa, que antes del año al Sajonao no le quedaba más oro que el de la chapa del sinto y el de dos dientes... ¿Y ustedes saben a lo que yegó, que hasta su chascarrillo tiene...? Al cabo de explotar el sable, que ya no le quedaba filo ni pa pelar un tuno, inventó la muerte de un hijo que no esistía. Se buscó una cachorra negra y una tiraja de la misma pinta pa la solapa, y templao como un requinto se puso en la puerta de la gayera ¡a pedir!, como lo oyen. ¡Oiga, con una cara de duelo tan sinsera, que hasta las amistades entraron en el falsete!

—«¿Me da argo pa enterraa a un hijo que se me murió esta madrugada, así Dios le sarve el arma?»
—pedía con la vos empañada a los que dían saliendo.

Ajuntó lo suyo y hasta hubo quien, con el pecho apretado, le soltó tres duros juntitos: uno de aquí del Bañadero que vía ganado jugándole a San Osé. Y como el asunto se le dió tan bueno, al domingo siguiente, siempre metido en una chispa, montó la guardia otra vez en la gayera. Repitió el disco del hijo difunto, aunque echando el ojo pa no trabar a los mismos de la ves anterior. Pero al mou no era buen fisionomista de eso, o el hombre del Bañadero venía con otros flus..., lo sierto es que volvió a pedisle:

—«Pero oiga, ¿usté no me pidió el domingu pasau pa lo mismu...?»—le dijo. Caliente, claro...

Interrumpió don Pedro el Batatoso :

—Vaya, Pepe, ya vienes acá con una chotería de las tuyas...

—Oiga, don Pedro, que no vuelva a ve a Soledad si es mentira... ¿Y sabe lo que le contestó el Sajona? Dise, dísele :

—«Sí jiño... Le pedí pal entierro...»

El mauro lo jaló por la solapa :

—«¿Y antonsis...?»

—«Oh... Es que como el domingo no ajunté suficiente, ¿sabe?, metí al difundo de remojo en hielo...»



DE CUANDO PEPE MONAGAS ANDUVO EN UNA TRAQUINA DE ENTIERRO

A Antonio Junco Toral

CAYÓ malita con las últimas Dolorcitas Calcines, una comadre y vecina de Pepe Monagas, casada ella por la iglesia con Victoriano el Guerde, costero viejo de aquí del Risco, que ya no iba al Moro sino de uvas a brevas. No era vieja Dolorcitas, pero después de que un yerno se le murió ahogado en la Apolinaria, cuya nueva recibió de remplón, viró a aflojar de tan mal modo que antes del año del suceso era tan frutiña de aire como cualquier niña solterona de Vegueta. Los médicos nunca dijeron de una manecategorica lo que padecía. Ocasiones se le presentaba al canto abajo de la espalda una puntada que la tenía metida en un acecido hasta sus tres días con sus noches; en otras se atacaba de la cabeza y gastaba el vinagre de la tierra por cuarterolas y las hojas verdes de nogal por cargas; veces desconchabábase del estómago, donde se le pegaba un salto como el de la tolva de un molino. Y así...

Dijeron que si era inmanía, que si era el pomo... Esta última atribución pareció la más formal y fundamentada. Un cierto día forraron una tartana con sus cortinillas blancas, la jincaron dentro, toda envuelta en una pañoleta negra, y tiraron con ella ca maestro Hi-

lario. Previamente la había visitado una santiguadora, que se hartó de hacerle rezados y de pasarle ramos de hierba de Santa María por toda su revejida humanidad. Como apenas enderezó, recurrióse a las Rehoyas. El bueno de maestro Hilario hizo lo que pudo: le dió sus soboncitos, le dijo sus dichos, le mandó su copita de giniebra asustada en ayunas... Se endengó un poco, pero poco. Antes del mes, señaladamente pa vísperas del Pino, cayó con tal tembleque que hasta las perillas doradas del catre, con una flojera de viejo, repicaban que daba gusto. Esto fué un sábado. Y pa amanecer un martes se fué pa las plataneras.

Victoriano el Guerde lo sintió como nadie lo imaginaba. Con una gorra negra enterrada hasta las orejas y las solapas subidas, se metió en una esquina del velorio tan descocido y tan mollar que fué una admiración en todo el barrio.

—Le doy el pésame, patrón...—se acercaba un vecino.

Victoriano levantaba lento la cabeza, miraba arrente de la visera y decía dramático, con la boca más amarga que una retama:

—¡Hay que jeringarse, mi amigo!

—Pasensia, usté Vitorianito—consolaba una vecina sentada en el suelo, limpiándose el llanto en la nariz—. ¡No somos naa, quería!

Rompía a llorar sordamente bajo la gorra y entre las solapas el costero. Y cuando al cabo había un jasio en la congoja, oíase un suspiro:

—¡Ay! Como ha de see...

Como pudo, Victoriano se levantó y llamó a Monagas, que acompañaba tirando de un virginio y sosteniendo la teoría de que no ha habido hombre sobre un terrero, en las siete islas de Canarias, como Justo Mesa.

—Compá Pepito, palabra, con el premiso de los demás aquí presentes...

Lo sacó al traspatio.

—Mano Pepe, hágase cargo... Yo estoy ya pa tumbar atrás, y maldita la magua que me quea. Si usted me jisiera el favó de ocuparse usted de too lo al respetive del intierro y eso... Esa no es marea pa mí.

—¡Sus, compadre Vitoriano! Ni habiar del asunto. No se ocupe y déjelo de mi cuenta.

—Ta bien, compadre Pepito. Usted es un amigo, y los amigos...—rompió a llorar.

—Vaya, vaya, tranquilisese, que con descoserse no va a remediar naa. ¿Usted no es marino...? ¿Tonses? ¿Viene viento? Pues se arrían velas. ¿Vienen buchadas? Pues se achica y listón. ¡Liña es lo que hace falta pa estos casos, mano Vitoriano! La vida es como ir al Moro, créame a mí.

—Ende luego que eso sí... ¡Pero...! Bueno, a lo que diba. Quiero que usted se jaga cargo del barco—quiere desirse del intierro y de más requilomos. Ahora si le digo: yo quiero que ella vaya a la tierra desente, en lo que cabe. ¡Pero...! Es sabido, de punta a proba del Risco, que yo no soy un hombre de poderes—; quiere desirse de perras abundantes. Tampoco quiero que la gente pegue a desir que soy un Alejandro en puño, mano Pepe. Hay que jaserle un intierro bien puesto, pero tumbando siempre pa la rasón—quiere desirse pa los teneres que uno tiene. Nadie debe margulláa más de lo que le aguanta la caja el pecho, ¿tamos?

—Rasones, mano Vitoriano... Uste quiere una coñita dina, pero arreglao a lo que puee revolver.

—Palabra santa, mano Pepe.

—No me diga más naa... Y resinación, compadre, que a toa vieja le yega su ansuelo.

—Talde que temprano, sí señoo...

Monagas tiró pa Fuera la Portada y apalabró el entierro en una funeraria del barrio. Trató una caja tan sencilla que le quitan lo negro y le meten dátiles y hace que da gusto su oficio en una tienda. Unica-

mente, y después de regatearlos, mandó que le fueran puestos unos clocos de fulgurante. Convenido el precio y la forma de pago, sin más detalles, Pepito Monagas salió andando. Lo llamó desde la puerta el «funerario», que enredado en el regateo no precisó detalles:

—Oiga, Pepito...! Sí, a usted...

—Diga...—contestóle de lejos mi compadre.

—¿Y los paños y las velas, cristiano?

—¿Los paños y las velas...? Mire, déjelo ¿cyó? Mi comadre va a remo.



DE CUANDO PEPE MONAGAS NO LE PUDO
DAR EL ASIENTO EN LA GUAGUA A EN-
CARNACIONITA LA GUIRRA PORQUE TE-
NIA UNA PUNTADA DE «REOMA» EN LA
CINTURA

A don Diego Mesa

COLA de la guagua. El que espera... Y algo más que desesperación padece: se le ponen el cuerpo y el alma negros y molidos, como un cesto de brevas de tres días. La filera es en el Parque. Y es de las de respeto. Y la hora, la del peso del mediodía, con un sol cuajado, hobito como un beleté, en todo lo alto. Viene una guagua, al mou requintada, porque pasa como esos individuos con los que uno no se lleva y que, siendo más nerviosos que uno, al darse de manos a boca con uno en la misma acera, tumban para la otra como perros con bencina... Viene otra y para. Para para que se baje un isleño que la cogió de piesss en la calle de Torres y que, como esos pescadores del Parque, que están tres horas para trabar una breca que no llega al jeme, se plantificó en la cola sus tres cuartos para recorrer montado doscientos metros. Se baja y se queda tan fresco. Desde dentro de la guagua sale entonces una voz clueca:

—¡Uno asentado y trensss de piesss...!

Los cristianos están dormidos, que aquí dormimos hasta de pie, con una bobería, una bobería en el sentido desde por la mañana a la noche. Por eso no se calienta nadie en la cola: porque está todo isleño como un tronco y con los ojos abiertos. A los quince segundos, cuarta más, cuarta menos, y al modo del trueno, que llega rodando tardío bastante después de la lumbrarada que lo provoca, la voz del cobrador, que tampoco es floja, alcanza las conciencias isleñas en cola. Nadie se decide prontamente. Todos van reaccionando como con movimientos cinematográficos de cámara lenta. Entonces, un peninsular, que ocupa el doce o catorce puesto, se arranca y se guinda. Como ha transcurrido el tiempo necesario para que el insular vuelva en sí de la pardela que tiene arriba, los de adelante reviran contra el decidido:

—¡Oiga, mano, hay que haser cola! Digo yooo...

Y replica airado desde la guagua el arrestado peninsular:

—¿Pero es que vamos a estar esperando a que ustedes celebren junta para decidir por mayoría si suben o no suben...? ¡Nos ha fastidiado!

—¡Vaaa-mooo-looo!—avisa tranquilito el cobrador, corriéndose una «juerga interna» y dejando atrás una calentura de rascados que acababan de volver en sí.

Cola frente al Frontón, al peso del mediodía. Y en ella, deshecha, Encarnacionita la Guirra, una mujer de aquí del Refugio, que vende por puertas «jabó argentino, marmelada de... estooo deee... de silgüela, mantequiya de pa fuera» y eso. Entre la prisa y ella, que de por sí es un manojo de voladores, está en el sitio hirviendo, pronta a estallar. Auméntale el sofeco el pañuelo negro, amarrado debajo del quejo, y un sobre todo de lana que le abraza toda la caja del pecho y que verlo, tan solamente, con este solajero, ya da fatigas. A los pies tiene el balayo de caña donde trae y lleva sus mercancías, ahora vacío, que todo lo colocó

«ca gente rica» después de dar más patá que un perro cazador. Desandada, porque está en horas de potage y no acaba de arrancar, Encarnacionita la Guirra—dichete que no le venía de atrás, sino que el pueblo le adjudicó por haberlo ganado a pulso—ofrece en la fila un peligro de desintegración. Si alguien la finchara tanto así, daba un macanazo de dinamita.

Allá cuando Dios quiere, Encarnacionita puede subir de piess. Le toca una guagua de esas menudas, de esas en las que uno tropieza con todas las rodillas de los demás—y menos mal si son de señora—y gacha como una cueva. Levantada de una banda por fecharse al techo, cuelga de la otra con el balayo arrente. La guagua zigzaguea y la tira a babor y a estribor y la sacude de arriba abajo y está a pique de estamparla cuando el chofer, que va hablando de la Unión Marina, mete repentino la retranca. La pobre mujer lleva el cuerpo como una chopa de vivero, pero los ojos le lucen como candelillas... «¿Y ahora cómo rayos saco las perras, ustee...?» va pensando—. «Deja vee si me dan er puesto, o se abaja arguno...»

Ni se baja nadie ni va allí dentro un solo hombre con un arranque de estilo antiguo. Todo el mundo viaja arrepollinado y haciéndose el sonso. Y entre todo el mundo, por un casual, mi compadre Pepito Monagas, que fué quien me contó el lance, y que por entonces venía atacado de unos dolores de «creoma» en la cintura, de esos que los médicos llaman lumbago, y que mi compadre llamaba «bardinós de Lansarote». Ni intentar ser galante con semejante presa en los cuadriles.

El cobrador dice de pronto a la vieja:

—Córrase pa lantre, señora... ¡Le ha dicho que entre pa dentro!

Encarnacionita se engrifa como una gallina de Agui-mes. ¡Al fin podía explotar!

—¿Pa dentro pa onde, condenao...? ¡Mia pa allá, arriba de lo sofocaa que viene una, que da de cara este

abuso! Tiráas en la carretera, como perdularias, con casas que atendée y maríos que comée, ¡y arriba a arrempujaa! «¡Córrase pa lantre!» ¡Echati otra!

Pausa. El cobrador, al pasar, la empuja, sabe Dios si adrede:

—¿Oiga, mi niño, ustedé está aquí pa cobrá, o pa sobarse...? ¡Vaya, vaya! ¡Pos no fartaba más...!

—Si sabía que iba a ii requintada, ¿pa qué se subió? —replicale el cobrador al tiempo que se mete el dedo gordo en la boca y se trae pegado el billete como un burgado.

—¿Y a ustedé que se le impolta? ¿Y qué quería? ¿Que me cojera la noche...? Si hubiera desensia no pasaba esto...—y echa una mirada torina alrededor de la manada de tarajallos que van sentados sin importarles un pito su condición de mujer, su cansancio, su sofocación y su sétera—. ¡Fuera una pollita y verían nustedede! Quisiera yo velme en mis quince, o que viniera aquí una niña nuevita y fina, que en ves de golee a jabón der «Gaucho» y eso, jediera a esensia de París de Fransia... ¡Veríalos ustedé entonses, unos por arriba di'otros, todos a matarse pa dasle el sientto! ¡Mire, señooora, ha'l favooo...!

El pasaje va violento con las puntitas de la vieja. Desde luego, y según usos y costumbres, nadie se solidariza con la víctima. Pepe Monagas, que no es malcriado, aunque ha habido quien se lo ha creído, y que, fueran carcamales, fueran pollonas, a todas las mujeres les daba su sitio, va requintadísimo con la situación. El sabe que si endereza no va a llegar al Muelle Grande sin caerse. Y arriba de todo esto, la mujer, que lo lleva a la banda, le va clavando unos ojos como tachas de siete pulgada. Tiene la desasosegadora impresión de que ella pega de él solo, de que concentra en él todo su enojo de vieja gruñona y disparada, como si fuera él el único varón arrepollinado de la guagua. Vuelve la mujer a rezongar cuando el chofer hace una de esas

piruetas geniales que sólo saben hacer los conductores de las guaguas, y a las cuales debemos los isleños tanta emoción y hasta la vida, especialmente la pollería en la edad de la tuberosa que pasea de noche por Triana, y de la que pudiera salir, para la exportación, un plantel de toreros tan buenos como nuestros famosos y cotizados futbolistas. La tal pirueta lanza a Encarnacionita sobre una mujer, que por atajarla pone el codo. Y ya se sabe cómo se hinca y duele un codo de mujer.

— ¡Si te parece, mátalos también! No nos farta ya sino salii de aquí pa las Plataneras...

Con una voz calmosa y cargada de guasa isleña, el chofer dice, diblusándose para columbrarla por el espejo:

— Pero señora, ¿usté que es lo que quiere? ¿Que le pongan un siyón de mimbre, un raso de Filgas y un abanico, o quéee?

— ¿Y a usté quién le ha dao vela en el intierro esteee? ¡Manije y cáyese! ¡No fartaba más que usté ya pa que esto aquí endentro fuera una pura malacriansa y un relajo! ¿Ya usté se entrometió? ¡Ya estamos completos! ¡Ji jiñooo! ¡Manaa jediondos! Ya no fartaba otra cosa...

Monagas lleva remordimientos, pero también se corre su «juerga interior» con los revuelos de la Guirra. Más que nada por desahogar la isleñísima propensión guasana de su temperamento, dice a Encarnacionita:

— Si farta otra cosa, usté, señora: fartan asientos...

DE CUANDO PEPE MONAGAS FUÉ «REFRE» DE UN PARTIDO DE FUTBOL «TAFIRA»-«LA CALZADA»

A Servando y a Agustín Morales

ALBOROTADO domingo gallero de peleas casadas. Tarde caliente de circo estivado, embullado y jugador. Muchas de las apuestas pican de las mil pesetas, que se dice muy pronto. En las gradas, jugando a San José, pero virándose a tiempo, cuando el gallo del «histórico», barajunda o amagado de tal; se le pinta con más bulla que nueces, está Victorio el del Pinillo, ayudado en el canto por el Táifa. Victorio se juega unos duros por cuentagotas y a tiro hecho, en lo que cabe. Con tres, caballo y perica, como quien dice. Cuando las riñas se liquidan, el isleño tiene en la cartera cuarenta duros como una casa.

—Ve y date una vuelta por ay, ¿oites?—ordena Victorio a Venturilla—. Mira a ve si localisas a la jarca. Tú le dises a eyos que yo estoy aquí, ca Juanito. No te orvide de Pepe ¿oites?

A la media hora, todos los templarios están congregados al pie de Victorio y en torno a unos tanganazos de ron dobles. Y a la hora, con los picos calientes y tirando de pirata, van porca a Tafira, «consignados» a una hogeda del Monte. Dentro del «Supo», y en las manos de plata de Pepito Monagas, va cantando a todo trapo un timplillo conejero que hubiera envidiado el propio Jeremías. Y por ese Pico Viento arriba van levantando

las coplas como cometas: «En la carretera el Puelto —oí una voz que desía:—«Qué desgrasiada es la guagua—que choca con el tranvía.»

—Y usted que lo diga, oiga—comenta muy serio un hombre de San Mateo, que va de alcayata, sentado en la puerta, con el final de la espalda al airote de la carretera.

La bodega se va llenando de zorroclocas sonrisas y calmosas actitudes. A poco se anima. Los vinos, unos tintos y otros dorados, honradísimos como gente antigua, son saboreados inicialmente de una manera entre científica y sensual. Estallan en paladeos lentos y pastosos, desesperan la avidez de los gañotes discurriendo como melojas, muestran sus vivas transparencias, altos, contra los claros de las puertas, abiertas de par en par sobre la media tarde, templadita y echada en las lomas morenas del Reventón. En seguida empiezan los gatillos del buen vino a correr los ojos de la comparsa. Y el primer sentimental entona una habanera: «Yo quisiera vivir en La Habana—a pesar del calor que hace allí...»

Andan al caer las cinco cuando la parranda, jaladita de caldos calientes y revuelta de mezclas, se echa a andar carretera abajo encabezada por el timple, que canta más brillante que nunca en las manos de plata de Pepito Monagas.

* * *

A la misma hora y cerca de allí, en el «Tanque Viejo», dos equipos de fútbol esperan sentados a orillas del «campo» la llegada de un árbitro, especialmente mandado a buscar a Las Palmas en vista de la gravedad del partido: dos empates a decidir y una caja de coñac para el ganador. Hora y media bien medida lleva el tal árbitro de retraso... Al fin, llega un recado: «No podrá subir porque le cayó la madre mala.» (Después se supo que había sido cerote que cogió.)

Ni los clubs—el «Tafira» y el «La Calzada»—, ni el público, tienen ganas de que el encuentro se aplace. Los capitanes invitan a algunos espectadores a actuar como jueces. Nadie quiere embarcarse en esta aventura de muerte. La rivalidad entre ambos equipillos es vieja y terrible, y el partido presente, de los que vale matar. A las orillas del terreno hay dos bandos concentrados y las piedras están a la mano, como esquinas de papas en los tiempos buenos. En cada isleño palpita un guanche, cuya pedrada, según la historia, cortaba a cercén una penca de palma como si fuera un deleite.

En estos decisivos momentos recala por el «Tanque Viejo» la parranda de mi compadre Monagas. Victorio tiene una rebelina: se mete en el terreno, reúne ceremoniosamente a los dispersos y desagallados futbolistas y les asegura, convencidísimo, que entre sus amigos viene un buen árbitro: Pepito Monagas. Apenas hay una teatral resistencia por parte del improvisado juez, que no entiende papas.

—¡Cáyate la boca!—le susurra al oído Victorio—. Trinca el pito y tírate a la mar. Date de cuenta que se juegan una cajita de coñac, ¿oites? La cogemos después de ajuste, le abrimos una cabeza de puente y rematamos la chispa gratis. ¡Cáyate la boca y trinca el pito!

Pepe larga el requinto, se desafloja y se tira al campo lleno de autoridad entre una cerrada ovación.

Empieza el partido. En seguida se producen los primeros rastrillazos. La lasca de una canilla del medio izquierdo del «Tafira» salta a la cara de Ventura como si fuera un botón. Un suplente le baja la media, le echa unos chorros de agua de San Roque, y el hombre vuelve a la brega tan campante. En represalia, el punta derecha del «La Calzada» le suelta un punterazo imponente en un pie al defensa izquierdo del «Tafira». Y la bola de su tobillo sale rodando como un boliche de gaseosa. Se registra el primer cuerpo a cuerpo a los siete

minutos y medio del primer tiempo. La pelota se queda por allí olvidada y quieta cerca de un cuarto de hora, mientras los veintidós hombres, y algunos espontáneos, casi todos pertenecientes a las directivas, se arrean una leñada que pa qué. Sacan entre cuatro al secretario del «Tafira» y a un vocal del «La Calzada». Se reanuda el juego a fuerza de pito y con una ayudita de Victorio, que se mete prudentemente al final de la pelotera para dar «unas razones». Se sigue jugando con calor, pero más metida la gente en el surco. No obstante, se producen de vez en cuando revuelos y cogidas de buche, y hasta algún amago de degüello. Pepe se ve obligado a expulsar a dos jugadores. El punta derecha del «La Calzada» corre una pelota como si corriera un conejo. Un medio del «Tafira» le pone delante, como si fuera la cosa más natural del mundo, el zapato. El muchacho entra de cabeza en el terreguero, y cuando se levanta, parece que está vestido de máscara, con una careta de tierra colorada. Así y todo, suelta tal coz, que duerme al otro más de diez minutos. Un espectador le nombra la madre al de la zancadilla y la pelotera se corre fuera del campo. Dura unos siete minutos. Al terminar, el balance es: un herido grave de una patada al canto abajo del estómago, que deja dentro un hueso, una tacha y un pedazo de suela; nueve de pronóstico reservado, casi todos de piñas en los ojos, y diecisiete leves, de cachetadas y raspafilonés.

Un señor veraneante, gordo él, con una chaquetilla de pijama él, que había ido tranquilito a gozarse el partido, porque estaba ya mareado de la radio, se retira lleno de indignación, diciendo gravemente:

—¿Esto es un partido de fulbo? ¡Esto lo que es es un relajo!

La contienda, que acaba totalmente antes de finalizar el primer tiempo, por falta de árbitro, entre otras razones, remata de mala manera así:

El «Tafira» avanza como la máquina de la china so-

bre la portería del «La Calzada». Los jugadores enemigos van quedando atrás como sacos de papas. Monagas, que va corriendo con el pito en la boca tras la jugada, tropieza con el centro medio calzadeño y se le va sin querer un pitido en el preciso momento en que el delantero del «Tafira» tira de punterazo y mete un gol como un bloque del Ensanche. El tanto resulta anulado porque instantes antes de pasar el balón la raya sonó el pito del juez. Los perjudicados avanzan ahora gachos y sombríos, cerrándose, cerrándose sobre Monagas... «¡Adiós, que esta no la cuento...!»—dícese para sus adentros el árbitro. Pero los del «La Calzada» se ponen de parte de Pepe. Los supervivientes de ambos onces se fajan de mala manera en el centro del campo. Mi compadre, que ha tenido suerte, se refugia detrás de un tarajallo del «La Calzada» que está aguitando a un defensa del «Tafira», con el que además tiene piques viejos de familia por un lío de linderos y quiere cobrarlas. Pero el otro no es flojo. Se va cuadrando y le tira a su rival una piña como la patada de una mula del cuartel. El agredido se agacha, ¡y detrás está mi compadre! Ni que decir que el macanazo alcanza a Monagas en mitad de la nariz, cogiéndole parte de un ojo. El mundo se le desaparece. Después de un singuido que entra por las orejas como dos chorros, le inunda la cabeza un brumero de plomo, en el que rebrincan súbitamente millares de estrellas que mal empleaditas. Dando unos pasos de borracho en las últimas, se sostiene milagrosamente en pie. Cuando empieza a volverle el tino, siente entre el tumulto, cerca, insistente, monacorde, la voz de un mago que grita:

—¡Fué penaltee! ¡Fué penaltee! ¡Fué penaltee!

Monagas, entreabriendo al fin el ojo que le quedaba medio bueno, alcanza a columbrar al mauro del grito. Trínvalo, rabasquiniento, por las solapas y grita sordo:

—¿Onde está el Peñate ese, me caso en La Habana, pa partirle toa el alma que tiene...?

DE CUANDO PEPE MONAGAS AYUDÓ A
LLEVAR LA CAJA EN QUE ENTREGÓ SU
CUERPO A LAS PLATANERAS MANOLITO
EL LARGO

A Domingo Montesdeoca

MANOLITO el Largo, vecino él de la Matula, aquí arriba, según se sale de San Roque, no murió entero cuando le llegó su turno, sino acacharrado ya, arrastrando la chola por mor de los años, que arriba traía requintados de tanto partirse el pecho por la pella y el caldo de jaramagos. Se quedó al solpuesto como un pajarito.

—Vete abajo ca maestro Rafaé, ¿oites?—ordenó ese vecino que se presta para arreglar los potages que arma una muerte en una casa, a ese otro vecino que también se presta animoso para llevar la esquela y arreglar otros requilorios de la calle—vete abajo y le dises tú a ée que mande pa arriba una caja pal viejo.

—A tiritito estoy aquí.

—¡Peera! ¿Te vas a íi asin, sin llevá las medias ni naa? Déjate dí y ven pa dentro.

Le tomaron la medida a Manolito. El hombre era un silbido. Y el del mandato recibió dos metros de tomiza como si fuera un deleite.

—Disle tú que si le parese le ponga un gеме de más, ¿oites?, no sea que vaya y pegue a estiráa.

—Sí, señó. Pa que farta, más vale que sobre.

Maestro Rafael tenía las cajas en un cuartuchillo de la trasera de la Iglesia de San José. Como él vivía en la Plaja Janto Omingo y no era amañado para desplazarse, se asomaba a su puerta, largaba la mariposa de un cartabuche, se metía dos dedos hasta la campanilla y daba un silbido. Acudían inmediatamente a este toque los mataperros que allí daban la enconduerma, es-cogía tres de ellos más sobre lo galletón que sobre lo chirguete y los mandaba con un hijo, ya mayorcito, al depósito. El «encargo», de pinzapo, forrado de ren-gue rucio, con clocos de fulgurante negro, o mejores, (dependía) en que todos cogemos el tole más o menos tarde, según atine o se le vaya el baifo al médico, salía luego a hombros de los cuatro muchachos hasta el lugar de la ocurrencia.

Pepillo Monagas vivió una partida de años, hasta que fué un pollancón, en los alrededores de Santo Domingo. Casado ya, fué cuando se mudó para el Risco, de donde era, nacida y criada, mi comadre Soledad. Entre noche y día caía en la plaza, donde iba congregándose su jarca, una jarca inquieta y peligrosa, que lo mismo tiraba un volador desrabonado en el zagüán de algún vecino calentón, que ponía un gangarro y bencina a un perro, soltándolo en medio de una fiesta. Cuando se presentaban cáidos de llevar cajas o un farol en los entierros de noche, aprovechaban, cobraban su media peseta, hacían un cometón y se iban a La Loma.

Silbó maestro Rafael. Y corrió una insalla. El em-paquetador escogió tres, entre ellos a Pepillo, y los mandó con el hijo Isidro. Este Isidro, que tampoco era flojo, buscó, midió y tiró de cajón.

—Esta le viene al pelo.

—¡Vaya un sollajo, mano!—comentó Monagas viendo aquel tunel.

Emprendieron el viaje entre noche y día. Y desde que salieron pegó la juerga. De entrada sacaron la caja a la calle. Y aprovechando que los otros compinches ayudaban a Isidro dentro en la colocación de las desechadas, Pepe levantó la tapa de la de Manolito, se metió dentro y cubrió. Al salir y no verlo, Isidro cogió su calentura:

—¡Ya se rajó el jediondo ese! Eso pasa por mi padre dasle la media peseta antes del acarreto.

Se oyó de pronto una voz cavernosa que salía del fondo de la caja:

—¡Sácame de este tormento y págame los cinco duros que me debees...!

—¡Ay mi madre!—se erizó todo Isidro, que partió a correr más amarillo que una yema.

Salieron. Y como el repecho de San Roque se pega, Pepe, que desde nuevillo ya tiraba al beberío, propuso mandarse unos pizquitos de vino «pa refrescá el gasnate, ¿oites, Isidro?» Cayeron tres de un tinto que dejaba en las copas un fondajo de tunos colorados y salieron con el rabo tieso. Monagas se paró de pronto:

—Chacho, Isidro, yo podría aprovecha, ¿oites?, que tengo un recaó de mi madre pa las niñas Lirias, que viven ay frente, asunto de un encargó de llenar colchones...

Tocaron en la puerta de las niñas Lirias. Las niñas Lirias eran tres viejas, una viuda y dos solteronas, con la quilla sobre el marisco desde tiempo, pero resistidas como la buena tea. Teclosas, con un miedo a las Animas que se chirgaban, cerrando ventanas por las corrientes, de misa en novenario y de novenario en visita, iban tirando tan bien agarradas que traían tieso a un sobrino, solterón él y empleado desde pollanco en una peletería; el cual vivía con ellas, esperándolas como cazador a orillas de un majano, y dispuesto a casarse, cuando doblaran al fin las cajetas, con una muchachita de aquí de la entrada de San Roque, con la

que venía mosiando jueves y domingos desde hacía diecisiete años bien medidos.

Llamó Monagas:

—¿Quiéennnn...?—llegó de dentro una voz de gata criando.

—¡Paaas...! ¿Quieren toooyos, señooora?—gritó Pepe tan fresco, aunque acluecando la voz.

—¡Chacho!—se alarmó Isidro.

—Cayate la boca tú...

—¡Sus, toyos a estas horas...!—resolló la más vieja.

—Pues mira, a lo mejor vienen más baratos por eso...

—¿A cómo los yeva?—preguntó la viuda sin abrir.

—Casi de barde, señora... No tienen nadita de pajudos y están durses como una meloja... Abra pa que los apruebe...

Salieron las tres a la puerta, trancada desde la prima. Y al abrir, descuidadas, y encararse con aquella caja negra y larga como er Tune de Terde, cayeron redondas como cortacapotes. Murieron después seguiditas en el espacio de seis meses, con gran privazón del sobrino de la peletería... Dicen—que muy bien pudiera ser una calumnia—que un reloj tipo cebolla desarrollada que tuvo un tiempo Monagas, a poco del percance, se lo regaló el pariente heredero...

Siguió la guaracha para La Matula. Y de repente, un poco más arriba de las niñas Lirias, se les vino encima una folia de piedras, que escaparon porque nadie se muere la víspera, sino el día. Enterados los vecinos del susto recibieron por las viejas, escarrancharon en cólera y emprendieron una ofensiva que la agarran a su debido tiempo los alemanes y salen por detrás. Volcaron los cuatro palanquines la caja y se atorraron debajo de ella mal que bien. Cuando los creyeron muertos, los vecinos se retiraron a comerse el potaje de la victoria.

Noche cerrada pasaban los Andenes. Entonces sintieron venir un rancho. Era gente que bajaba de La

Matula, precisamente del duelo de Manolito el Largo. Pepe, que era el Barrabás, se percató de una cueva que había a la banda, al tiempo que le brincaba entre las cejas una idea torina, y dijo:

—Señores, yo estoy entregao. En too trabajo se fuma.

Largaron la caja, dejándola atravesada en un recodo del camino, y se metieron en la cueva a echarse un virginió. Cuando el rancho, con mujeres y hombres, se topó con aquel insospechado catafalco, pasó lo que era de esperar. Abrieron todos a correr como conejos fogueteados, tan desafortadamente, que unos fueron a coger resuello a los Poyos del Obispo y otros a La Apolinaria. Dos mujeres quedaron, a resultas, padeciendo del pomo, y una que estaba en estado, allí mismo se comprometió. Tuvieron que ir al alba por ella y por el guayete, el cual por poco no la cuenta de la relentada que agarró. Entretanto, en la cueva, los cuatro palanquines se esmorecían de risa.

—¡Y rian pal Puerto!—ordenó Pepillo.

La expedición cogió viento otra vez. Y entonces sobrevino algo que pudo haber acabado en catástrofe. Alguno de los asustados tumbó para La Matula. Al recalar, con la lengua llegándole al último botón del chaleco y la color de huevo clueco, contó lo ocurrido. Sospecháronse arriba que era una mataperrería. Y se alzó en el patio del duelo una jarca con palos y algún que otro rebenque. Monaguillas, que como buen «indino» que era tenía tan aguda la oreja como las intenciones, los acusó lejos. Por el tranco y las voces presumió que venían a matar. Dió unas órdenes. La caja fué sacada en vilo del camino y tirada detrás de un bardo de tunerras, algo lejos. Junto a ella se atorraron los cuatro. Agachados así hubieron de estar su par de horas largas, que el rancho los buscó afanosamente todo ese tiempo sin sospechar que estuvieran tan a la mano. Cuando se echó al fin aquella marea, llegó sonido de campanas. La Catedral daba, desmayadas, las doce.

—¡Mi madre, lan dose de la noche ya...!—se echó manos a la cabeza Isidro oliéndose la tollina que habría de meterle maestro Rafael, su padre, que dando cuero era como el Faro de Maspalomas en lo suyo.

Monagas, con un cerote que no podía disimular, dijo que él largaba el asunto. ¡Cualquiera seguía con la caja y llegaba a La Matula después de aquella noche de pastoreo y pillaje!

—Pos hay que llevasla como quiera que sea—se impuso Isidro.

Se salieron del camino. Y dando tumbos, tirando la caja cada momento, reemprendieron la marcha. Pasaron arrente de una casita en obras. Sobre un andamio había un balde con una lechada de polvos azules, sobrante del albeo de un zócalo. Tropezaron y se les vino arriba. La caja, toda despilfada, se pintó, que daba gusto verla, de un azul vivo.

—Esta faltaba—rezongó Isidro hecho un chino.

Atracaron por fin a la casa del difunto.

—Aquí ta la caja...—dijo Isidro en el patio, todo cambiado.

—¿Cualo...? ¿Pero qué es jeso que traes jay?—preguntó el vecino que mandaba el baile viendo aquel desastre de caja y echando al insulto natural todo el teatro que podía.

—La caja. ¿No, la vey?—pudo articular Isidro agachando el morro.

—¿La cuala...? Mueno—rectificó el isleño llenándose de solemne pachorra—. Tú sos de maestro Rafaé, ¿no?

—Sí, jiñooo...

—Ta bien... ¿Y ese es el fundamento que te ha enseñao tu padre, mi niño...? ¡Buena criansa, cabayeros! ¿Y a ti no se te cae la cara de velgüensa de vení acá con semejante arpa vieja, dí...? Por los moos vistos, tu padre se ha decreído que este era el intierro de la sardina, ¡digo yooo!

Monagas, que no podía remediar la sangre guasona que sacó de madre ni en una ocasión como aquélla, salió así en defensa de Isidro :

—Dispense que me meta, usté... Er muchacho no tiene culpa, ¿oyó? Lo que pasa es que mastro Rafaé se ha equivocado. En ves de mandarlos con una caja de muertos, los mandó con una caja de turrónes...



DE CUANDO PEPE MONAGAS SE DISFRAZÓ

A Margara Bosch de Guerra del Río

Los Carnavales, aquellas desaparecidas y disparadas rumantelas—¡«ojos que te vieron dir»!—, tan pintoresca y desafortadamente cultivados en las ciudades atlánticas, los corría mi compadre Monagas con el trapo tan suelto y margullando en una chispa de tan mala manera, que cuando abicaba en el catre el Miércoles de Ceniza, después de churros, caía como la Bella Durmiente. Ni el hambre, ni el cañón de las doce, ni una elevada en el Portón lo sacaban del estado de tronco de olivo en que entraba. En una maravillosa demostración de euforia y resistencia, Pepito pegaba un mes antes de las Carnestolendas «para ir haciendo boca» y acababa el día de la Ceniza como un cesto de fruta de esos que se olvidan en el depósito del coche de horas.

Todos los años Monagas se ponía un disfraz único y estupendo. En la época gloriosa de Ursula López, se vistió de Ursula López y cantaba en la Plazuela, expresmiéndose previamente junto a los ojos un pedazo de cebolla peleona, aquello tan famoso de «Mira niño que la Virgen lo ve todo—y que sabe lo malito que tú eres...» Otra vez se puso unos cuernos de goma, se encasquetó a la espalda un caparazón imitando el de un caracol, y se empaquetó luego con traje de etiqueta, sombrero de siete pisos y corbata de ceremonia. Se había disfrazado de «chuchango compuesto».

La pollería ignora, claro, que uno de los números fuertes del Carnaval en nuestra ciudad era un baile, compacto como una piña de San José, que se celebraba en el recientemente desaparecido Café Triana. Por allí desfilaba la ciudad en peso y el enralo no tenía pintura. Las mesas, arrinconadas contra las ventanas de la calle Mayor, eran para los «derrumbados» por unas y otras causas, y la pista, que sugería sin remedio la peña y la lapa, copábanla los que iban llegando frescos... en todas las acepciones.

Poco antes de dar los Carnavales las boqueadas entró en el café, en horas de meneo, Pepe Monagas. Era el martes por la mañana y había perdido toda vestimenta festiva. Conservaba, eso sí, su ropa de diario y la chispa. Entre gritos, abanzos, codazos y vaivenes pasó la entrada y se aflojó sobre una silla vacía del pasillo. Estaba en una de esas fases mudas de las grandes tajadas, cuando sólo hablan la actitud o el gesto.

De pronto se animó un pizco y se incorporó otro pizco. En su cabeza turbia cogió cuerpo la idea de improvisarse un disfraz original y comodísimo. Haciendo un esfuerzo por estabilizar la cabeza para controlar la entrada del pasaje, comenzó a usar el disfraz. Estiraba tranquilamente un pie y lo ponía al paso de las tapadas. Pegaron los leñazos, que en un principio se resolvieron con gritos joviales de protesta y algún que otro recio abanicazo. Pero como repitiera la suerte hasta tres o cuatro veces con una máscara gorda ella, que iba y venía del baile a un grupo de cotorrones enrallados que estaban mandándose unos whiskies a la entrada, haciéndola caer por fin con tal talegazo que creo que hubo que llevarla a ca Amador, la broma dejó de ser broma y se enredó la pita. Protestaron mayormente los cotorrones, uno de los cuales dicen que tenía que ver con la gorda y estaba disimulando. Llamaron al dueño para que echara al importuno borracho.

—¿Por qué no se va usted a molestar al barranco?

Con un dedo que intentaba, fluctuante, inseguro, ordenar silencio, Pepe inició la réplica:

—Sss... Yo estoy bien aquí... ¿No estamos corriendo los Casnavales...? Pos yo soy una máscara. Y listón.

—¡Jabon suasto es lo que es usté!—chilló la gorda, a la que estaban refrescando con agua de San Roque.

—Por ay vas bien, Michelina—susurró Monagas.

—¡Cáyese, peaso de indesente, mejó se fuera a dormí!

—¡Bueno, bueno, se acabaron los abusos!—gritó el dueño dando una patada en el suelo y alcanzando en un callo a uno de los cotorrones, que también cayó en la cama porque era un callo antiguo y como una aceituna del país, y por eso casi tan malamañado como una puntada en la rabadilla—. ¡Se acabaron los abusos ha dicho! Usted se va a la calle.

—¡Sss...! Calma y tabaco, Nicolás... Déjese dir, que estamos en un establecimiento público y ya sabemos los derechos del suidadano. ¡Que yo soy federaa de toa la vida! ¿oyó? Y a mí atropellamientos de la suidadanía, no. ¿Tamos? ¡Ah, ya!

—Pero bueno...

—Ni bueno ni malo. Esto es un baile de máscaras, y yo soy una máscara.

—¿Cuándo aonde es usté una máscara? ¡Mia pa allá!—chilló la gorda.

—¿Cómo cuando aonde? ¿No me ve disfrasao?

—¡Disfrasao! Mia que cara...

—Disfrasao, sí, señora... Disfrasao de cáscara de plátano...

DE CUANDO PEPE MONAGAS ASISTIÓ A LA LECTURA DE UN DRAMA DE ESTEBAN PACHECO

A Luis Campanario

EN la plaza de Santo Domingo una cuajada noche del verano insular. Hay tal levante, que se parte un huevo en una baldosa y se queda del golpe más seco que una jarea. En los bancos de piedra y en sillas caseras intentan coger fresco algunas apacibles familias de Vegueta, desaflojados y callados como tocinos los maridos y las señoras esponjadas de felicidad hogareña, hablando, más nasales que nunca y con más deje que nunca, de la «consumía» plaza y de las criadas robonas:

—¡Quite pa ayaaa, señooora!

En algunos asientos, tal cual pareja de novios con alguna liña dada, porque llevan cinco años mosiando y son de boda más segura que un preso.

Calma chicha a todo lo ancho de la plaza. Pasa un perro chimbo y hace una parada en una de las socorridas cuatro esquinas del indecente torreón de la luz. Un insular de la amodorrada tertulia de un cuartito de cottorrones que está al pie de la casa de don Prudencio, sale del apoyito espabilado por el perro:

—¡Ese torreón! No me dirán ustedes, cabayeros, que no es antistético.

—Masio que lo es—traba un contertulio—. Ha hecho

farta el *Diario de las Palmas* pa una buena campaña.

—Mal limpriaitos cañonazos los que dan a las dose —comenta un tercero—pa no habérselos tirao arrente...

Cruza más tarde un matrimonio gordo, con dos niñas alante. El lleva unos callos como clacas y ella se mece a las bandas como una gabarra en la punta del muelle. Saludan haciendo una parada como un trono. Y al dar en el alto un resoplido, provocan el único fresco de la noche.

—Adiós la gente.

—Que les vaya bien me alegro...

—¿Cogiendo fresquito?

—Del poco que hay, señooora.

—Eso es bueno.

—¿Y los ranchos?

—Pues de gofito, gracias sean dadas.

—Bastante que me alegro. ¿Vienen de pa dentro?

—No, señora. Venimos de aquí lante, de ca doña Soledad Carsines, ¿abe? Sí, señora; que se la ha metío un andansio en su casa y tiene tres en cama y dos orejiando.

—Mia p'ayá... Sí, ahora anda. Sintiendo estoy yo que se meta por mis puertas, usted.

—Pues ya... Bueno, señora, pues hasta más veee...

—Que son señas de volveee, si Dios quiere.

—Que les vaya bien—resopla un marido.

En uno de los bancos que está al canto abajo, frente a la Palma de doña Nieves, despuntan el sofoco Pepe Monagas, Victorio el del Pinillo, Venturilla el Táita y mi compadre Juan Jinorio, que también diba en la rueda de presentés. El bochorno que llega del Moro es tan abacorante, que hasta hablar muele. Sólo se oye el resoplido de Venturilla, que respira con vegetaciones, y que tiene, además, singuido de algo que le sobra en la nariz.

En medio del aburrimiento y la espesa calma cruza fugitivo, desgambilado y traspuesto, Esteban Pacheco, un dramaturgo insular, que tiene un baúl cubano esti-

vado de obras teatrales, tragedias todas, con más muertos que una «apiaemia», como decía aquel hacendado de Los Barrancos. Estebita era un incomprendido. Nunca había podido estrenar una de aquellas terribles piezas, que en escena y fuera de ella hubieran podido mover el Barranco. Había de todo en el baúl, desde el drama medieval, con un castillo lleno de damas tranca-das, cabralescos arrebatos y sablazos, hasta la tragedia guanche, con un rey de Telde, una princesa de Galdar, media docena de faicanas y faicanes y un coro vestido de zaleas, el cual, en el segundo acto, llegaba en mani-festación por Triana hasta el Gobierno Civil a pedir justicia contra un tiesto de aquí de Santa Cruz, que le dió con una botella de sifón un macanazo mortal a un «guai-re», o consejero real, de Tenteniguada él, desplazado acá con carácter oficial, rematando de manera tan poco diplomática una discusioncilla que tuvieron acerca de la división de la provincia.

Monagas espabila al verlo. Presiente que va a tener salida el aburrimiento. Pacheco es el gran tipo para un alivio y él tiene mucha letra menuda para embaucar y animar chiflados.

—¡Chaco, Esteban! ¿Ya te vas a meter en el cuarto, ya, con el calor que hace...? Ven pa acá, hombre...

Pacheco se para indeciso, mira torcido con sus ojos saltones y recelosos y traba al fin en la sugestión de mi compadre. Arrima al banco la figura bohemia e infeliz.

—¿Qué quieres?

—Que te asientes un pisco y conversemos... Oye, Estebilla, ¿disen que tienes un drama nuevo que manda las peras a la plasa...?

—Sí—contesta al desgaire Pacheco, como quitándole importancia a su talento—. Nuevo es. Y de los que mandan las peras a la plasa también... Pero ya hablaremos. Ahora no quiero detenencias, ¿oites?

—¡Ven acá! No seas serrero ni desconfiao, que tú sabes que nosotros reconocemos tu talento y eso...

Ayudado por los compinchés de jarca, Monagas lo va engoando, engoando, hasta que Esteban Pacheco se anima a leerles el drama.

Tiran todos para El Pinillo, donde Esteban tiene su cuarto de solitario. El escritor enciende una vela, cuya llama se debate en la atmósfera espesa que reina y que tumba. Con la lumbre se alza un escorroso de cucas—de semilla inglesa, volonas y chopas—, que en manadas buscan el oscuro debajo del catre y los otros pobres muebles del buchínche. Cerrada la puerta—«por lo goladores, ¿sabe?»—con un pedazo de cañería y la taramela, Esteban tira de cartapacio. El drama está escrito con lápiz en papel varío y multicolor—en el interior de cajas de cigarrillos, en papel de barba numerado y oliente a queso, en hojas de ese gordo que dan en las tiendas para ayudar a robar en el peso, sétera—y con una letra garbanzuda. Monagas hace aparte la observación de que el rabo de la *a* era igual al del perro inglés de maestro Bartolo.

—Se titula—pega después de un carraspeo de sótano el dramaturgo—, se titula el drama que os voy a leer «La reina Olegaria mata muriendo...».

—¿Son los apellidos de eya...?—pregunta haciéndose el sonso Juan Jinorio.

—Nooc...—replica Pacheco, soliviantado—. Mata muriendo son ajetivos. Quiere desirse que muere matando... «La reina Olegaria mata muriendo, o el que hiere con sable no puede acabar al pirganaso».

—Santa palabra—comenta Pepe.

—Primer acto. Un cuarto más bien grande que angosto, con un ropero de tea y taburetes. En el lateraa isquienda hay una puelta disimulada por onde sale más tarde Goldofredo, que anda en enralos con la reina, y que está escondío en el ropero de tea con una navaja de afeitar. Se está pasiando arriba y abajo él. Contra atrás, contra la paren, insultada y muerta de miedo, se arrima ella...

—¿Pero quién es él?...—pregunta Ventura, interesado.

—¡El rey, totorota! ¿No lo véis...? Si pegan a interrumpirme, no leo, ¿tamos?

—Cáyate la boca tú, Ventura. Sigue, Pacheco—ordena mi compadre.

EL.—¡Me has de oír vos, perra infiel! ¿Os creéis que desconosco vuestras relaciones y ultrajantes contrubeshios con el caballero Goldofredo? ¡Vos os engañadais, señora, vive Dios! ¡Contad con que si lo trinco, lo escacho como a una cuca!

ELLA.—¡Señol...!

EL.—¡Callal, por ventura! ¿Me tomáis por un bobático, o qué? ¡Soy el rey! ¡Jincaos de rodillas ante mis plantas y pedirosme perdón, rufiana!

(Al grito de «¡rufiana!» aparece una servidora del palasio.)

SERVIDORA.—¿Me llamabais, señor?

EL.—¡Nooo! Llamaba a esta pécora.

SERVIDORA.—Me paresió que llamábain vos.

EL.—Os llamáis Rufina y no rufiana, aunque bien pudiera ser, porque sois mujel. ¡Salil! (Sale ella.)

REINA.—Señor, no me humilléis así delante de las criadas, que luego me pielden el respeto. (Se levanta y se le aserca.)

EL.—(El rey la rempuja de mala manera y la reina cae.) ¡Callaos vos!

REINA.—¡No me rempujéis, señor, tamién!

EL.—¡Sí, te rempujo! Y poco me parece. ¡Salil! Os ordeno. (Ella sale y entra por la otra banda doña Eduvigis, la alcagüeta de la reina.)

DOÑA EDUVIGIS.—¿Hablabais solo, poderoso monarca y amadísimo señor?

EL.—¿Qué dises tú? ¿Cómo osáis atreveros vos a dirigirme el verbo, velillo? (Sale él, haciendo un josisión.)

DOÑA EDUVIGIS.—(Abriendo el ropero, del que

sale don Goldofredo.) ¿Oisteis, caballero, lo malcriado que está?

DON GOLDOFREDO.—Oí, doña Eduvigis. Y huéleme esto todo a que aquí va a haber mojo con morena. ¡Voime! Desid a la reina, mi señora, que soy su seguro servidor que estrecha su mano, Goldofredo. Desisle tamién que voime a tierra de infieles a buscar la muerte, que ya llevo de aquí, en este pecho traspasado por el sablaso del amor.

DOÑA EDUVIGIS.—¿Osáis iros y dejad a mi señora que tanto os ama?

DON GOLDOFREDO.—Oso irme porque... porque es de mejor convenensia para ella y para el reino.

DOÑA EDUVIGIS.—¡Mentís, don Goldofredo! Os váis porque tenéis chirgo y no lo podéis disimular.

DON GOLDOFREDO.—Me ofendéis, señora. Y no os largo una cachetada, porque sois mujer y no está bien, que si no, os tumbaba como un cortacapote. ¿Lo oís? (Sale él.)

DOÑA EDUVIGIS.—(Gritándole desde la puerta.) ¡Lo oís, pero me hago la que no lo oisgo, porque a pesar de saber quién fué vuestro padre, cosa que vos no sabéis, quiero seguir creyéndovos un caballero, y no un jediondo. (Sale ella echándose. Seguidamente entra él, que da un vistazo y llama.)

EL.—¡Doña Eduvigis...! (En vista de que nadie le contesta, sale él.) ¡Voto al chápiro! (Entra ella.)

Así siguió la lectura del primer acto, que a la hora y media iba aún por la mitad. «Entra él», «Sale ella...», repetía en un guineo, con la boca seca y los ojos como gallo en pecha, Esteban Pacheco. Entre la sofocación del cuarto, cerrado y oliente, y el peso del drama, Monagas se fué acogotando, acogotando, pasada la primera fase divertida de la lectura. Y ya del todo requintado, explotó:

—Mira, Esteban, ábreme la puerta, ¿oites?, que ahora el que sale soy yo.

DE CUANDO PEPE MONAGAS
LE PREPARO EL ENTIERRO AL
COSTERO IGNACIO BRECA

A Paquita Mesa de Christensen

- C**ÓMO está el patrón, mana Candelaria?
—Lo mismo, usté. ¡Todo sea por Dios!
—Lo mismo... ¿Y cómo es lo mismo?
—Oh, igualito que antié y que ayéee, usté Pepito.
—Ah... Jeringao, entonses... Bueno, pero y el médico, ¿qué es lo que dise ée que tiene?
—¡Se yooo, cristiaaano! Quien lo entiende... De eso de loco... ¿Cómo fué y dijo, usté...? No lo saco, Pepito; pero yo vine a entendée como que la entera colite lo tiene cojío de los distentinos y se lo está chupando como si fuera un baifo, usté. Antié lo llevemos a los rayos clueques de la pantalla, ¿abe?; lo miremos, y hasta le saquemos un el la radio de la caja del cuadril con esa máquina de retratá.
—¿Pero es que el compadre se va a haser un casné, o qué?
—¡No, cristiaaano! Un el la radio de esas de los güesos, que se vei por endentro too el cañiso, ¿abe? Don Osé saca, según me paresió entendesle, como que tiene una sombrita en la tela der estómago. Y dispués, piedras en la vegija, o p'aray. ¡Miusté piedras! ¡Me quieren hasé cree que mi marío ha estao comiendo piedras! ¡Mire, señora!
—Bueno, y a lo mejor no son piedras, sino güesos

de aseituna. Bastante que le han gustao al compá Inasio.

—Usté siempre de gusto, Pepito.

—Diga usté que ajulando pesares... Bueno, comadre, desle recuerdos y que eso no sea naa.

—Hasta más vee, Pepito.

Han sostenido el diálogo Monagas y Candelaria Santana, la mujer del costero Ignacio Breca; él, de recalcada para el portón, y ella, en la puerta de su casita, cuadrándole el airote a un brasero de La Atalaya que se le amuló. Ignacio venía malito de tiempo. Pegó con un reuma, que agarró en la mar, y después todo fueron pulgas sobre perro viejo, las cuales ya no largó hasta que lo entregó todo—inclusive el terno azul marino-rucio, el de tierra—a las plataneras.

Se oyó por allá dentro la voz del viejo marino, que con la enfermedad había virado mimoso como una gata de gente rica; una voz de baifito con carraspera:

—Candelaria, ven acá...

La mujer, agoniada con el fuego, que se resiste, contesta, destemplada:

—¿Qué te duele ahora...? ¡Ya voy niño!

Cuando el fuego levanta, ella arrima a la cama del enfermo, revuelta, con las sábanas morenas, en donde, todo enguirrado, se va Ignacio.

—Guísame una tasita d'agua, Candelariya de mi arma, calentita, que me está subiendo un frior de la quilla por el trinquete pa arriba, que si no es de muerte; es de alguna puerta que dejates abierta.

—Ya la tengo hecha. Pasote es... Te lo tienes que tomá sin asuca, que el pico de rapaura que queaba te lo eché endenantes en la leche.

—Man que sea. Es pa calentaa, ¿sabes...? ¿Quién estaba ay, Candelaria?

—El compadre Monagas. Que recueldos.

Ignacio suspira con tal fuerza, que se menea la tarlatana del espejo:

— ¡Ay, señooo, tal clavo clavao, que parese un remo metío entre pecho y espalda! Y que no ha habío ni santiguado, ni unguento, ni parcho que puea con ée... (Mimosa la voz.) ¿Fartá mucho, Candelariya?

— ¡Te la estoy pasando, niño! Cáyate, ya, ¿oh?

— Mujee, es que tengo como un brisón arrente los güesos...

— Bueno, ta bien. ¡Sus, quería, tales teclas, usté!

Pausa. Ignacio sopla y sorbe trabajosamente la tacita de pasote. De pronto pregunta:

— ¿Qué comieron mustede hoy, Candelaria?

— Toyos.

— Ah... ¿Y estaban buenos, tú?

— Pajudos... Y más bien sobre lo amargo que sobre lo durse.

La mujer miente por no desconsolarlo.

— Oye, Candelariya, ¿te quearían argunos para re-calentá?

— ¿Cualo...? ¿En qué demonios estás pensando, condenaoo...?

Pausa larga. El Breca, que tiene la idea de los tollos clavada como un barrenillo, vuelve a la carga:

— Candelariya, ¿tas oyendo...? (La voz es ahora como una mopa.) Yo tengo un antojo, ¿oites?

— ¿Uno solo...? ¡Jum...! ¿Cualo quieres?

— Estooo... No te vayas a enroña, mujée, ¿oites? Mira, me quisiera comer mi platito de toyos, Candelariya...

Ella revira, engrifada como un macho salema:

— ¿Tú te has jas vuelto loco, condenaoo...? ¡Toyos ahora!

— Mira, mujée, ven acá... Yo estoy ya con la quilla en el marisco, ¿oites? Este barco viene de tiempo cogiendo buchadas, tú lo sabes, y ya no lo achica ni el médico chino... ¡Dame un platito de toyos, Candelariya, asín Dios te sarve el arma, mujee... ¿Pa qué me vas a dejá con el gustito en la boca si sabes de sobra

que ya yo no atraco más, séase sin ese lastre, sease con ese lastre...? Haslo por tu salú y tu sarvasión, Candelariya...

—Aspera que venga tu hijo Manué. Si él gustante, yo tamién. No quiero requilorios dispués.

Manuel, que estaba jugando una sangá en un cafetín de San Lázaro, recalá. Seguidamente se entera del anoto del viejo. Se rasca el cogote, y razona:

—¿A usté se lo pide el cuelpo? Lo que el cuelpo pide, no dañá. ¡Desle los toyo, señooora, y listón! Totaaa...

Esto era entre noche y día, con las Animas al caer. Y entre noche y día también, rayando el alba, Manuel estaba dando tamborazos en la puerta de Monagas:

—¡¡¡Quién!!!

—Estooo... ¡Pepiiitooo! Soy yo, Manué, ¿ta oyendo?

—¿Qué quieres a estas horas?

—Es que mi padre, estoo... Mi padre se murió...

—Ya cayó que haser—rezonga Monagas espabilando—. Pues mira, te acompaño en er sentimiento, ¿oites? Pero si ya se murió, ¿pa qué me voy a levantáa?

—¡Es que yo quería—¿ta oyendo?—, yo quería que usté me ayudara en los requilorios estos...!

—¿Pa qué no esperó a las nueve o nueve y media? ¡Son ganas, también...! ¡Yo voy pa ayá a tiritito!, ¿tas oyendo? ¡Y vete preparando un pisquito de cafén!

Cuando mi compadre llegó al cuarto del difunto se encontró a Candelaria en los pies de la cama, desarretada, que no daba avío la pobre a atajar con las puntas del refajo el aguacero de ojos y narices.

—Vaya, comadre, vaya. Venga pa acá y asiéntese. Y resinasión. ¡Si no somos naa, usté lo sabe!

El cuadro era abacorante. Entre las sábanas, sorroballadas y revueltas, amarillo y menudo como una vela barata, encloquillado y de banda, aparecía tieso Ignacio Breca. Bueno, lo de tieso es un decir. Como un garabato se quedó su miserable cuerpo. Encloquilla-

do, hemos dicho, y no muerto con arreglo a los usos y costumbres. Al modo entregó allá para las once, cuando todo el mundo estaba como un tronco, y sin más recado ni más mandado. Ni un resoplido tan siquiera. A las cuatro y media, cuarta más, cuarta menos, unos ladridos del perrillo de maestro Bartolo desvelaron a la comadre, que se levantó para darle una vuelta y una taza de caldo. Y ya se lo encontró como un ajo porro. Por eso, con tantas horas frío, no fué posible estirarlo para vestirlo y dejarlo decentemente en medio de la casa. Estaba como una persona que se muriera sentada en una silla, hecho un cuatro de los que hacía Rafaelito el de la tienda. Mal que bien, le metieron sus calzoncillos largos, su camisa de los domingos y su terno azul marino, que el tiempo había virado rucio.

—¿Pero y ahora pa meterlo en la caja, usté...?—se paró pensativo Pepe, viéndolo sentado en la cama, vestido de limpio, que parecía un padrino de bautismo—. Esto va a ser una vaina, me pareceese...

Manuel se soliviantó :

—Pues yo no quiero que mi padre vaya haciendo el redículo y eso, ¿oyó?

—¿Y quién te ha dicho naa...? Acuéstelo, comadre... Déjelo caer de esa banda. ¡Aaasí! Ponte por ayá, Manué. Más arriba... Féchalo ahora de la cabeza y no lo dejes vení pa mí, ¿oites? So es... ¡Aaaa! ¡Aaaa! No afloja ni con la grúa del Densanche. Está como hierro frío, comadre. Trincao en bolina de aquí del rodillaje... Usté lo dejó enfriá, Candelariña.

—¿Yo, quería de mi alma, si cuando disperté estaba listo ende cuando...? ¡El tenía ese dormí ende acabaito de casá, ¿abe?, que siempre se lo desía yo, porque apenas me dejaba sobrante, el pobre, en el catre: «Hate pa ayá, Inasio...» Y se roaba, el pobre, porque no lo ha habío más bueno en las siete islas... (Soltando el trapo.) ¡Ay, Inasio, Inasio, tal desgrasia, que te fites alante y me dejates como una gayina sin nidáa...!

—Bueno, cáyese ahora, comadre. Deje la yantina pa cuando esté en la caja y haiga gente delante... Ahora vamos a vee como arreglemos esto de empaquetarlo, ¿oyó?, que como no venga un ingeniero, me parece... (Pensativo.) Si acaso... con una caja más alta, o que traiga su corcova, como la de un timple, pa encajar las rodiyás... ¡Digo yooo!

—¡Pepito—salta Manuel con la cabeza cambada—, losotros semos más pobre que naidie en too el Risco, pero mi padre tiene que tené un intierro desente! De mi padre muerto no se chotea naidi, ¿oyó?

—¿Quién se va chotiar, totoroña?

—¡No, es que yo no quiero, ¿oyó?, que mi padre se intierre en un baú cubano, ni en una caja turrónes.

—¿Pero quién va a enterrá a tu padre en una caja turrónes, vagañete?

—Lo que yo le digo...

—¡Cáyate ya, sollajo, cáyate la boca ya! ¡Oh, padrito...! Yo voy a tirar un sartito a la funeraria. Déjalo de mi cuenta que yo lo arreglo... Dame un pisco de cafén pa podé fumá, que tengo la boca como una jarea.

Monagas se ausentó una media hora larguita. Y cuando recaló, Manuel, al que se le había metido el barretillo de un «intierro desente», y seguía desconfiado de que Pepito preparara un embalaje mal amañado del viejo, preguntó ansioso:

—¿Qué hubo, Pepito? ¿Cómo lo arregló?

—¿Cómo lo voy a arregláa...? ¡Como es debido, señóo! Tu padre saldrá a la vida pública en una caja formal, llanita y larga, como todas. No te agoníes.

—¿Pero y cómo lo va a metéee endentro?—se emperrobaba el hijo.

—¡Qué pesao te pones, Manoliyo! ¡Ya santísima! Si tu padre no va a ir dentro, muchacho. La caja va a ii vasía.

—¿¡¡Cualo!!?

—A tu padre lo sentamos alante con el chofe, ¿oites?

DE CUANDO PEPE MONAGAS, ESTANDO
BALDADO DE UNA «PUNTADA DE REO-
MA», PUSO UNA ESCUELITA DE NOCHE
EN EL RISCO

A don Eduardo Benites Inglot

SE ha dicho porción de ocasiones en los papeles donde han ido apareciendo las aventuras y los dichos del isleño Pepe Monagas que el compadre le pegaba a todo con tan firme diente como buena maña. Cierto que era inclinado a cargar trasero, escurriéndole el bulto a trabajos «retundidores», como él decía; pero cierto también que se las agenció siempre para que no faltaran en su bolsillo el par de pesetas y en su casa el potaje, aunque fuera de enredaderas. Desde cortar y trabar aretes para los turrone, hasta endengar la más aseada trampa de la luz, de cada cosa sabía Monagas su pizquito.

Un tiempo que estuvo baldado de una «puntada de reoma», que pegó la presa en una rodilla y lo encalló por más de dos meses entre una butaca y el catre, tuvo una idea. Llamó a mi comadre:

—Oye, Soleailla, ¿sabes lo que ha estao pensando ende anoche, que no pegué un ojito? En poné una escuela...

—¿Cualo...?

—¡Ya estás! ¡Ya estás enfrifaa! ¡Ya te enfrifates!

—¿Una escuela? ¿Pa enseñá tú, niñoooo...? ¿Cuando aonde?

—Déjeme hablá, señora, déjeme habláaa. ¡Oh, padrito...! Mira: por aquí, por los alrededores, hay una insalla de chilguetes y galletonsiyos tan serreros, que se hace un campeonato de soquetes y se ve uno negro pa dar el diploma. Hablando con los padres de la curtura y eso, quién sabe si se embuyan y tal... Yo doy la escuela a la prima noche, cuando ya no tengan quehaseres, ¿tiendes? Pongo un tostón por cabeza de ganao—dispensando el moo de señalá—y rián pal puerto. Tú, como el que no quiere la cosa, sueltas la volada en la tienda, en el Piláa y onde vaya cuadrándote, ¿oifés? Yo te aseguro que cae aquí su dosena de batatas.

Mi comadre no tenía confianza, pero forzada por la necesidad y arregostada a que el marido siempre tuviera razón, fué dando la nueva. A la semana, Pepito Monagas tenía una escuela con dieciocho toletes dentro.

Pronto se requintó. En seguida estuvo tan estomagado y tan provocado de guineos y zoqueterías, que anduvo en filos de liquidar el pizquejo de negocio pedagógico. Caía arriba mi comadre Soledad:

—¿Con qué comemos...? ¡Ah...! Aguanta, que toda albalda tiene su moledura.

—Ta claro... Como no sos tú la que tiene que cargar con los mochuelos... Luego le ha dado a dos o tres de ellos por preguntar sus cositas, de eso de la regla de tres y tal, como si esto fuera el Estituto... La otra noche se emperró el «Siclopédico», como yo le digo... —¡Sí, muchacha... El hijo del indiano Galindo, que tiene lentes, que es bisojo ée... ¿Sabes quién es ya...?— Pues se emperró en que le esplicara el esqueleto humano. Como yo vía visto uno en el Museo, pues le dije que era la armasón de too ser de la persona humana y taa y taa, trabaa con verguiyas, la cual, antes del endeviduo ir pa las Plataneras, estaba forrada de cas-

ne, más o menos, según el razonamiento... Se fué con el cuento al padre, que como estuvo en La Habana se la echa ée de sabedor. Y me mandó a desir que todo estaba pasadero, menos lo de la verguiya. Y que si seguía metiéndole batatas al chico, lo quitaba. ¡Como si yo tuviera que sabée también de güesos! Al mou se habrá creído que yo soy Amador...

La pita se enredó cuando Rafaelito el de la tienda mandó al hijo Sebastián. El Chano este llevaba ya un tiempo en la Ciudad, pero se mantenía tan serrerito que hablaba y la gente se volvía insultada, pensando que había un bardino al pie. Ladraba, y todavía le adulamos. Para colmo, era fachento, como un gallo quíquere. Todo se lo sabía y hasta le emmendaba la plana al maestro, a señor Monagas, el cual, tanto por echón, como por ser hijo de quien era—el tendero de los líos por los fiados—lo tenía atravesado como una espina de cherne. Rafaelito lo había quitado de un colegio del centro, porque «arriba de que no arrejundía debidamente», costándole más cuartos de los que él estimaba justos, «por mor de los maestros, que no saben debidamente ni pa ellos», le hacía falta en la tienda, mayormente los sábados y los días de reparto. Con los «tiquis» de las cartillas, Rafaelito iba agarrando una cargazón de cabeza que si no le echaban una mano acababa pidiendo agua por señas.

El día que entró Chano, Monagas lo llamó para ver por dónde andaba.

—Vamos a vee. ¿Usté que sabe asín del catón y eso...?—los primeros días los llamaba de «usté», por infundir respeto.

—¿Del catón?—replicó despreciativo y empenicado Chanito—. ¡Del catón...! ¡Si yo me ando en la siclopedia...!

—¡Mia pa aya! Bueno, pos vamos a vee que sabe usté de la siclopedia...

—De gramática, me ando por los velbos...

—¿Ah, sí...?

—Sí, ¡ñoooo... De alimética, me ando por las cuatro reglas y entrando en los quebrados...

—¿En los quebrados? Menos mal que no es más que entrando...

—De gometría me ando por la siscuferensia y eso... Deee... de gografía me ando por las capitales y los ríos de la Uropa. De historia, me ando por la reconquista...

—¿Cuál reconquista?—preguntóle Monagas, aturcido.

—La reconquista esa...

—Ah, ya. Si...

—De historia naturaa, me ando...

Monagas rezongó, requintado hasta más no poder:

—Por la jáquima, sí... ¡Peeere! Vamos a vee si es verdad tanta beyesa... Vamos a vee... ¿En cuántas partes se divide la gramática?

—¿La gramática? En cuatro—contestó Chano como un rehilete—. Oltografía, sintasis, velbo y sílaba.

—Le falta una, pero no se la digo, no sea que vaya y se lo diga a su padre... Bueno, conjúgeme el presente indicativo del verbo amar.

—¿De cuál velbo amaaa?

—¡Oh, padrito! ¿De cuál va a see? Del verbo amar... No pegues a ponerte nervioso y a ponerme a mí, ¿oites? Conjuga, anda.

—Yooo... yo amo..., túuu... tú sos..., él sooo...

—¡La luna y las estreyas, sí! Echale paja a la burra y bebe... Mira, vamos a ve la tabla. ¿Cuántas son siete y ocho?

—¿Siete y ocho...? Siete y ocho son... ¡son onse!

—Se te nota que sos hijo de tiendero dando la vuelta de un billete... Bueno, ¿pero no dises usté que se andaba en la siclopedia?

—Sí, señooo. Me ando en la siclopedia.

—¿Me ando...? Pues mire, mi niño, veyá y méese en la cartilla, ¿oyó?

DE CUANDO PEPE MONAGAS SALIÓ DE «PANTASMA» Y POR POCO SE LE ENREDA LA PITA

A Chona Madera

TAL vez la pollería no sepa lo que eran y representaban en la ínsula los fantasmas—«las pantasma», como estragaba el isleño su denominación—. Una «pantasma» era un individuo con la cara más dura que las judías del reparto y que, consecuentemente, se prestaba a vestirse extemporáneamente de máscara, envolviéndose en una sábana de dos cuerpos, a cuyo indumento añadía un cesto de caña, una talla o una lata de helmontina, que coronaba su cabeza, alzando así su estatura hasta dimensiones un tanto impresionantes. De esta guisa, y arrastrando una cadena más de buey que de cabra, o algún gangarro de broncos y destemplados sonos, salíase de noche a correr las calles de la Vegueta a la par que señorial vetusta. Metían las tales «ánimas en pena» a los grandes en unos insultos que afectaban gravemente pomos y hasta prendas íntimas, y a los chicos en unos chirgos que hasta de día, si la cosa salía a cuento, provocaban angurias de sorimba. Cuando eran «pantasma» de lujo, llevaban ojos de lechuza, practicados con dos agujeros por los que lucía fuego pegado, las manos untadas de fósforo y un cirio gordo encendido, que podría

servir de tolete, si la cosa se ponía atravesada por che o be.

¿Para qué salían a la calle las «pantasmas»...? ¡Este es el «asuntillo»! Se ha venido en conclusión, después de arduas investigaciones en archivos públicos y privados, practicadas por los mejores pescadores de güiros de las siete islas, que los susodichos espantajos ejercían oficios celestinescos, o así. Complemento de alcahuetas y planes, se tiraban a la vía pública algo después de Oraciones, para dejar terreno libre a las andanzas y afañes de algún «Don Juan» de Las Casas o de la cochinitilla... ¿Que había un asuntillo delicado y tal, y era conveniente «ajuliar las moscas» para evitar que el isleño, tan aficionado a meter las narices en los moceríos ajenos, cogiera el güiro...? Pues se agarraba un sujeto de los que lo mismo barren que friegan, se le apoquinaban dos tollos, o siete pesetas y media, según, y allá, cuando la Catedral dejaba caer las diez o las once brimbas flacas y temblonas de las diez o las once, se lo hacía aparecer por una esquina previos unos quejidos tan apropiados, que los de las vacas de la Matazón eran suspiros de primera novia. Entonces pegaba el paseo. Una sombra blanca y sancuda pasaba a compás de trono por el centro de los adoquines. Y en los alrededores no quedaba ni el guardia.

Pero la gente fué espabilando y dándose de cuenta con la cultura y eso. Cogía viento de popa el desarrollo industrial canario, particularmente manifiesto en la cochinitilla, el cambullón y las trampas de la luz. Y llegó un momento en que hasta los chiquillos de la doctrina sabían que la «pantasma» era un jediondo vestido de fantasma, con una misión de descubierta y ajuleo encomendada por algún Ricardito de fuera de bambalinas. Se dió una noche el caso de venir de un baile de parida un matrimonio y tres hijas que vivían al canto arriba del callejón de los Majoreros, y pararse tranquilamente a ver un fantasma que bajaba solemnísimo,

para entrar en la calle del Agua y salir a Santo Domingo. El marido comentó tranquilamente, después de decir a sus niñas: «Sigán su camino ustedede...»:

—Esto ha de ser por esa doña Lola enralada de Santo Domingo. ¡Vaya!

Su señora, con la mano puesta a una banda de la cara y la cabeza cambada, dijo desdeñosa:

—¡Mejo le diera velgüensa, semejante berringallo...! Y mira, hombre, arrastrando una sabanita tan buena, ¡mal limpriaita!

Por entonces se le ofreció a señor don Pedro, pollo él—y que no era de los flojos—, un «asuntote y tab» en una casa, no precisada por los investigadores, de la calle de Avila. Tenía que entrar y velar al tiempo por que el prestigio de la mansión quedara intacto. Habló con mi compadre Monagas.

—¿Qué dise usted...? ¡Eso sí que no, señor don Pedro!

—¿Por qué?

—¿Que por qué...? ¡De máscara ahora...! ¡Si fuera por lo menos Miércoles de Senisa! ¡No, no! De repente me jincan su pedrada, que ya se están dando casos... Ya no es como antes con las pantasma, don Pedro, usted lo sabe.

Y era verdad. Les habían tirado agua caliente, escaldándolos de mala manera hasta meterlos en cama todos untados de azufre y clara de huevo; les habían tirado sus pedradas, que partían singando de cualquier esquina; les habían dado hasta sus buenas entradas de palos... Pero don Pedro estaba emperrado. La cosa no era para menos: una cierta viuda, ni muy nueva ni muy madurona, concentrada como un cartucho, con las carnes lindas y los ojos negros... La cosa meritaba la pena insistir:

—Yo te doy dies duritos, ¿oites...?—insinuó el galán zorroclocamente, dejando caer la oferta templadita de tono, como esos relojes que tocan música en los cuartos de hora...

Era demasiada tentación. Y la situación de mi compadre, en el momento, bastante mala. Pepe se vistió la sábana y demás requilorios propios y se echó a la calle, pegando unos quejidos tan de cabra dando a luz, que hasta don Pedro, que le daba la salida, encontró ridículos:

—Es que entodavía no les ha cogió la embocaúra.

Vivía por entonces a la mediación de la calle de Avila un tal Luis el Pipano, recién llegado de La Habana con sus buenas perras. Era el Pipano hombre macho. Antes de embarcar y desde galletón luchaba con empuje y maña particulares y tenía una piña que se comentaba. Se dijo que un tal Juan Candela, de la Apolinaria él, que amaneció tieso en la puerta de un ventorrillo después de una fiesta de San Juan, fué listo de una trompada que le metió el Pipano. No le pudieron probar nada por papeles de justicia, pero la fama de esa muerte lo obligó a trasponer. En Cuba se endureció de cuerpo y de alma y acrecentó su fama de matón, que lo mismo ganaba desbaratando un baile al gajazò limpio, que dándole a su mujer una gentina de cama y caldo. Al establecerse en la ínsula de vuelta, le dió por echársela, dejando de vestirse con costureras y comprando bastones, de los que llegó a tener colección, en la que figuraban algunos estupendos ejemplares de leña buena.

Casualmente la noche que Monagas hacía a señor don Pedro el peligroso servicio de «espanta-güiros» subía de pa dentro Luis el Pipano. Llevaba uno de sus mejores bastones de leñabuena. Al asomar a Santo Domingo sintió la queja y los ruidos del fantasma y se atorró detrás del viejo pilar que centra la plaza... Entró en ella Monagas como la procesión del Paso. Le había cogido el geito a un quejido entre gata por enero y baifo de ocho días y se largó uno en el centro que otro que no fuera el Pipano cae con un trasudor... El «ánima en pena» vió de pronto salir desde detrás del pilar, tranquilamente, a Luis, y lo vió venir arriba de él, callado

como un tocino, sin pizca de miedo, paso a paso... A unos diez metros, Pepe conoció que era el bragado vecino. Y rompió a sudar como entre las mantas de un andancio. «Este me va a dar una mano de componete que más nunca me aclara», pensó rápidamente... Como llevaba la cadena del arrastre dispuesta para ser desprendida con urgencia, apenas le costó trabajo librarse del pesado requilorio. Según lo largo, sacudió la cabeza y despidió la talla. Luego abrió a correr tan desahoradamente que «El Tomatero», con todo su golpe de bicicleta, se queda en morrocoyo a su lado.

Pero el indiano tenía ganas de fajarse. Cayóle atrás como una rueda de fuego. Pepe delante y Luis el Pipano al rabo, ambos hombres cogieron García Tello abajo como dos Fotingos. Monagas dobló por los Reyes hacia el sur. Y el otro arriba. El Pipano, cuya carrera no enredaba sábana alguna, acertaba cada vez más la distancia. Llegó a tirar en la Placetilla un lambriazo sobre la marcha con el bastón, que iba dirigido al tronco de la oreja de mi compadre, pero que, afortunadamente, se limitó a singlar en el vacío... Entraron sobre San Cristóbal. Monagas tuvo una idea torina: meterse por el callejón del cementerio a ver si amedrentaba al otro. ¡Vanas ilusiones! El Pipano siguió atrás, manteniendo tan fresco la tremenda corrida en pelo.

Casi en puertas del «Templo de la verdad es el que miras...», Luis trabó por la sábana al fantasma. Monagas se desprendió como pudo, al tiempo que el bastón le pasaba silbando arrente del cogote. Y recurrió entonces a un desplante heroico: se arrimó contra la verja de entrada, abrió los brazos en cruz, agachó el morro y sacó de lo más profundo de la barriga una voz gorda y negra, como una morcilla de la tripa gorda:

—¡No oséis tocarrmeeee...! ¡Ni arrempujarme, tan siquieraaa...!—conminó como un bajo de ópera al matón—. ¡No profanéis también mi espíritu tío, in pasennn

in meannn, como profanates el corpunnn meannn en vita meannn...!

El Pipano no pudo remediar un bache en el impulso atravesado que traía. Tragó saliva y exclamó, al fin :

—¡Pos di quién sos, chicu! Como no me lo digas, te doy una mano componte que hasta los güesos se te quean como una meloja... ¡Esplicotéate liviano, isleño!

Monagas ahuecó aún más el cloquido :

—¡Soy el ánima de Juan Candela, a quien matates vos de una piña y a traisión en la puerta de un ventorrillo, un día de San Juan, señaladamente...—y remató cantando—: ¡Aaméeen...!

Al Pipano lo recorrió un calofrío. Abacoradillo, replicó :

—¿Cuálo...? Pruébame esa sonsera, chicu. ¡Si no me la pruebas, te doy doble guataquiada!, ¿oites? Pruébame que sos Juan Candela...

Pepe acluecó aún más la voz :

—¡Las ánimas no tienen séula personal...! ¡Aaa-méeen...!

DE CUANDO A PEPE MONAGAS SE LE «OLVIDO» PAGAR LA GUAGUA

A Felipe Alonso

ERA en los tiempos, un rato—«no ostante»—menos heroicos que los actuales, de las primeras guaguas, aquellas menudas y salpiconas corre-vuelas, con mucho de jaulón de gallos y de palco del viejo Cuyás, más sobre el «Fotingo» de Molina que sobre las actuales «Majo y limpio», las cuales, por lo escasas y amatlotadas, más majan que limpian; era la época de la crín aplastada, el hierro, la chapa y la verguilla convertidos en guagas por obra de la habilidad del isleño; era, en fin, cuando las guaguas «caninas», que, a semejanza de los perros, no dejaban atrás esquina donde no «apararan». Oía usted constantemente en la carretera un agoniado requerimiento, que se hizo clásico: «¿Va pal Puerto?» Entonces «cabía uno», no como ahora, que ni con los «tres de piesss» acaban esas embobecidas y al tiempo desagalladas «fileras» de la Plaza, el Frontón y sétera.

No tenían estas guaguas históricas cobrador por razones de «economía individualista». Y quizá también por el estilo tartanero del servicio. El isleño había vendido las tartanas, derrotadas, ¡ay!, por el «Fotingo». Y se había comprado a plazos su guaguita, que con una cebra buena de leche hacía el completo en la consecu-

ción de la felicidad hogareña. La cabra daba leche, si a mano venía, hasta para vender; y la guagua, la alfalfa y la ración para el animalito y el familiaje, que escarranchado ante una buena borsolana con pellas era la cigarra, y recorto. El antiguo tartanero, que se había limitado a cambiar las bridas y el rebenque por un volante y un acelerador, no tuvo antes cobradores. ¿A qué tenerlos ahora? Resultaba un lujo de «chonis» contar atrás, para los cuartos, con un galletón, que si salía malamañado solimpiaba al día su par de pesetas tranquilito. Entonces uno cogía la guagua y gritaba a su debido tiempo: «¡Apare en la esquina!» «*Su debido tiempo*» quiere decir unos quinientos metros antes del sitio, ya que había que dar a los frenos de alpargata disponibles un margen para ir dominando la velocidad, que remitía agoniadamente, entre gritos, chillidos y estremecimientos del hierro. Bajaba uno, iba a'ante, pagaba la perra al chofer, y adiós mi amigo.

Pero el isleño, que tiene ganado a pulso el Premio Nobel de la Trampa de la Luz, solía aprovechar cualquier «jasío»—un rebumbio, un conato de choque y un sétera—para hacerse el sonso y bajarse y largarse tranquilamente. Entonces solía caerle atrás el guapido del chofer, que había de llevar el pasaje; ofrecer gratis una corrida de toros en la que él ponía el toro y el peatón el torero; chocar dos veces con un carro de Telde cargado de millo; acechar por el espejo al tranvía y a las otras guaguas que se partían el cigüeñal a todo lo largo de la carretera en la más espectacular y pintoresca competencia de la historia universal, y aguaitar a los frescos que «olvidaban» apoquinar debidamente.

Cierto día subió en la Plaza, con rumbo a Lugo, m' compadre Monagas. Tenía perras, pero no tenía gana de pagar (disposición que constituye una peculiaridad más de la compleja y pintoresca personalidad isleña) A la altura de la Casa Encarnada una mujer, que lle

vaba en la falda un ancho balayo oliendo a cherne, gritó medio clueca :

— ¡Apare en la esquina, usté cristianito!

Pepe, que iba junto a la bajada, armó brinco. La viajera y su cesta lo cubrían. Se atorró un pizco y echó a andar mirando interesado a las casas de enfrente, como si buscara en ellas un número. El chófer lo caló de golpe. Por el espejo, que como queda dicho era el gran cómplice de la competencia, al tiempo que el gran control de los frescos, vió cómo Monagas trasponía. Gritó, caliente :

— ¡Sss...! ¡Usté, sí...! ¿Vamos a pagá o no vamos a pagá...?

Pepito se volvió sorprendido. ¿Sería a él? Miró a los lados y detrás, buscando al requerido.

— ¡No, si a es a usté! No mire pa las bandas.

— ¡Ah!, ¿es a mí, dise?

— ¿Tonses a quién?

— Bueno, usté dirá qué se le ofrese.

— Hombre, mire que no ha pagao la guagua...

Monagas, que conocía las compras a plazos y las exigencias de los vendedores, se decidió a darle un consejo :

— Ah, ¿no la ha pagao? ¡Pos páguela, amigo, mire que se la quitan!

DE CUANDO PEPE MONAGAS LLEGO A TIEMPO «CA» LAS NIÑAS ANGUSTIAS

Al doctor D. Juan Bosch

LA más nueva de las niñas de Angustias volvió de una novena en San Agustín con una puntada en el costillaje tan mal presentada, que ponen la vieja pollita a la venta y no hay quien dé por ella un real bellón. Era un dolor de presa fechado detrás de su armazón de pájara en la muda. Cuando remató la escalera y alcanzó la galería, con unos ruidosos acecidos de gallina con gogo, traía una cara de tierra y unas ojeras impresionantes. Verla las hermanas y virar la casa un zafarrancho fué todo uno. La una corría como un gallo barajunda al que le han arrimado un recio cañazo en el tronco de la oreja; la otra caía y se levantaba de un soponcio intermitente, sin más auxilio que un antiguo abanico, que cuando cogía viento levantaba las cortinas de encaje blanco como si las soplara el muro de la marea; una tercera empujaba con fuerzas insospechadas a la vieja criada, que venía empeñada en encender la cocinilla a toda mecha y que no acababa de dejarla prendida, ahora echado fuera el fuelle, después tupido el pitorro... A tanto llegó la morería que no quedó vecino en toda la manzana que no supiera a los cinco minutos de una puntada feísima que Ritita la de las Niñas traía de repente entre pecho y espalda.

— ¡Ay, padriño mío San Nicolás bendito, que no nos dejas resollar de una pa meteslos en otra!

— ¡Ay, otra con esta?

— ¡El Señor lo quiere, y acatada sea su Santísima voluntad...! Pero tanto bandío como hay por ay desperdiñando la salud como agua de chorro... ¡Ay, otra con esta!

Acostóse al fin Ritita casi sin ayudas, porque ninguna de sus hermanas atinaba a echarle una mano eficaz. Tiráronle arriba seguidamente, que casi la escachan, cuatro mantas de lana del Ingenio, tres traperas, una colcha de punto y una cubierta rameada impropia de las circunstancias, porque ponía un acento de verbena relajosa o de alcoba equívoca sobre el patético barrunto de aquel repente.

Allá fuera la cocinilla seguía amulada. Con el cuero del fuelle desborcillado y el pitorro sin dar de sí, había acentuado desesperantemente la agonía de la casa.

— ¡Esus, quería, tal tupisión de cosiniya! ¡Parese que se esmera la condenaa, usted!— rezongaba Corina, la vieja sirvienta, toda retundida de reuma, pero siempre como una escopeta, serviciala y animosa, metiendo el destupidor y dando fuelle con tales bríos que ponen el aparato en la mar con aquella presión y para en Santa Cruz al tiempo del avión de la «Iberia».

— ¡Esto no ha sido sino que Ritita se ha metío en un corriente! ¡Y cuidado que se le tenemos advertío!— opinaba como un manajo de voladores la más vieja de las niñas de Angustias, mientras revolvía desatentada el cajón de las hierbas en busca de la vinagrera, que es muy buena para cortar las puntadas de pulmonía.

Saltaba la otra, ayudándole a entorpecer la búsqueda:

— Ponte el saquito de punto, Rita, ¡que agarras un airote, Rita!, y no salgas a la calle sin taparte la boca bien con el pañuelo, Rita... ¡Esto todos los días y a todas las santas horas! Pa nada, niña, ya veis. Ahora— ¡tal desgrasia!— se nos mete con esa puntada de cuesno, que sabe Dios...

—Tampoco hay que tirarse a lo pior, sita Petra—opinaba Corina—. Bien pudiera se un dolor de redoma, que ella padese...

—¡Ay, si la boca te cresiera!

—Usté verá qué es redoma. ¡Sabré yo, que vengo barchaíta ende aquella Semana Santa del graniso!

Al fin llegaron con una tacita caliente a la orilla de la hermana. Ritita se mostraba tan desmadejada, con la color tan revuelta y el soplido tan en un hilito, que hubo vecino que salió a la galería a opinar que la solterona estaba mejor para traerle a Padre Dios que para tacitas de agua. Dominguito el de la Audiencia, que se tiró un salto a verla y a ofrecerse, salió y dijo:

—Esa está lista ya.

Encarnacionita la de la Marea cambó la cabeza, se cubrió una banda de la cara con una mano desmayada y puso los ojos como chopas de vivero:

—¡Esus, quería, sin más recaó ni más mandao, usté!

Con cara de baifo tieso comentó Mariquita Peña, que estaba a la banda:

—¡Si no somos naa, Casnasionita, usté lo sabe...!

—¡Cómo ha de ser...!—remató con un suspiro la cómica de Isabel Fariás, que picada con las Niñas, porque les sonsacó una vez una muchacha que tuvieron para la calle, y sin llevarse por eso, se metió por las puertas, aprovechando el desande para belinguiar.

Por fin llegó don José, el médico, que tuvo que romper por entre una insalla de goledoras y goledores arracimados en la galería y a la entrada de la alcoba, ellas dando calor y largando pulgas y ellos espesando el aire con colas de virginio y ese olor a engrudo que da de sí el isleño viejo fumador. El doctor, canario arrente, no pudo reprimir la exclamación:

—¿Que aquí parió la gallega...?

Lo que quiera que Ritita tenía, don José se lo calló como un tocino. Anduvo escuchándola con lo que llamaba mi comadre Soledad «el teléfono de la caja el pe-

cho»; miró el reloj, como toda la vida; hizo unas preguntas, distraído, como acordándose de Tafira, y tiró de receta. Después de los garabatos dijo:

—Vayan a la botica y compren esto.

—Pero don José, ¿qué podríamos haserle pa irle aliviando esa puntada, mientras despachan la reseta?—preguntó agoniada la más vieja de las hermanas.

—Pues... En el interín, pónganle un parche poroso, a ver. Mañana vuelvo.

Y traspuso.

Recaló desandada de la cocina la segunda de las niñas:

—¿Niña, ya se fué don José...? ¡Esus, que yo quería verlo...! ¿Qué dijo?

—Pues mira, le mandó esto. Y dijo que le pusiéramos un parcho en el interín.

—Pues mira, casualmente yo tengo en la cómoda uno guardado, de cuando Concha tuvo aquel malejón, que te acuerdas que no se llegó a poné...

Lo sacaron. Y en el momento de prepararlo se planteó la terrible cuestión.

—Oye, Isabé, dijo en el interín...

—Sí... ¿Qué?

—¡Oh, mujé, paeses que estás boba! Dijo en el interín... ¿Y dónde quea el interín, tú?

—¿Pero, niña, no se lo preguntates?

—Pos mira, no... ¡Sus, mujé, no me empieses ahora a abacorá! ¡Oh! No se lo pregunté, no.

Se volvió para todos desconcertada e implorante. Las visitas mantenían cerradas y suspensas las caras.

—Tú no sabrás, Corina...

—¿Yo, sita Concha de mi arma? Si le digo la engaño. Si viera sío de la madre, o asín... ¿Pero el interín? En mi vía lo ha oío.

Y en este angustioso momento, Monagas que entra. Se lo encontró por la calle Dominguito, que había ido a lo del botiqueo y que más pronto que volando le soltó la ocurrencia:

—¿Sabes que la más chica de las Angustias ha caído entre sábanas de ahora pa después con una que pa mi abica...?

Pepe se tiró un salto, que era agradecido. Las niñas de Angustias querían mucho a Soledad, a cual iba a hacer limpieza general para las vísperas de Jueves Santo, Corpus y San Pedro Mártir, y tenían debilidad por Monagas, al que habían sacado de algún apurillo, recomendándole asuntos entre sus buenas amistades. Cuando mi compadre entró, la pregunta, daba vueltas, salpeando, como un pájaro suelto, por toda la casa:

—¿Pero y dónde queará el interín...? ¡Sus, tal desgrasia!

—¡Pero qué bobería no habérselo preguntado a don José!—reprochaba con voz del Casino don Prudencio el de la Notaría.

—Tú no sabrás, Pepe...

Monagas sonrió, perdonándole la vida a aquella manada de toletes. Grave, se acercó al oído de sita Concha. Y le dijo dónde quedaba el interín. La dama se puso repentinamente seria. E invitó a todo el mundo a salir.

* * *

Fué pasando el día... A la prima noche, los quejidos de Ritita, que se habían mantenido en diapasón de gato chico, rozaron casi el esperrido. Monagas, que a ruegos de las niñas se había quedado «velando» y poniéndole a la enferma unas inyecciones de aceite alcanforado cada tres horas, sospechó que la cosa se había complicado. Se lo dijo a sita Concha. Sita Concha se quedó sola con la enferma unos momentos y volvió allá atrás floja como una madeja de lana, en un trasudor y con la boca más seca que una jarea. Habló a Pepe con mucho misterio. Este salió, cabizbundo y meditabajo, para el despacho de don José.

—Pues mire, don José, vengo a desisle, de parte de

sita Concha, que sita Ritita está mejorsita, en lo que cabe; pero de lo otro, ¿entiende?, de la puntada con que le pegó el malejón. ¡Ahora...!, resurta de se que la cosa ha sacao un rejo, ¿usté me entiende?

—Ah, sí... ¿Un rejo? ¿Cómo un rejo?

—Sí, hombre. Sita Rita se ha trincao que no da de sí, ¿usté entiende?

—No entiendo. ¿No ves que no entiendo? Bueno, vamos a ver. ¿Qué le han hecho?

—Pues, mire: se le han nan metido sus indesiones—que yo mismo se las puse—; se le han jincado sus cucharaditas—que yo mismo se las di—; y de último—¡pero no yo, ¿entiende?, si no la hermana!—se le puso el parcho en el interín...

DE CUANDO PEPE MONAGAS SE ENTROMETIO EN UNA AGARRADA DE ISABEL
LA DE CARMELO Y DOLORCITAS LA
CHOPA

A Resurrección Acevedo, Maruja Umpiérrez, Nena Artiles Acevedo, Pepe Castellano, Isidoro Bermudes, Agustín Sánchez y Manolo Pérez, insuperables intérpretes de los entremeses de PEPE MONAGAS

PIZCO DE SAINETE

LA escena representa la plaza de San Nicolás el día del Patrono del barrio, con el festejo dando las boqueadas. Colgadas de unas verguillas media docena de banderas descoloridas. Regados por el suelo tres o cuatro carosos de piñas asadas—y mamadas—, huesos de aceitunas y aretes de turronec. Espichadas en barricas de cemento o clavadas en timonec albeados, algunas pencas de palma. En el centro mismo del escenario, chamuscado y vacío, el palo de los fueguillos, y al pie, con las raspas, una caja de turronec. En el lateral derecha un ventorrillo de sábanas y sacoc y en el izquierda un tabanco con quequec y carameloc escuriendo el bofe. Durante la acción dos perroc chimboc

pasean la escena pulpiando. Huele fuerte, entre a barranco y tenerías. De lejos llega guitarrero con el calacimbre y el quinto desafinados y una isa revuelta, que la canta un burro y pasa, pero que la entona un cristiano y no va a la cárcel porque no hay justicia.

En el ventorrillo, Dolorcitas la Chopa, molida como un centeno, pero metida en tal fregado de nervios que las tablas del pescuezo parecen de ríga. Al pie de la caja de turrone, Isabel la de Carmelo, menuda como un volador, afilada de nariz, que le gotea, y por la que de vez en cuando se pasa la palma de la mano, con la que luego se alisa el pelo. («A mí déjeme de briyantinas, usté, que tengo oído que dan la tiña.») En el tabanco, Pepito el Peninsular limpiando los queques con un trapo, como si fueran piezas de un automóvil.

La única luz de la escena la dan: un carburo del ventorrillo, que tiene tufo y soplido del airote que corre; otro del tabanco, que se mantiene como un suspiro, y el farol de la turronera, cuya vela aletea también en las últimas.

La fiesta está lista. Al levantarse el telón, los personajes figuran estar recogiendo para irse, hasta que se enreda la discusión por mor de una pollita, María del Pino, hija de Dolores la Chopa, que se fué al paseo desde la prima, quedando en volver en cuanto acabara la música, ¡y hasta la fecha!

ESCENA PRIMERA

(Dolorcitas, Isabel y Pepito el Peninsular.)

DOLORCITAS.—¡Mía que se lo dije!, digo: «Dende que toquen el pasodoble, cojes el tole y te vienes pa acá.» ¿Usté ha venío...? Pues eya iguaa.

PEPITO EL PENINSULAR.—(*Que ha cogido los dichos del país; aparte.*) Igualito que en Tenerife...

ISABEL.—(*Con retintín.*) ¡Ji, jiño! Dígaselo a las niñas de hoy en día, mi niña, que son como alpeldises foguetiadas. ¡Mire, señora, al favoo!

DOLORCITAS.—(*Acusando el retintín.*) Toas no son iguales. Digo yo... (*Picada y picando.*) Si es por comparaa, no sé qué se habrá creído usted de mi niña...

ISABEL.—(*Hace un hocicón, como repugnada, y se recoge la gota con la mano.*) ¡Jum!

DOLORCITAS.—¿Cómo que «jum»? ¿Jum de acualo?

ISABEL.—Pos mire, pa desírselo por atrás, se lo digo por alante: igualita que toas. ¡Miusté!

DOLORCITAS.—Naturaa...

ISABEL.—¡De Agüimes...!

DOLORCITAS.—Como las suyas le han salío abejones en flores, que aquí lalgan un novio y más allá agarran otro; y van, y vienen del tingo al tango; y usted la deja íi al Pabeyón solas—¡que iban solas!—y pal Puelto los domingos, que le recalán después de Animas, metías en un sitio que le disen el Barandilla, se habrá decreído usted, al mou, que toas son iguales. ¡Al mou!

PEPITO EL PENINSULAR.—(*Aparte.*) Preludio de guerra. ¡Se zumban, como si lo viera!

ISABEL.—¡Mia quien habla del Pabeyón y del Barandilla...! ¿Por qué no le pregunta a Usebio Garepa onde vió la otra taldesita a su niña, Oraciones dadas, con un poyito de pa abajo de Triana...? ¡Aaah!

DOLORCITAS.—(*Engrijada como una gallina de Agüimes.*) ¿¡¡¡Acuaslo!!!?

ISABEL.—¿Que acuaslo? Pregúnteselo a ée... En el Arbo Bonito de Chile, mi niña, cuando entodavía no vieran puesto el bombillo grande di ahora. (*Aparte.*) ¿No fumas, inglés?

DOLORCITAS.—(*A tirarse.*) ¡La lengua te debieran arrancá, peaso de arranclín, felpudo de tres mil demonios, que traís casta de tiestos y no la dismientes!

ISABEL.—(*Metiendo retranca y amarilla como una ñema.*) ¡Casta de tastos! Echate otra. El casnero le dió a la poya «quita pa ayá que me tisanas». ¡Mia quien habla de tastos, gentuallo! Eya, la muy peldularia. ¡Y su niña, con ojos de pájara echada!

Es la guerra. Pero cuando parece inminente el estampido, que habría de iniciarse con una cabeza de puente abierta por Dolorcitas entre la nariz y el rodete de Isabel, interviene diplomático Pepito el Peninsular, que se ha ido acercando durante estos cañazos preliminares con un queque en una mano y el trapo en la otra.

PEPITO EL PENINSULAR.—¿Se pue zabe a qué viene esta gresca, vezinas, cuando es jora de dormí? ¡Por los clavo de una carreta, mujé, dejálo pa otro día!

DOLORES.—(*Como una cocinilla inflamada.*) ¿Y a usted quién le ha dado vela en este intierro?

PEPITO EL PENINSULAR.—¿Velas a mí...? ¿A que va a se er tío de la funeraria? Quería dezi que...

DOLORCITAS.—¿Pa qué...? ¡No diga naa! Guarde las ganas pa su mujée. ¡Y guarde a su mujé tamién!

PEPITO EL PENINSULAR.—Ya arcansaste argo, mujé, sin comeslo ni bebeslo... Déjela usted, señora Dolores, que ya se cansará eya. (*Inicia una prudente retirada, intimidado por la actitud felina de Dolorcitas.*) Por lo demás, darse usted por los morros. A ve si va y tiene gracia. Vaya, ¡con Dio! (*Se va para el tabanco limpiando el queque, al que intenta sacar brillo con un golpe de saliva.*)

DOLORCITAS.—¡Y tú, estropajo, basiniya de mi catre, te vas a comé como conduto la caja de turrones, el faro, los pesos y tóos los teleques! ¡Por éstas que te

las cobro! (*Pone un dedo oliendo a hígado de vaca encima de otro oliendo a aceitunas del país y estampa encima un beso como un queso de Guía.*)

ISABEL.—(*Cerrando, agachada y vuelta de popa, la caja de turrónes.*) Sí, sí... Mejó estacara corta a la hija, que después que la nombraron mis de la Sosiedá, está más relajona que un bienmesabe. ¡Escachada, que tiene a quien salii!

DOLORCITAS.—(*A pique de caer encima de Isabel como la máquina de la china.*) ¡Ay, que me pieldo, santísima!

ISABEL.—(*Siempre de popa y con tonillo indiferente.*) Usté está perdía hay que tiempo...

DOLORCITAS.—(*Saliéndole por la boca la presa de los Betancores.*) ¡Ya, señores, tal mujer provocativa, señores! ¡Espérate ay, cometa de mil demonios...! (*Se tira a Isabel y se le fecha al moño, tirándole al tiempo una chabascada en la nariz. De la nariz saca lasca y del moño se le viene entre las uñas un abundante reblujón con sus correspondientes liendres. Isabel le pone ambas manos en la cara y empújala hacia atrás, tirándola como un cortacapote. El coco de Dolorcitas suena como cuando cae en peso una sandía de Lanzarote.*) ¡Ay, que ya me mató la indina! (*Este grito debe ser expresado con un poco de cloquido en el «¡Ay!» para que no pueda ser confundido con el «Marabú» y a los fines, también, de lograr un mayor efecto dramático.*)

ISABEL.—(*Recogiéndose el rodete como quien saca un chinchorro.*) ¡Así es como está buena, tirada en el terreguero, la indina! ¡Lástima de escoba!

ESCENA II

(Dichos y Pepito Monagas, Venturilla el Taita, Victorio el del Pinillo y mi compadre Juan Jinorio, que también diba en la rueda de presentes. La jarca entra en el momento en que Dolorcitas, repuesta del talegazo, se dispone a fajarse otra vuelta.)

MONAGAS.—*(Haciéndose cargo de entrada.)* Ya declararon las utilidades los belillos estos. *(Metiéndose entre ambas mujeres.)* ¡Sss...! Manténgase, comá Dolores. Y tú, Isabee, tira pa la caja. ¿Qué relajo es éste?

DOLORCITAS.—*(Está que se la compara con una panchona y la panchona no pasa de pejín.)* ¡Suélteme, Pepito Monagas, lárgueme, que usté no sabe el deshonor que esa perdularia me ha hecho! *(Da un reflechón y logra zafarse, pero se le atraviesa Venturilla el Taita, al que, ciega, trinca por la pelambreira, trayéndose en cada mano un puño como para una baija primeriza.)*

VENTURILLA.—*(Echándose manos al coco y en tono sencillo.)* Ya me peló la desgrasiada esta... *(Entre Victorio y Monagas logran contener a Dolorcitas.)*

JUAN JINORIO.—Bueno, ¿pero y este escorroso después de horas...?

DOLORCITAS.—¡La mato, bandía! *(Pausa suficiente para que coja resuello, teniendo en cuenta la conveniencia de que la artista se meta en situación.)* Ha pasado, que a María el Pino la mía la dejé dir al paseo y no me ha vuelto. Y se lo estaba disiendo a la jedionda ésa y pegó a tirar puntitas...

ISABEL.—Jedionda lo será usté, tiesto. ¡Mia pa ayaaaa!

MONAGAS.—¡Sss! Está en el uso del cloquido aquí Dolorsitas. Usté, mana Isabee, me va a haser el favoo de

cayarse hasta que eya desembuche toa la prueba testifical. Prosigan en el uso, Dolorcitas.

ISABEL.—(*Más salpicona que nunca.*) ¿Y por qué me tengo que cayá yo, vamos a vee? Si el guayabo se le mete en esos bailes di ahora, que no se va nada por entre medio, que la estaque más corta y que no venga a desahogar en los demás. ¡Miusté!

MONAGAS.—Mana Isabee, usted confunde el baile con el angruo de la tierra. Y no es del caso. Otro sí: le ha dicho que se tupa, hasta que aquí, coma Dolores, afloje too el paquete de la parte demandante. ¿Qué más, coma Dolores?

DOLORCITAS.—¡Oh, que nos hamos agarrao a peliaa, que ninguna nesesiá tenía yo de cojerme un atracón de éstos pa remate!

MONAGAS.—¿Usted terminó?

DOLORCITAS.—Por ahora, sí. ¡Que después, cuando la tringue sola, pego otra vuelta!

MONAGAS.—Habla tú ahora, Isabee.

ISABEL.—(*Con los puños en los cuadriles, un pie sacado como en un paso de baile y el moño bailándole de flojo y de la arrogancia.*) Una palabra tan solamente, usted Pepito: ¡Imberse!

Al oír lo de «imberse», Dolorcitas cae tiesa, procurando el director que se meta el leñazo cerca de la concha para que el apuntador pueda darle bien un jeringazo de tinta china colorada en la cara, aplicándole luego una buena linterna, todo, naturalmente, a los fines de lograr un realismo dramático rayano en la Matazón.

DOLORCITAS.—(*Salpeando, en una batalla por incorporarse.*) ¡Ay, que ya me quitó de la vida este beerringallo! Pe... pi... to... Mo... Mo... Monagas... trái-

ganmen un cura... ¡Y búsqüemen mi hija, asín Dios le sarve el arma...! Métale usté la gentina que yo... que yo no podré metesle por mor de una desgrasiada turronera... Es... cuche, Pe... pito...

MONAGAS.—Comadre, no lo diga por diósisis, ¿oyó?, que suena el «pito» y se arma el choteo.

DOLORCITAS.—No tiene si... no... si... no...

MONAGAS.—(*Aparte.*) Poco, mucho, nada.

DOLORCITAS.—Si no dispensá... De unas perras... que... que tengo al... al reito, con un pagareme arriba de José Manué, el de la Plantafolma, mándeme a desí unas misas de San Visente...

MONAGAS.—¡Cáyese la boca! No hable de misas, que usté no se va a morí. Espere, que yo tengo una medisina que usté verá. Yo ha visto jugadores de la pelota medio desnuncaos y con unos chorritos se quecan saltando como un chinchorro. ¡Chacho, Venturiya, alóngame una boteya di agua de San Roque...!

DOLORCITAS.—(*Dando las boqueadas.*) ¡Adiós. Canarias... que... rida!

MONAGAS.—(*Aparte.*) ¡Mal limpriaito emprinsipio pa una isa puntiada!

DOLORCITAS.—¡A... adiós, María der Pino! A ver si mi muerte te sirve de ejemplo pa que... pa que cojas fundamento de... de una ves... Adiós... (*Muere.*)

MONAGAS.—(*Sin darse cuenta de que ha entregado.*) Pampa mía... (*Al apercibirse del fallecimiento se levanta serio y se quita la cachorra. Luego de una breve pausa se adelanta y se dirige al público. La voz de este final deberá sacarla de la tripa gorda, si no se lo carga.*) Ay tenéis, señores que me escuchasteis, un ejemplo: una madre que acaba de mala manera por mor del relajo de la juventú contemporánea, cuya velgüenza—dicho sea mejorando lo presente y dispensando el moo de señalá—está más perdía que una abuja en un pajar. Y ay tenéis, tamién, una víctima de la palabra. La palabra, cabayeros, es como lo pólvora. Pega un endividuo

a habló y se lleva los hombres como casneros. Se dise una mala palabra—porque bien se saca pa jeringá o bien pa afiansá, o sale como un gatillo en un momento de calentura y eso—y la arma, o quea usté por un malcriado pa mientras viva. Mientras menos se habla, más echaito está el ser fisiológico y el norasténico del ser humano. El hombre tupido—se entiende de la lengua—en todos sitios tiene el respeto y la consideración debida al suidadano desente y tal. Lo ha dicho Servantes y otros endividuos famosos en las siete islas y pa fuera. De too lo dicho y acaesido, ay tiene el mundo un ejemplo como la casa de don Bruno. (*Señala para Dolorcitas con el dedo tieso y una cara de cabecera de entierro.*)

Al mismo tiempo, en el fondo, Victorio saca del ventorrillo una guitarra, ya afinada, para que no dé el requilorio, y puntea la malagueña del nueve, que Monagas entona con sentimiento:

MONAGAS.—(*Cantando.*)

Al pién de un bardo tuneras
oí una vos que desía :
pican de peor manera
la hija que sale bandía
y una mala turrонера...

Sobre el último verso va cayendo lentamente el

TELÓN

DE CUANDO PEPE MONAGAS ENRALO A DON FRASCORRO EL BATATA

A Sarito Doreste de Jaén

DESDE pollona ella, doña Catalina tenía un genio que era una ensalada de culos de botella y vinagre de la tierra. Por nada y cosa ninguna agarraba tales calenturas que caía en la cama, habiendo que hincharla de tila, coronarle la frente con hojas de nogal y poner sus cuatro camionetas de arena en la calle para aplacar los ruidos de coches y carros. Sacó en la traza los cerros y el entrecejo del padre, su misma lengua pronta y faltona, el mismo humor de mil demonios tanto para lo negro como para lo blanco. Don Andrés, el Bardino, como le pusieron de dichete, tuvo fama de ser el señor más imperante de las siete islas, al que no contradecían ni en el Casino, contri más en su casa. Cabal heredera de este hombre de rezongo y chabascada, Catalinita fué una mula en el colegio, una mula en el hogar, una mula con las amistades y una mula con los contados pollancones que se aventuraron a hacerle la rosca y que aguantaron a su vera así como el tiempo de una rosa.

De las criadas, ni que decir... Espantaban todas, unas atrás de las otras. Y si alguna duraba arriba del mes era porque tenía temperamento de loquera, o porque estaba robando en la plaza y lo aguantaba todo con tal

de no largar la teta. En tal necesidad de servicio llegó a verse la casa por mor de la consumida niña, que doña Candelaria, la madre, que tenía tanta fama de gorrón como la que su marido gozaba de cerrero, cuando caía alguna muchacha de Las Cuevas, un suponer, con mañas de robón, no sólo no le pedía las cuentas claras, sino que las empotajaba para dar lugar a que se quedara con un real bellón de más, ayudando así a la permanencia.

Otra particularidad muy significativa de la Catalinita era que sacó bigote desde los catorce años entrando en los quince. Por consejo de las amigas del colegio se daba de noche sus buenas untadas de agua oxigenada para procurar al incipiente bozo el alivio de un color de barbas de piña. Pero le bogaron pelos, y éstos de cepillo, también en las piernas. Y aquí el tal aguita no tenía nada que hacer. Entonces, a la escondida, cogía la navaja barbera de su padre, el Bardino, y se hacía unas destasajadas que se cae en la calle, vamos a poner en un plátano, y corre la volada de un crimen de abajo para arriba.

Doña Candelaria sabía de sobra que «colocar» a su niña era una vaina. Tenía la intuición de que un hombre dispuesto a casarse no tiene porqué saber boxeo, o por lo menos piña canaria, antes de hincar el morro al pie del altar. Un hombre se casa para otra cosa que para añadir o recibir en la dote un repertorio de gentinas con que encender a la esposa y mantenerla a raya de día, u ofrecerle a ella lomos de burro... Habría que engordar y engatusar a un batata, mientras más sonso mejor. Ya le prepararía ella sus merienditas con queso de mazapán, sus copitas de anisado, sus pucheros los domingos y sus excursioncitas a la finca... Estas cebaderas pocos las han resistido, inclusive peninsulares.

Un día pegó a rondar a la niña un muchachito delgado él, con poquita voz, pero desagradable. Con treinta años arriba del lomo, pero más atrasado que un chi-

quillo en el Catón, el pollo se había convertido en otro problema familiar. Su gente, que según la de la calle quería quitárselo de arriba, empezó a atosigarlo para que buscara mujer. Le hablaron en la casa, cierta tarde de encerrona en concejo, de Catalinita, «hija de tiendero, único y tab» y heredera forzosa de unas tías viejas, las niñas Ruano, que vivían atrás de la Catedral, «todas al caer», según atestiguó un tío del pollo que lo sabía de buena tinta: por el médico de las niñas... Frascorrito, que así se llamaba el solterón, se atrevió a replicar:

—Es que a mí me han dicho que Catalina es brutita y peluda...

—¿Qué tiene que ve, niño?—saltó la madre como un rehilete—. Tiene sus buenas perras y ya está. ¡Faltará más!

—Por lo que hace a bruta—opinó solemne el tío—tú la amansas, que sentando la mano, hasta los mulos abajan de banderas. Y al respectivo de peluda, la mandas a afeitarse y listón.

—¡Sí, muy fácil...!

—Si no lo crees fácil, apagas la luz a tiempo y sucum.

Fracorrito no apetecía esa boda, pero era tan flojo y con tal maña le prepararon en su casa y en la de Catalinita la baladera, que la agarró un domingo de tocata en el Parque y ya no la largó hasta entrar con la quilla en los mismos pies de la Virgen del Rosario de Santo Domingo, tres meses después.

* * *

Casó Frascorrito el Batata con Catalinita Ruano. Y a los nueve días mal contados, la mujer le metió tal calda con una vara de leñabuena en bruto, que por poco se lo tienen que llevar a Amador. El hombre intentó revirar, más por dolorido que por genioso; pero Catalinita le afianzó un acebuchazo en el tronco de la oreja tan

definitivo que lo tuvo durmiendo hasta el peso del mediodía. Todo vino a ser porque a una muchacha de aquí de la Angostura que les entró de sirvienta para adentro, y que estaba, por cierto, un guayabo asiado, le cayó una porquería en un ojo. Con la punta del pañuelo se puso Frascorrito a sacarle la porquería. ¡Y en esto, va y sale la señora del baño, que era sábado...! ¡Para qué fué aquello!

De allí en adelante, doña Catalina cargó de hecho y de derecho los calzones y don Frasco pasó a ser un Juan Pitín para todo el resto de su abacorada vida. Para colmo de males la esposa sacó de madre el ser «Alejandro en puño». Viró de entrada tan gorrón que en vez de traer, por ejemplo, el café de la tienda del padre, que le salía al costo, poníase imperante y ordenaba al marido:

—Sale por café, ¿oítes?, en lugar de estar ay como un debaso.

Y el pobre Frascorrito tiraba entonces hacia los Poyos del Obispo, por ejemplo, y pegaba de allí para adentro a recorrer tiendas, tiendejas y tienduchos. Preguntaba, haciéndose el interesado:

—¿Tiene buen café, usté?

—Pues sí lo hay bueno, sí.

—Deje verlo... Sí, parece que no tiene mala encaramadura... Mire, de toas maneras, me va a dar una muestra para que mi mujé lo vea, ¿tiende?

Por este procedimiento, cuando llegaba a la Portadilla tenía su medio kilo, en los tiempos buenos.

* * *

Entre otras muchas cosas don Frasco tuvo que renunciar a una tertulia de amigos que se reunía en la trastienda de una tabaquería a beberse sus roncitos con chochos y a hablar con acento mauro perdido de papas, de horas de agua y de cuando estuvieron en Cuba. La concurrencia a dicha trastienda no salía por menos de

un tostón. Y doña Catalina sólo le daba medio duro los domingos para que fuera a las luchas y suculum. Si un día surgía un paganini y se embullaba, llegando a cenar después de Oraciones dadas, sita Catalina le soltaba su entrada de trompadas hasta meterlo en cama un par de días. Enteramente sometido, su vida era la de un satélite jediondo, dando vueltas alrededor del astro zapatudo y con bigote que el destino le había deparado.

Cierto día—por San Pedro Mártir, señaladamente—venía don Frascorro de un entierro calle de los Reyes arriba cuando acertó a pasar una tartana que iba a La Laja. Ocupábanla Pepito Monagas, Victorio el del Pínillo, Venturilla el Taita, Manuel el de la Placetilla, maestro Rafael el Sajonao y mi compadre Juan Jinorio, que también diba en la rueda de presentes. Monagas, más metido que nunca en la piel del diablo, y que sabía de la trágica vida conyugal de Frasquito, tuvo una mala idea. Mandó parar la tartana e invitó al hombre a irse con ellos de rumantela a San Cristóbal, en donde estaba al fuego un caldito de pescado que mandaba las peras a la Plaza.

—¡Ta loco!—se replegó don Frasco con una triste sonrisa.

—¿Pero por qué, señó?

—No... Por... por unos quejaseres, ¿sabes?

—¡Venga, hombre! Anímese, no sea bobo.

Le soltaron un tanganazo con la botella a pulsó y medio que a empujones lo metieron dentro y tiraron con él... Fué tan grande la mamada, que don Frascorro se emperró en ir caminando a Lanzarote, a ver a un tío de él que era cura en Tinajo. Costó Dios el mundo sacarlo entripado de la marea cuando ya le llegaba el agua por sobre el ombligo. Hubo—¡natural!—meneito de requinto. Y entonces fué cuando Frasquito pegó con aquel guineo que luego se hizo famoso: «¡Esto es vivíi, esto es gosáaa...!», entonado en una canturía que ya no largó hasta que llegó a la puerta de su casa, pri-

vado el infeliz de verse libre por primera vez en toda su vida de casado y olvidado con el rón y la jarana ambiente de la máquina de la china que tenía por mujer.

Pero se despejó a la prima la templadera. Y le empezó a Frascorrito tal tembleque que no se desarmó porque lo tendieron en un catre y lo paralizaron bajo una montaña de mantas. En la cama le entró una llorona:

—¡Ay, Pepillo Monagas y los demás aquí presentes—plañía con mocos y babas—, que tengo que irme pa mi casa, ¡señores!, y me está aguaitando una tollina que tiene que ser la penúltima, porque la última me la jincan en el Purgatorio arrente de ésta!

—No sea bobo—animábalo Pepe—. Jínquese este pisquito de café amargo, ¿oyó?, pa que vuelva a su ser. Y no piense en la vuelta, que tóo se arregla.

—¿Pero pa qué quiere los calsones, consio?—lo increpaba, caliente, maestro Rafael el Sajonao.

—Pa podé salí a la calle—suspiraba llorando don Frasco.

Cuando despejó un poco pegaron todos a foguetearlo:

—Lo que pasa, mi señor don Frasco, es que usted se ha dejao cojer la camella, ¿oyó? Trínque una vara de asebuche, cristiano, y faje con ella como quien salpea un colchón. A la segunda entollada, se le quea como el pelo de una salea. ¡Oh, ya!

Concretamente Monagas le aconsejó:

—Mire, ahora vamos a tirá pa arriba, ¿oyó? Nosotros lo dejamos a usted con la proa en la puerta de la galería. Usted toca, ¡tranquiliiiiito! Y ende que eya le abra, ¡riíaaan!, la primera cachetada es la suya... Apúlsela bien, que le caiga el deo del sentro en el mismo tronco de la oreja. Yo le garanto a usted que esa no vuelve a empenicarse.

—Si le faya la gayeta—añadió el Taita—, porque eya, un poner, le haga un estuerso asín, entonses mándele a moa de tosinete, con la mano pa pellas, de abajo pa arriba y al vise verso, ¿ta oyendo?

—Una ves que pegue—remató Monagas—no afloje. Mantenga la variada arreo, ¿oyó?: atrás de un cachetón, el otro. ¡Como quien lava, don Frasco, no sea bobático!

La tartana con la presunta víctima y los templarios arrimó al portal de doña Catalina bien pasada la medianoche. Con el fresquito de la carretera don Frasco fué aclarando y hasta llenándose de un desconocido valor, de unos arrestos tan extraños que a él mismo le ponían los pelos de punta.

—¡La mato, carriso!—masculló sombrío, con los ojos encandilados, cuando lo bajaron de la tartana.

Monagas y Victorio le ayudaron a pasar el zaguán y a subir la escalera, dejándolo al fin ante la puerta de entrada al piso, por cuyas rendijas se veía luz. Este síntoma y unos pasos duros que iban y venían, enjaulados, de una punta a la otra de algún cuarto, hicieron presumir que la esposa estaba levantada, esperando... Antes de bajar a aguardar en el zaguán los acontecimientos, Monagas volvió a recomendar:

—No se me orvide, don Frasco: la primera cachetada es la suya. ¡Afiánsela bien!

Frasquito llamó recio. Y no hizo doña Catalina sino tirar de la puerta, ¡plán!, abrió él el fuego con una galleta como uno de esos mazapanes que se le regalan a los médicos cuando no cobran. El esperrido de la señora fué bien oído hasta en el Pilar de Fleitas. Luego se sintió un portazo como la caída de la loza en Santo Domingo. Después... comenzó dentro un rebumbio como un rebozo de la mar, con un fragor sordo de pedrera removida y unos resoplidos de mula de arriero remontando repechos. Pegaron a ladrar unos perros chimbos de algunas azoteas, haciéndole al meneo un coro que mal empleadito...

Abajo en el zaguán, con las orejas tensas y suspenso el resuello, seguía la conflagración toda la jarca de los templarios, a la que incluso se agregó el tartanero.

—¡Cuero, consio!—dijo al fin Monagas con el rostro resplandeciente—. La está dejando, cabayeros, como una baqueta. Esa no se engrifa más, me juego argo.

De pronto cesó todo el escorroso. Y los templarios se fueron al catre.

* * *

A los cuatro o cinco días, Monagas se tropezó en el Tinglado con don Frasco. El hombre llevaba un brazo guindado de un pañuelo; cojeaba de un remo, al que ayudaba con un bastón; sobre una ceja se cruzaban dos tiras de esparadrapo, y los ojos, disimulados con unos lentes negros, asomaban soplados como aguas vivas y negros y fofos como moras revenidas. Pepe se quedó asomado:

—¿Pero y eso, señor don Frasco...?

—Pues ya tú veis... Esto es que hubo unas noventa cachetadas, cuarta más, cuarta menos. La primera, según queemos, fué mía... Pero las ochenta y nueve restantes y eso, fueron de ella por unanimidad, ¿tienes? Que te lo estoy contando gracias a la Virgen del Pino, que se hizo presente en un milagro de los de «más nunca le pago»...

—Oiga, tóqueme el bello, aquí en la muñeca... ¡Me ha queao como un eriso cachero, don Frasco...! Entonses, gracias a la Vigen der Pino...

—Sí, jiñooo. Mira, en la galería tenemos losotros colgao un cuadro antiguo de la señora de Teror. Y con los tambucasos, ¿oítes?, se vino abajo. Como no via sido limpioa ende que nos casemos, a Catalinita se le metió la polvajera que tenía detrás por los ojos. ¿Que si no, mano Pepe?, ¡más nunca me aclara!

DE CUANDO PEPE MONAGAS FUE «JEFE» DE LOS BOMBEROS

Al practicante Gabriel Cáceres

EL isleño puede tener cara de sonso, de taía o de batata y contar, sin embargo, con el muñequero suficiente para crear e ir hinchando una talega bancaria llena de duros hasta el canto arriba; para comprarse dos casas terreras y una de alto y bajo en Las Palmas, amén de un chalet en el Monte; para enredar en papeles de la curia una finquita que vale veinte mil, un suponer y agarrarla por tres mil quinientas a fuerza de papel de barba con un SÚPLICA fuera de la rasante, y para tener, por último, un automóvil de líneas *aoro-dimánicas*, como decía en la «Prasuela» un rico insular explicando las características de su último modelo. Es más, si el isleño tiene cara de sonso, de taía o de batata, está en mejores condiciones que el que aparenta despabilado para ese trabajo de pulpeo nocturno que exige la creación de una riqueza. Tenemos, entonces, el zorrocloco comercial, tan característico y abundante en la isla.

La cosa está, primero, en «colocarse», cogiendo «ves» y aire... Al empezar da un resultado pinchudo cultivar una cara de bobático, sonriendo bondosamente a todo y riendo con risa amarilla las más pajizas gracias de la

gente a lidiar. No se da así pie a un tipo peculiar de recelo isleño, que ya veremos, y se va cogiendo confianza (en uno y la ajena). Este isleño no es hombre que proteste de una condición o un trato de burro cuando de medrar se trata. Pero no le hace gracia que se le escarranchen arriba los «listos», «los que se la echan de listos». En el país las tiendas y los timbeques más jediondos son los que han hecho de siempre el mejor negocio. Un bar, por ejemplo, si quiere sostenerse y mejorar ha de tener convenientemente distribuidas dos docenas de cucarachas de semilla inglesa, una docena de volonas y media de chopas; quince o veinte huesos de aceitunas del país; cuatro o cinco forros de chorizos y el doble de gambas; cáscaras de manises en abundancias, dos perros chimbos jociquiando y un olor: el olor de un excusado, con un bombillo de cinco bujías bien envuelto en telas de araña, sin cadena para el agua, con un batumerio que no hay chispa que lo resista y con «agua» bastante para exigir ser alcanzado nadando o en bote. Si a pesar de esto se le ocurre al dueño lavar bien el servicio y ofrecer un vaso de cerveza, por ejemplo, sin olor a café con leche o a ponche de huevos, entonces está perdido: tendrá que cerrar y buscar una cuña para un concejal que lo coloque de peón en las obras municipales. El amo, además, deberá estar detrás del mostrador, remangado y con las clásicas alpargatas ranciosas, sosteniendo todo el santo día la cara de buenazo y de infeliz que exige, aguitando y sordo, el cliente indígena, celoso hasta la ferocidad del bienestar ajeno.

Guay de aquel canario que ponga un timbeque, mejore y coloque empleados, mientras él va a ver a los que venden el coñac, o a aflojarle la mosca al de la carne para que le guarde—sin cola—los cinco kilitos de hígado para las carajacas; guay de él, decimos, si sale a estos menesteres con un traje de lana que no haya sido hecho por una costurera y una cachorra sin grasa en la cinta y un tanto enroscada. Ese va listo antes del semes-

tre, pudiendo acabar, incluso, en la Mar Fea o guindado del Arbol Bonito. El isleño pega en seguida a saludarlo fríón, con el morro gacho, y a quedársele mirando con el pescuezo cambado y los ojos chicos. Después comenta :

—¿Sabe a quién me acabo de encontrar compuesto como los tollos y sin caberle una paja? Pues al jediondo de Migué el del timbeque, que en poco más de na y a costillas ha abierto cuenta en el Hispano y no le han vuerto a cortá la lus ni el agua... ¡Oigo, me ha quedado asmao! Pero, ende luego, si quiere ganá dinero, que se conquiste a los peninsulares. Lo que es conmigo se jeringa.

El comentarista es casi siempre un zorrocloco, que ha encontrado tan bueno lo suyo y que se rechincha todo ante el espectáculo de la mejoría ajena.

Pues uno de estos insulares, que subió en poco como el jabón del Gaucho, agarró la maña de hacer negocio con el seguro. Todos los años, arreo, arreo, le metía fuego a un almacén del que durante cierto número de meses se iban sacando disimuladamente mercancías. Llevando una contabilidad más mal amañada que una guagua angosta de las que trajeron de Tenerife; sacando por un lado y metiendo por otro; distrayendo, como se indica, para cobrarlas luego como quemadas, cosas que figuraban depositadas y sétera, el isleño este que digo —que como gerente habría de dar a fin de año cuenta del negocio—«engordó» que era un primor y una admiración.

Tan ciertas y sistemáticas se hicieron las candelas, que ya toda la ciudad y hasta la isla entera se ponían a esperarlas, como se espera la fiesta del Pino o los fueguillos de San Pedro Mártir.

—Oiga, entodavía no se le ha pegao fuego al almasén —se podía oír a un isleño en la tertulia de la Alameda.

—Ya no debe andar lejos el siniestro del almasén —podía comentar normalmente en la «Prasuela» otro

isleño de los que escribían en los periódicos y que por eso decía «siniestro».

—No debe andar, no. Usted verá cómo antes de quince días hay fuego pegao.

No he dicho hasta la fecha que mi compadre Monagas estuvo un tiempo en la guardia municipal, de la que salió por un pique con el «Dispertor» por un asunto de gallinas o similares. No había por aquel entonces en la ínsula servicio de incendios. O séase, lo había un poco peor que el presente. Y eran los guardias municipales, heroicos y bienamañados, los que habían de partirse el espinazo acarreado baldes y cacharros de belmontina para «dominar la triste ocurrencia», como decía el «Diario de Las Palmas». Naturalmente, siempre llegaban tarde. Cuando caían sobre las llamas las primeras aguas «oficiales», el fuego se había comido lo que había y lo que no había. Los bomberos arribaban para ensopar y poner perdido lo poco que hubiera podido escapar.

Por otra parte constituía una juerga ir a ver apagar un fuego. El isleño se divertía más que en la fiesta de La Naval. Así se explica que llegara gente a las candelas hasta de la Apolinaria.

Uno de los años en que «casualmente» ardió el almacén del isleño zorrocloco, estaba actuando mi compadre Monagas como jefe de la sección de incendios. Cierta atardecer llegó un aviso: «Bomberos, al avío. ¡Fuego pegado en el almacén!» Cuando Pepe acabó, al fin, de reunir su gente y sus cachos de manguera empatados y demás, salió para «el lugar de la ocurrencia». Entretanto, el promotor de las quemas hacía para la galería las más espectaculares escenas de protesta, preocupación y dolor: Monagas había comentado años atrás, viéndolo en situación y aspavientos semejantes: «Este hombre le hubiera podido dar un susto a Borrás.» De nuevo y como si fuera la primera vez, iba, venía, increpaba; se tiraba del chaleco y se cargaba dos botones; pateaba como un toro reculón...

Cuando al fin recaló Pepe, el «afectado» se le vino arriba como un terraplén. Con mucho y muy alto meneo de remos, con una voz alternativamente sofocada y brillante, soltó la estupidura de turno. Mi compadre aguantó a pulso la rociada con una cara de guasa tal que a un cómico menos fino lo deja más ralito que un lamedor:

—¡Ahora vienes acá! ¡A buena hora y con soo...! Cuando too está ya listo ya. ¿Y esto es una siudá modesta, con un servisio desente y aldecuado de bomberos y eso? ¡Mire, hombre! Esto lo que es es una... ¡Déjame cayarme...! ¡Qué horas de venir, desgrasiao!

Monagas preguntó lleno de pachorra:

—¿Le ha paresío tarde a usté?

—¿Y lo preguntas?

—Bueno, y entónses, si lo quería usté puntuá, ¿por qué no me lo dijo ende ayer...?

DE CUANDO PEPE MONAGAS PERDIO UN ENVITE EN LA GOFIERIA DE MAESTRO JUAN CANSIO

A Alfonso Santamaría

EN tiempos hubo por Santo Domingo, en la calle del Rosario, casi frente mismo a la palma de doña Nieves, una gofiería que andaba en fama de vender el gofio más asiado de la Ciudad. De San José el millo, limpito como el oro, en su punto el tostado y vendido todo en caliente, que apenas arrejundía por la fuerte demanda, no había otro en la raya que lo emparejara ni en color, ni en aroma, ni en paladar.

El dueño de la famosa gofiería, maestro Juan Cansio, era un hombre gordo él más bien, atarracado él y consecuentemente con más pachorra que un burro de mandadero. Siempre en su negocio desde las claras hasta bien pasado el sol puesto, nadie sabía de él que tuviera vicios conocidos. Allá el hombre con unas salidades para «adentro» que hacía todos los lunes señaladamente, compuesto como los tollos... Desde luego está visto que ni los propios santos escaparían a la lengua insular. Corría por la zorríta la volada de que de lejos—allá por la Plaza de la Feria—subía a Santo Domingo a comprar su puñito, a pesar de haber buenas gofierías en Fuera de la Portada, una tal María la Morena, madurona ella ya, pero aún con la mata de pelo azulando de negra, el ojo

brillante y un frenado desgarró en la boca, golosa y cantadora. Decían, las mujeres mayormente, que siempre han tenido famas de chimbas, que si nunca la vieron pagar, que si en la vida lo vieron a él ponerle los chochos y los palotes del fiado, que si esto, que si lo otro... Lo más seguro, alegatos. Y como a nadie le importa, vamos a lo nuestro.

Decía que a maestro Juan Cansio no se le conocían vicios y no es verdad. Tenía uno y de los emperrados: el envite. Lo que a ese bicho le gustaba el envite no es para pintado. Esperaba la hora del partido como un chiquillo los Reyes. Y lo cuajaba en ocasiones de rón y enyesques hasta salir la gente de cuatro patas. No se producía esto, sin embargo, a causa de golpes de rico o salidas de padrino desborrifado. Allí el que perdía, pagaba como un tote, tanto el beberio como los entullos.

En la tardecita, cuando se ponían rosadas que daba gusto las lomas de La Apolinaria y aflojaba la venta, iban cayendo en la gofiería los del partido, casi fijos: mi compadre Monagas, Victorio el del Pinillo, un tal Bartolito de aquí de la entrada de San Roque, que se jincaba dos litros de ron y se quedaba tan fresco como un callejón de la marea; Manuel el de la Placetilla, Venturilla el Taita, que casi siempre estaba al caído para cubrir alguna roída de cabo, y mi compadre Juan Jinorio, que también diba en la rueda de presentes.

Eran partidos maestros, como un desafío Mandarrías-El Rubio, mandando los cheches: Monagas de una banda y maestro Juan Cansio de la otra. El «pasaje de tercera», o séanse los «puntos», respondía que daba gusto.

No era lo bueno de aquellas contiendas jugar y ganar. Era el «relleno» lo aseado del partido. Entablábase un meneo de puntitas y señas, de dimes y diretes, de acechos y provocaciones, todo propio del juego, pero que en estos casos particulares de la gofiería alcanzaban gracia y sabores únicos. La baraja, a la que para rematar en palo de gallinero sólo le faltaba quedarse tiesa,

restrallaba, como varas calientes de gamona, sobre el requemado pinzapo de la mesilla. Y cada amenaza de «¡envío!» abría una breca en la pared que se metía una mano, dispensando el modo de señalar.

Se cortaba, se repartían los naipes a fuerza de saliva y pegaba la contienda. Los jugadores, un momento en silencio, con las tres cartas trincadas a la barbilla, íbanlas estirando cautelosamente hasta descubrir el palo por los cortes del recuadro. Al pie comenzaba el aguaité, las señas, hechas tan a la zorra, con tales maliciosas expresiones de bobo, que las aplica el cuadro en el cambulloneo de un barco inglés y lo venden por piezas frente a la Matazón...

Monagas jugó siempre bien. Y en los partidos casa de maestro Juan Cansio se estremaba el hombre porque el gasto solía ser «del carajo pa arriba». Beber bien valía la pena, pero pagar era una verdadera vaina. Por el celo con que mandaba, ganaba un día sí y otro también. Los de la comparsa, pensándose que maestro Juan se iba a aburrir el mejor día, recomendaban a Pepe «que se dejara dir», que perdiera aunque fuera de uvas a brevas.

—Déjelo que los aprebe, Pepito, que es mejó pa toos —recomendaba Venturilla.

—¿Cualo?—replicaba Monagas un tanto engrifado—. ¿Que lo deje ganá? ¿Y con qué pago después, mano Ventura...? ¡Ah! El no se aburre. Con la jiriguiya de ganarme alguna ves, está mantenío... No ostante, si en alguna ocasión, un poner, me coje en perras, o el gasto no requinta mucho, yo largo liña. ¿A mí qué se me importa?

Una tarde, víspera de domingo, se armó un tenderete entre seis imponente. Por primera vez, después de mucho tiempo, maestro Juan Cansio había ganado el primer partido. El gofiero estaba que no le cabía una paja:

—¡Que me gusta majasle las liendres a los campiones, cabayeros!—decía echo un quiquere.

Se empezó uno de revancha, del que Monagas había ganado el primer chico.

—¿Sierta carta, mano Manué?—preguntaba atorrado y sin color maestro Juan a uno de sus puntos en la primera balsa del chico segundo.

—Sí, señor. ¡Oh! Siertita, como un preso.

—Ta bien. ¡Cartas al pecho, cabayeros!

—Cojan señas—recomendaba Monagas.

Añadía maestro Juan:

—¿Le quean entullos pa un repujonsito...? ¡No me engañe!, ¿oyó?

—La veldad de Dios. ¡Sus, maestro Juan...! Mire, estooco... Sí... Su pisquito tengo acá, ¿oyó?

—Ta bien. ¡Cartas al pecho!

—¿Pa qué?—finchaba Monagas—. La sierta carta es un pájaro ido. Y el entuyo no llega a la muela trasera. ¿Quiere verlo?

—¡Sí!

—No se bote, que por su tranco yega... ¿Qué hubo, mano Vitorio...? ¿En peleita? ¿Sieguito? ¡Mia pa ayá! Más vale que sarga a vendé los sesenta iguales... ¿Tú tamién arrancao, Ventura? ¡Tas asiado...! Mira a ve si jurgando, jurgando...

Sonreía triunfal maestro Juan:

—No son burgaos, Pepe, date de cuenta... ¡Cartas al pecho, cabayeros!

Monagas buscaba un clavo caliente. Quedábase lelito mirando a Vitorio, que había hecho una seña falsa. Rectificabala ahora el de la Placetilla.

—¿Sierta...? ¡Vaya! Agáchala bien, ¿oítes? Tú sos mano, ¿no?

—Ji, jiñooo... No. Peera. Es allí, Ventura.

—Pos mándale tú de entrada. ¡Peera! Después de la sierta carta, ¿cualo, mano Vitorio...?

—Oh, me quea su ganchito, pa da que haser. Y hasta quién sabe y un bichejo... Pueo arrastrá. ¡Digo, si túuu...!

—Sss. Manténgase. Juégate pal pién.

—Un bastito—jugó Ventura de mano.

—Mete bicho tú—mandó maestro Juan.

—Agárese, maestro Juan—amenazó Pepe—, que le estoy preparando la reculada del casnero.

—No te agarres tú, que chica agachaiilla. ¡Cartas al pecho, cabayeros!

—Juégate tú. ¡Too el mundo pal pién!

—Meta un ganchito ay, usté.

—Dasle tú en la melona a ése!

—¡¡¡Vío!!!—estalló la voz de mi compadre Juan Jinorio, al que Monagas le había picado una seña para que lo pegara de entrada.

Manteniase en vilo, con el brazo en ángulo frente a la cara y una carta pegada al pescuezo, dispuesta a caer como la bomba anémica.

«Esto es un cañaso como la Casa los Picos», se malició maestro Juan rascándose el totizo. Hizo unas consultas previas:

—¿Sierta su carta, mano Baltolo...? ¿Y usté...? Sí... Ah... ¿Le quea man que sea pa un arrastrito?

—Hombre... se dan casos. Su pisquito...

—Pero luego estás al garete; dislo de una ves—provocaba Pepe.

—¿Por reyes, qu'iubo?—insistió maestro Juan.

—Tengo uno por aquí...—y Manuel el de la Placetilla hizo un fugaz camango con la nariz chopuda.

—Ta bien. ¡¡¡Quiero!!!

—¡Riáaan!—cantó Jinorio con voz de la tripa gorda.

La perica cayó como la loza. Y del salpazo se quedó en la tabla toda despatarrada, pidiendo a Amador por señas. Pero maestro Juan Cansio no se abatató. Con un golpe maesto de la lengua pasó bajo el otro matorral del bigote la inverosímil cola del cartabuche, trascendiendo a engrudo de la tierra.

—Tú juegas—dijo frío a Manuel el de la Placetilla—.

¡Cartas al pecho, señores!

Manuel se trabó, haciéndose el desorientado. Dijo al fin, como indeciso:

—Yo tiraba de asebuchaso, maestro Juan. Ahora... usted es el patrón...

—¡Mándale!—ordenó maestro Juan, privado.

La voz del de la Placetilla, que sobre ser de por sí de las de barreno, estaba entenebrecida del ron, de la cebolla para condutar y del vinagre de los enyesques, tronó de pronto.

—¡¡¡Vío seis!!!

Pepe tenía chico primero y el tres de bastos atorrado en un punto antes del pie: en Victorio.

—Quiero un pisquito—dijo tranquilo—. Juéguese too el mundo pal pién...

Cayó en la mesa el caballo con un recio golpe de la coyuntura.

Cuando llegó la mano a Victorio, el del Pinillo, que había estado haciéndole ascos a sus cartas, sobajeándolas, dijo, haciéndose el taía:

—Mano Pepe, yo me paso. ¿Pa qué voy a aguantá cartas jediondas?—y tenía el tres el muy bandido.

—Usté no se pasa, no esté hobiano. Mándele en la cresta a ese cabayo:

—¿Pero y con qué, querío...?

Era tal la cara de infeliz que el palanquín de Victorio ponía, que Monagas llegó a dudar de la seña:

—Pero bueno... ¿sierta carta...?

—¡Cojan señas y cartas al pecho, cabayeros!—ordenaba temblando maestro Juan, pendiente como un galgo de la cara de Victorio.

Después de una pausa tremenda, Victorio dijo al fin:

—Mira, lo que voy a haser es jugar callaito, ¿oites?

—¡Mándale!—ordenó Monagas.

Se empenicó Victorio:

—¡¡¡Vío nueve!!!

—¡Quiero!—replicó firme maestro Juan, seguro de que era un cañazo como un torreón de la Cicer.

Victorio agarró el caballo por las patas y le sacudió tal lambriazo con el tres que le dan con el tolete de un rebenque en el tronco de la oreja y tuntunea menos.

La carcajada fué tan gloriosa y provocativa que maestro Juan tuvo que beberse su buche de agua de San Roque para ayudar a pasar la rasquera.

—¡Chico segundo, maestro Juan! Y de un lanse, ¿oyó? Pacha más corrías aquí, Ventura. Y tiralos de a veinte, que la cosa lo merita.

Se jincaron la primera botella y mandaron por otro litrito.

Rascado como un piojo, maestro Juan pegó con el tercer partido, dispuesto a jugar ahora con más cautela. No podemos entrar en la menudencia de este famoso desquite porque habría para un medio libro. Dispuesto a ganar, el gofiero dejó de beber, mientras Monagas calaba como un fonil.

Se desarrolló esta tercera fase más lenta. Maestro Juan no se fiaba y entraba cuando tenía tres, caballo y perica, o así. De resto se dejaba «dir». Esto de una parte, y de otra que mi compadre había agarrado su chispa casi sin darse cuenta, el resultado fué que maestro Juan ganó al fin el tercer partido. Estalló el gofiero como una fiesta del Pino. Le salieron los colores y parecía que estaba vestido de limpio. Monagas, en cambio, adquirió ese aire de los gatos en el invierno al salir del fogón.

—Cabayeros, me voy a retirar—dijo con una pesadumbre zorra, calculando el gasto y royéndose el cabo para no pagar.

Cogía la puerta cuando maestro Juan Cansio le gritó entre triunfante y caliente:

—¡Aguántate!, ¿oítes?, que hay que pagá el gasto...

Mi compadre se resolvió. Y dijo, sequito como un palo:

—Pos mire, maestro Juan, yo no pago naa...

—¿¡Cualo!?

—¿Otra ves...? Que no pago naita este mundo.

—¿Pero usted han nan visto, eh? ¿¡Pa qué jugates entonses, desgrasiao!?

Pepe contestó ingenuamente, al tiempo que trasponía:

—Oh, polque yo me creí que iba a ganá...



DE CUANDO PEPE MÓNAGAS FUE A MARISCAR A UN CERCADO DE PAPAS

A don Juan Millares Carló

UN día vino señor Ramírez de Cubita la Bella al cabo de quince años de guataquiar caña, negociar—metiendo, naturalmente, la mano hasta el sobaco—en guayaba, tabaco y rones y ponerse un colmillo y dos muelas lantreras de oro. Como todo buen indiano que vuelve al surco no puso ni santificados ni telegramas, sino que se metió por las persianas adentro de replón. Las persianas estaban por entonces abajo en la Puntilla.

Y estaban allí porque resulta de ser que una niña de señor Ramírez, la más vieja, que la llamaban a ella Adela, mosiaba de tiempo con un tal Manuel Sánchez, un muchachito decente de aquí de San José. Y el tal Sánchez fué y se enraló una noche en un baile de confianza que daba Adancito el del Pilar para celebrar una lotería que le cayó ca los Feos. El Adancito, que era de Aguimes, tenía un tienduchillo con escobas, boliches, pimentón, rapaduras y una hija por acá del Pilar de Fleitas. La hija era morena sorrobollada, entrada en carnes, de piernas cortas y zambas y con tan poca gracia que se decía que se tiraba a un terrero en taifa y perdía la fuerza hasta la luz de carburo. Pero era única, poseía una casa terrera y unos cachos en la villa nativa, la tiendita

y la reciente lotería, que no era para tirar voladores, pero tampoco para hacerle «fos». Por el barrio se dejaron decir las más chimbas que la madre de Sánchez pegó a malmeterlo con la hija de señor Ramírez obedeciendo al plan de «empalmarlo» con el morrocoyo de la de Adancito. La vieja, que tenía traza de bruja, se las había aquellado para colocar al hijo en una ferretería del centro, manteniéndolo siempre limpito y planchado, hasta el extremo de que mucha gente, viéndolo pasar, se creía que era domingo. Inculcóle, además, ambiciones económicas y sociales por una suerte de odio que le cogió al marido, un perdulario siempre despilfarrado y tan jediondo que si alguna vez se lavaba las extremidades en una borsolana caía en cama con «un bronquites».

Por una causa o por otra, Sánchez encalló ca Adancito. Entonces, a Adela la de señor Ramírez le dió tan recio insulto de entrada, que una mesa de centro con un florero de los de molinillo y dos perros de yeso granditos; un esquinero sobre el que había una figura bastante cagadita de moscas, una botella con un barco dentro y algunos otros teleques de adorno que estaban arriba de una cómoda, acabaron hechos cabacos bajo su furia histérica. Después empezó a ponerse menuda y trancada del gañote, que ni los huevitos y otros mimos le pasaban. Por último viró con una tirisia que parecía la parte del centro de una bandera de fiesta. Algo más que tirisia maliciaron los vecinos que tenía, porque empezaron a encuevársele los ojos y se le pegó un toseo de sótano sospechosísimo. A la madre todo se le iba en disimular, diciendo que su niña tenía tan solamente un «catarro mal curado». Contando a una vecina que la atabicó a preguntas recelosas el resultado de una exploración por los «crayos clueques», acabó confesando que el médico había dicho que su hija tenía «una sombrita en la tela der pulmón». Recomendáronle que se la llevara para el Monte, pero como no tenían posibles, y

señor Ramírez, de un tiempo a la fecha, no giraba un peso ni con tres liñas, tiraron para San Cristóbal. Y gracias.

Cuando se enteró el indiano de que su gente estaba para abajo de arrancada, trincó un tartana, la requintó de baúles enchapados y tiró por esa carretera todo tirado para atrás.

* * *

Ramírez se portó como un cochino. Apareció fingiéndose pobre. Y resistió cuando le pidieron trasladar la enferma a Tafira y comprar inyecciones de huevos, huevos directos, carne y demás «hoberías» exigidas por la lima de una «tis». Se calentó como un chino cuando supo que la niña andaba encamada «por mor del sentimiento».

—¡Qué sentimiento, ni sentimiento, puñema!—voci-feraba delante de Adela—. ¡Gástese usted ahora los pesos que me saqué del costillaje, en güevitos pa la niña, porque la dejó un vagañete jediondo! ¿Qué sonsera es jesa, imberse? El hombre es susertible de queré a la que le dé la gana a ée. ¡Vias estao pa fuera tú, pa que vieras lo que es bueno! Amor, amor... ¡Tésemelante, desgrasiá!

A la semana de estar en casa tuvo que cantar: traía de «Bana» unos quince mil pesos, «pero si se vian creío que los quería pa tirarlos, como si fueran volaores, estaban equivocaaas del canto alante al canto atrás». Por instinto, la mujer le buscó de nuevo los tranquillos, perdidos en la ausencia. Lo convenció primeramente para que aflojara algo la mosca en pro de la salud de Adela. Luego, como él venía bastante remozado y ella arrastraba la chöla ya... y el mundo estaba lleno de perdularias... y de soltero él —y hasta de casado— se le iba el baifo si a mano se le venía algún pilfo, lo trabajó por todos los trastes para que empleara las perritas.

—Pegas a comértelas—argumentaba—y cuando eches mano no te arcansas. Piensa en tus hijas, y en el buen ver, y en que a la vejés virgüelas; y hasme caso a mí, no seas bobo.

Ramírez se puso mollar, pero reviró todavía con salpeo de panchona en las últimas :

—¡De casas no me hables!, ¿oítes? No quiero casas ni medio que de barde. ¿Pa requilorios del Auntamien-to y conduelmas de arquilinos? ¡Hágame el favoo...!

—Pero una tierrita, hombre, así...

—Ya una tierrita...

Allí cerca, debajo de la carretera de San José, vendían una finquita de millo y papas, con su pozo, un molino y un burro de clases pasivas para cuando no corría el airote. Doce mil duros se dejaban pedir por ella. Aquello era la dicha... Señor Ramírez se quedó entonces orejiando. Cerró los ojos y se le pusieron delante, en medio de una nube rosada, dos vaquitas primorosas, una docena de gallinas y un gallo jubado; sus cuatro cabritas del macho de Perera y la cabra de Betancor y un potaje de habichuelas cogidas por sus manos de la mata verde y tarozada... Pareció decidido a comprar. Y cuando estaba abocadito, casi se arrepiente, porque para aconsejarse llevó un amigo a ver la tierra y el visitante opinó :

—Ca uno es ca uno, señó Ramiles, ¿oyó? Ahora sí le digo: pa mí estos cachos no son de medra. ¡Digo yo... que toos los equivoquemos! Yo apresio como que er curtivo sale ée más bien rabujiento d'abajo de la fuersa de la madre... No sé si vusté me entiende...

La esposa del indiano se quedó muerta :

—¿Pero tú no veis, muchacho, que es envidia? ¿Que ée te está arrepintiendo porque está envidioso de que tengas una propieá?

Trabó Ramírez. Había adquirido un finquejo con un pozo salado, que no valía dos onzas, en once mil quinientos duros, que regateando logró sacar tal rebaja.

El fracaso de la primera cosecha fué tan grande que

el hombre estuvo a punto de irse para las Plataneras por mor de la calentura. Le entró al plantío, regado con agua salobre, una maleza y un desmayo como los de Adelita, que seguía en el catre suspirando y leyendo números antiguos del «Blanco y Negro» y «La Familia». Lo supieron hasta en la Vega Enmedio y no quedó isleño que no se choteara de señor Ramírez, al que por gorrón y cerrero lo menos que le deseaban en la ínsula era un tiro de sal y azufre en una pata.

El indiano abandonó la propiedad. La señora rogó, lloró, batalló para que volviera a plantar y a regar... Con esto y el tiempo pasó las chapetonada. Y Ramírez le metió a los pedazos cuatro fanegas de papas de semilla inglesa... Hasta la gente de la mar comentó con una afilada sonrisa la decisión del antipático indiano.

Entonces fué cuando lo aguaitaron media docena de isleños para rematar la cosa con una buena montada. Tomó la iniciativa mi compadre Pepito Monagas, que no le perdonaba a Ramírez la brutalidad con que reaccionó ante el caso de su hija enamorada y enferma de amor. Oliéndose que le acechaban la tierra para ver el resultado del nuevo plantío, el indiano extremó los cuidados...

Una noche... Convidados por Monagas tiraron para San Cristóbal, poco antes de la primera, el Taita, Victorio y algunos otros elementos de la jarca del compadre. Primero anduvieron una hora larga sobre los mariscos de la Hoya de la Plata cogiendo burgados, lapás, erizos, pegaderas, búyones y cangrejos. Con un par de cestos rebosando y la noche entrada arribaron a los cercadillos de Ramírez. E hicieron en ellos una concienzuda siembra a voleo de los mariscos...

Al día siguiente los sembradores bajaron temprano y se sentaron al acecho de que Ramírez le diera una vuelta a la propiedad. El hombre salió al fin de su casa y alcanzó las tierras... Cuando vió los cachos plagados de bichos de la marea se le fué el color y dijo: «¿No lo

desía yo, puñema...? ¡Iiii... puf...!» Y cayó al suelo como un tote. Monagas y demás indinos esperaron a que volviera a su ser. Y cuando Ramírez, con una color de horrura, bajaba por un veredillo a la carretera, la jarca se le acercó. Adelantóse Monagas. Y le dijo :

—Señó Ramiles, estooo..., como está la marea yena, venimos a vé si usted los deja pulpiar en su finca y cogé un caldito de mariscos y eso...



DE CUANDO PEPE MONAGAS PINTÓ UN LEÓN EN LA TIENDA DE «LOS MAUROS»

A Inmaculada Medina

EL isleño—ya lo hemos dicho porción de ocasiones— es bastante bien amañado, inclusive fuera del oficio con que el destino le cogió el lomo: le mete a usted un tirafondo, le arregla una pestillera, le endenga los plomos cuando se funden, le pone sus inyecciones lo mismo entre cuero y carne que en la vena, le pega su par de sanguijuelas como si fueran pólizas de 1,50, le cura el gogo a las gallinas con vinagre y cebolla, le jinca a la luz una trampa que no la agarra ni el ingeniero alemán... Ni que decir que mi compadre Monagas sabía y le sobraba un cacho de estos adjetivos endengues y «cambulloneos».

Pues resulta de ser que Pepe era requerido alguna que otra vez para albeos particulares. El hombre despuntaba en ese oficio por un golpe personal de muñequero que tenía y por lo curioso de sus labores, que acababan sin enterregar zócalos y tablados; aparte, lo llamaban porque solía cobrar más barato que los profesionales. También pintaba, y hasta se preparaba sus colorcitos, en competencia con maestro Juan Amaro. Cuando estaba de gusto y se le venía a las manos un cáido de éstos, lo aprovechaba hasta con deleite, porque era trabajo que no le repugnaba, siempre que no

lo atosigaran, ni hubiera que guindarse en casas de tres pisos. Tranquilito, y mejor casitas terreras que «cómicas de cemento» desarboladas.

Ocurrió que ciertos compadres de Valleseco se apalabraron, formaron una sociedad y se vinieron de arrancada para Las Palmas dispuestos a poner una tiendita en San Nicolás, que a poco fué bautizada con el nombre de «Los Mauros». Buscaron una casa baja, con dos escalones y un cuarto a la calle donde armar el tenderete de escobas, ceretos de higos, sacos de judías atómicas y de azúcar—con chopas paseando de noche por las bocas abiertas—, rapaduras, boliches, botellas de cerveza negra, vinagre bautizado, basura en todos los rincones, cucas a granel, gorgojos y ratones. Y en vísperas de abrir, a uno de ellos, que había estado en Cuba de raspafilón, pues apenas atracó en el Morro vino la «moratoria», se le metió durante un desvelo el barrenillo de ponerle un nombre al negocio. Por la mañana se lo dijo a su socio :

—Miri, que ha estau pensando que estu queee... que sí no sería práctico de ponesle un nombri asín al negocio y esu...

—¿Un nombri de acuaslo?—preguntó el socio, que como no se lavaba la cara no cogía tino hasta pa allá pal peso del mediodía.

—¡Hombri!, ¿de acuaslo va a sé? ¡Un nombri, señó...! Un nombri alanti, en el fronti, pa ves'u de la calli y esu...

—Yo no andaba con requilorius, ¿oyó? Alcuentro esu una machangada.

—Déjimi a mi, que usté no entiendi de esu. ¡Hay que ver díó pa fuera, pasal el chalcu, chicu...!—replicóle, cortante, con fuerza y acento cubano

Ante este argumento supremo, no hay isleño que rechiste.

El de la iniciativa, una vez bien tupido su socio, añadió :

—Yo estuvi anoche, toa la santa noche, dando vueltas en el catri, con la matraquilla del nombri... Y ha pensau—¡digu, si usted nooo...!

—Murió el cuchinu. Lo que usted jaga, bien hecho está.

—Pues ha pensau de ponesle «El León», con un león pintao alantre, sobre la entrada y esu...

En total, que llamaron a Pepito Monagas, por recomendaciones de una vecina.

—De modo y manera—díjoles Pepe una vez enterado—que ustedes quieren un león... Bueno, se dijo.

—Pero estoso... losotros, ¿tiendi...?, losotros...

—No me diga más naa. Ustede quieren sabé cuánto cuestá el león, bien pintaito y bien terminaito y tá y cuá, ¿no es jeso...? Bueno... Y usted, ¿cómo lo quieren, con caena o sin caena...? Porque es asigún...

—¿Cualu quieri desir usted...?—preguntó traspuerto el que no se lavaba la cara.

—Que si usted lo quieren con caena o sin caena...

Los tenderos se miraron aturridos.

—¡Oh, padrito! ¡Que si lo quieren amarrao o suelto!

—Hombri, losotrus creemos que p'al caso...

—Pues no es lo mismo, ¿oyeron?, porque entre otras cosas de mayor o menor cuantía, como el otro que dise, las cuales se puen ver al pién y con el tiempo, el detayito influye en el presio...

Se rascó el cogote el que había estado en Bana:

—Ah, pues... ¿Cuál es más baratu, usted?

—Hombre, el de «sin caena», naturalmente.

—Pues miri, sin caena, ¿oyó?

Monagas les pintó un león del color del chocolate del reparto, sentado en los traseros, bien metido de barriga, con una melena que daba para llenar un colchón, una pata lantrera levantada y el rabo tieso. Sacó un único defecto: le quedó bisojo. Pero lo que él decía: «¿No salen también los cristianos, también, con los ojos cambaos, o clicos? ¿Tonses...?» Pero lo hizo con polvos

malos, que no preparó, encima, para que «amarraran». Está claro, desde que cayeron, ahí por tiempo de castañas tempranas, los primeros gotarones, el león desapareció del mapa, y en su lugar apareció un lamparón de color de barranco. Tan sólo permaneció, tiesa, la punta del rabo.

Los mauros se calentaron. Y lo mandaron a buscar.

—¡Eso no se hace!, ¿tamos? Y eso no se quea así...

—No: eso se quea peor... cuando llueva más.

—¿Arriba se chotea, jediondu...?

—¡Sss...! ¡Mida las palabras, ¿oyó?, por un si acaso...! Y al respectivo del animalito desaparecido, escuchan que les digo: ¿Qué les pregunté yo, a su debido tiempo...? ¡No, ni se calienten, ni pongan cara de batatas! ¿Qué les pregunté yo cuando tratemos...? Que si lo querían con caena o sin caena, ¿no es así...? ¡Ah! ¿Y no me dijeron ustede que sin caena? Pues ay lo tienen: ¡cogió el tole!

DE CUANDO PEPE MONAGAS COLOCÓ DE GUARDIA MUNICIPAL A JUAN ESTE- BAN EL TUMBAO

A don Pedro Cullen del Castillo

SAN Pedro en Aguimes. Festeja la villa del viento liviano y del café más asiado de las siete islas la fecha del Santo Portero con repiques que se alongan hasta los confines calientes de los llanos del Condado; con ancho ferrial de novillas, lecheras y toros, en el que rebulle la flor del ganado de todas las rayas, y con romería en tal insalla y barullo tal que por ratos se da su aire con las grandes de la Señora de Teror y Santiago de Tunte. Sin revirarse por tales «menudencias», los mauros y los finos del jolgorio cruzan pisándose concienzudamente los zapatos nuevos, oliéndose con una entereza digna de la guerra, jincándose una serie de codazos que se reúnen y aplican a las cañadas del Teide, un suponer, y se quedan los de Tenerife sin su apreciable y decantado Pico. Los indígenas aguantan, pero cobran, y los forasteros bailan a ratos en el sobeo de una taifa lerdia y desafinada; pasean, metiendo el pecho para abrirse camino; mercan en la caja grande de Rosario Tejera su media librita de turrón «en fiel», pelan uno en la Plaza, lo parten con los dientes y ofrecen el cacho más chico a una moza relumbrona, gacha de ojos, que

si no viene mollar, o presta a enralos, revira de medio lado para decir con ceño y voz de tunera: «¡Jaga el favol de arretirarsi!» Van pasando, ellos con una cachorra en vilo a la flor de la cabeza, calmosos de palabras y manos, y ellas con un recelo de palomas fogueteadas, arrebatadas como duraznos pelones, metidas en un trasudado y tieso alegror de fulgurantes, andando como sobre huevos por mor de los zapatos, que, nuevos, carecen aún de «consecuencia» para la uña del dedo gordo y los juanetes, tan voluminosos como aceitunas de Temisa.

Mi comadre Soledad y su marido, Pepito Monagas, han acudido, ella con una caja de turronec casi tan grande como la de Rosario y de un azul tan rabioso que se la vería en la raya de la mar, y él con un molinillo bien engrasadito, completito de tachas, tumbado a la banda—como el que no quiere la cosa...—de las posturas más flojonas y regularmente estivado de turronec varios, puros atarracados y negros, alguna que otra botella de cerveza y media docena de machangos de yeso, entre los que destacan unos perros para sobre las cómodas y unos cochinillos que si aparentan no parecerse mucho a lo que pretenden, no es porque desmientan las trazas de tales animales, sino por la color, que de puro tirando a huevo duro, merman bastante la ilusión. De cualquier manera, la gente se tira a esas «terracotas» y hay que ponerlas.

Monagas se aburrió bien pronto de la guardia al pie del garabato saca-perras, dando vueltas casi arreo, que ya mareaba, y todo por un calderillaje tan menudo que no meritaba la pena. Venteaba, además, tufo de ron y «casne con papas», que llegaban milagrosamente puros por entre el sorroballo y los batumerios de la fiesta. Y estando ya cogido por el barrenillo de darle esquinazo al puesto, alcanzó a ver, pulpeando entre el genterio, a un tal Rafael, un galletón de Pambaso, hijo él de Mariquita Antonia Mollero, que también atrabancaba una

esquina con su cajita turrонера. Pepe le pegó sus guapidos y lo trajo a la banda.

—Oye, Rafaeliyo, ¿qué tás haciendo tú?

—¿Yo? Ná. Pulpiando por ay.

—¿Y por qué no te hases cargo aquí del moliniyo, ¡un pisco apenas!, ¿tiendes?. que yo tengo que íi aquí lante a hasé una diligencia...?

—¿Su mujé es gustante...?

—¡Venga, hombre...! ¡Taría bueno...! Tú te queas aquí, que yo vengo en seguía, ¿sabes? Luego arreglamos los otros una atención y ta..., ¿tiendes? Mira, si meneas disimuladamente su pisquito el moliniyo, cuando vaya muriendo la tirada, pue quearte siempre fuera de clavo...

—¡Sí, hombre, yo sé! Váyase tranquilo.

Pepe se metía por los rumbos de la fiesta, atrabancada y caliente, con un techo de banderas salpiconas. Y daba a poco de copas a boca con media docena de antiguos conocidos de Aguimes, gente con la que trabajó en ocasión de otras fiestas y en madrugadas de «días de Plaza» y con la que compartió, al alba de muchas de estas últimas ocasiones, el gotito de café amargando, la media peseta de churros del centro y el pizquito de ginebra, ellos en un clarito de las verduras y frutas y él de recalada con un releje turbio de mala noche. Estaba la tanda de medios amigos al pie de un mostrador improvisado en una trastienda y ante una corrida de rones recios, platitos de baífo asado y lascas de pan de Aguimes. Figuraba en la comparsa, bien echado sobre unos sacos de grano y jilvanando como una máquina, un tal Juan Esteban el Tumbao, dichete que ganó a pulso, porque siendo un tarajallo de respeto, todo lo que tenía de grande lo tenía de ruin y gandul en tocando a meter el hombro, como es de ley. Tirado como un cerón sobre las aceras de la villa, y levantándose tan solamente para mandarse un pizco de café, se le iban las horas muertas del día. Si alguna vez—de relance—dejaba el sol y el

echadero, como cuando espantaban al paso los lagartos de las terreras del pueblo, para pegarle a la tarea de un almacén o a jornadas de peonaje, entonces cargaba trasero de tal modo que podía proclamársele sin discusión campeón de los galibardos insulares. De puro debase, ni sentarse se sentaba. El Tumbao no tenía sino que era simpático, superando en fuerza de sanote reburujón el mal ánimo con que la gente veía y comentaba sus pardelas eternas. «El trabajo embrutese al endividuo», aseguraba con una pícara seriedad. O casi se exaltaba para teorizar: «Entra usted a trabajá, vamos a un poné, y de repente, por mano del diablo, farta argo en el sitio onde usted ha entrao, ¡y va y pegan de usted...! No, no. Esteban el mío no quea por ladrón por una bohería. ¡Ta loco!» La villa le aguantaba sonriendo que fuera gandul hasta quedarse dormido de pie, las pocas veces que estaba derecho.

La incorporación de mi compadre fué saludada con risas de la tripa gorda, efusivos puñetes en la espalda y gritos entusiastas de «¡Espacha aquí lo mismu y traiti baifu doble pa aquí pa Pepitu!» Monagas caía de pie dondequiera que llegara. Corrieron las copas, apareció un timplito y una guitarra... Pepe trabó el camejillo y le tiró la mano diestra con tal airoso brío, que hasta el dueño del timbeque, que estaba robando a mano metida, y sordo, por tanto, para lo que no fueran aquellos «cañazos» ocasionales, se quedó lelito y perdió la cuenta de los palotes. Pegó el guineo. Una isa majadera trabó de beso y ya no se fué hasta morir en las orillas del alba. Desmadejada y revuelta con sones de malagueñas y puntos cubanos, fuése quedando entre los ceretos de higos del Hierro y los sacos de milló con pulgón. Con el primer albor, la rumantela tenía el aspecto de un campo de batalla, sustituida la sangre por «evoluciones» y los tiros por cavernosos y rotundos eructos.

Quedaban derechos mi compadre Monagas y Juan

Esteban el Tumbao, aunque este último cómodamente afianzado contra una tonga de sacos de grano. Al tiempo que entraba en la tienda la primera claridad deslumbrada del alba, Juan Esteban pegó con una llorona más desarretada que cuando enviudó (por aburrimiento de su señora). Se puso derecho—la primera vez en toda la noche—, pero se buscó un soporte. Concienzudamente colgado de un hombro de Monagas, y hablando con toda su nariz metida dentro de los ojos del compadre, viró a decirle que él no podía seguir en Aguimes, «ondi si'abusaba der farso testimoniu y der choteo, ondi too se vía virao puyitas, cantarís y escorrosos ajoto de la acalunia indinante de su gandulería»... ¿¡Había derecho!? Que si tirado en las aceras como un majalulo; que si debaso p'acá; que si lagarto clueco p'allá; que si le preguntaban los forasteros por dónde se iba al Curato, un suponer, y tumbado como estaba alzaba el lanchón de una pata ferrada para indicar el camino, sétera, sétera. ¡No había derecho! Y él no estaba dispuesto a consentirlo más. «¡Porque son mentiras, consiu...!» —remataba la llantina sacando el pañuelo y sonándose con tan recio rebufe que no sólo apagó el exhausto carburo, sino que lo estremeció en el clavo, despidiéndolo y haciéndolo caer en peso al suelo.

—Estoy lo que se disi aburriu, Pepitu. Si vusté me consiguiera trabajitu en Las Parmas, me día más pronto que volandu.

—¿Yo, mano Esteban...? ¿Y dónde, usté?

—Vusté es un hómbrí de influjensias, carrisu; déjisi de boberías. Vusté tieni muchas conosensias y esu...

—Ta bien. Si usté lo cree así, váyase p'ayá y probemos a ve de colocarlo. Mas que sea pa contar las palomas de la Playa Jantana. ¡El too es entullir, mano Esteban!

—¿Ñor...?

—No, nada... Que vaya p'ayá, pa ve...

Al cabo de una porción de semanas, cuando ya Pepe ni se acordaba de él, Juan Esteban el Tumbao se metió

por sus puertas emperrado en la pretensión llorona de aquella festiva amanecida.

—Pepitu, mire ve...

—«Mire ve» dijo un siego...

—¿Ñor...?

—Que sí, que yo miraré... Déjese ve mañana, ay pa las onse, en el Tinglao.

Monagas le habló a don Carmelo, un teniente alcalde que tenía tecla con él y con quien agarró sus buenas chispas de medianoche para el día, cuando la familia del edil veraneaba en Tafira, y a la *fuerza viva* le salían «asuntillos importantes en la Sjudá».

—¿Pero, y en qué querías tú que lo colocara?

—¡Se yo, cristiano! Métalo mas que sea de guardia... Ende luego, fíjese que es de Agüimes, y usted sabe que ayí don Juan Melián es el amo, y eso...

—Sí, claro... Bueno, pues déjalo de mi cuenta.

A los pocos días apareció el Tumbao por el paseo de San José adelante con un «informe» nuevo, caprichoso y desmesurado, como ropa de cuartel, una gorra metida hasta las orejas y un sable ancho y caído a una banda. Era ya guardia y lo habían destinado al simpático y pacífico barrio. Juan Esteban dió un par de vueltas, al golpito, y apenas le pegó en el totizo la comezón del sol mañanero, sintió la añoranza de las aceras de Agüimes. Llegóse a la Plaza y tranquilamente se repantigó en el poyo más soleado, con los ñames allá alante y las manos metidas en el cinto, sobre los cuadriles. Cogió un «dulce embeleso», que ya no largó hasta la hora misma del relevo.

Alcanzó tal grado la pachorra del hombre, que ya no se alzaba ni para saludar y dar la novedad a los sargentos.

—Aquí rría no pasa naita este mundu, mi sagentu—decía bien arrepollinado, sin que ninguno de sus superiores se atreviera a reprocharle los abandonos y descomedimientos.

Naturalmente, se había comentado entre la guardia y alguno de los jefes se calentó y todo y aseguró que lo iba a meter en vereda. Pero éste se tupió definitivamente y los otros mantuvieron su vista gorda cuando alguien informó que era de Aguimes y recomendado por don Juan Melián, o así...

Entretanto, el Tumbao seguía empajándose en la Plaza de San José, donde consumía impunemente la integridad de sus servicios. Le cogió los güiros al sol. Y corriéndose sin mucho esfuerzo, según rodaba el rayito por los filos de la ermita, o colaba por entre la flaca ramazón de los cuatro matos jugando al tute que exornan la plazuelilla, se cogía tales hinchadas de lumbre solar, que las de las jareas comparadas eran baños de María.

Pero nunca ha durado cosa buena en este puñetero mundo. Alguien fué con la alcahueteadura al concejal que lo metió, una vez y otra, que siempre hay quien esté dispuesto a jeringarlé a uno el pctaje de enredaderas y el modo de cada uno. Don Carmelo acabó por preocuparse. Y mandó a buscar a Monagas.

—Oye, esto de tu recomendado de Aguimes no puede seguir, ¿oítes? Ya son muchas las quejas.

—¿Quejas de acuálo?

—Oh, de que hase el servicio a la bartola. ¿Te parece poco? Creo que se pasa todo el santo día sentado en los poyos de San José.

—¿¡Sentado!?!—exclamó Monagas dando un salto, estupefacto y lleno de entusiasmo—. ¿Sentado ha dicho usted, don Calmelo...?

—Sí, sentado... ¿Por qué?

—¡Porque hombre tenemos entonses, don Calmelo!

I N D I C E

	<u>Páginas</u>
ACTA DE NACIMIENTO DE PEPE MONAGAS, EN FORMA DE PRÓ- LOGO AL LIBRO DE SUS AVENTURAS... ..	9
De cuando Pepe Monagas me contó el «compromiso» de las lluvias en Fuerteventura	13
De cuando Pepe Monagas no se fiaba de don José el Espiritista	19
De cuando Pepe Monagas le levantó un loro a don Graciliano	27
De cuando Pepe Monagas fué a ver al manicomio a Manolito Santos, que pegó con inmánias y acabó como una baifa	33
De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería algo sobre la perra vida del conejero Perico el Sajonao... ..	39
De cuando Pepe Monagas anduvo en una traquina de entierro... ..	47
De cuando Pepe Monagas no le pudo dar el asiento en la guagua a Encarnacionita la Guirra, porque tenía una puntada de «reoma» en la cintura... ..	51
De cuando Pepe Monagas fué «refre» de un partido de futbol «Tafira»-«La Calzada»	57
De cuando Pepe Monagas ayudó a llevar la caja en que entregó su cuerpo a las Plataneras Manolito el Largo.	63
De cuando Pepe Monagas se disfrazó... ..	71
De cuando Pepe Monagas asistió a la lectura de un drama de Esteban Pacheco... ..	75
De cuando Pepe Monagas le preparó el entierro al cos- tero Ignacio Breca	81
De cuando Pepe Monagas, estando baldado de una «pun-	

	<u>Páginas</u>
tada de reoma», puso una escuelita de noche en El Risco	87
De cuando Pepe Monagas salió de «pantasma» y por poco se le enreda la pita	91
De cuando a Pepe Monagas se le «olvidó» pagar la guagua	97
De cuando Pepe Monagas llegó a tiempo «ca» las niñas Angustias	101
De cuando Pepe Monagas se entrometió en una agarrada de Isabel la de Carmelo y Dolorcitas la Chopa ...	107
De cuando Pepe Monagas enraló a don Frascorro el Batata	117
De cuando Pepe Monagas fué «jefe» de los bomberos...	125
De cuando Pepe Monagas perdió un envite en la gofiería de maestro Juan Cansio	131
De cuando Pepe Monagas fué a mariscar a un cercado de papas	139
De cuando Pepe Monagas pintó un león en la tienda de «Los Mauros»... ..	145
De cuando Pepe Monagas colcó de guardia municipal a Juan Esteban el Tumbao... ..	149

El autor amenaza con estos otros
LIBROS:

!No te apipes, Regorio, que la agarras...!
¿A la costa...? ¡Ni amarrao!
A mí lo que me jeringa son los abusos.
En el «Youva» llegó un chone...

•
Cuatro entremeses canarios, representados con viento de popa en distintos teatros y similares de la insula.

Ahora que hay marea..., golpe a la lapa.

Comedia en tres actos, de ambiente risquero, que no he estrenado por gandul.

Mi léxico de Gran Canaria.

Nuevas palabras, palabrejas y palabrotas, refranes, dichos y donaires de la tierra del goño y los tollos, con glosas y demás.

Dos pequeñas biografías: Roque Moreta y Rafael «Mamela».
Los cuentos famosos de Pepe Monagas.

2.ª serie, mejorados y tal.



Escandallo p. v. p.:
TRES TOLLOS